



**LOS DESTRUCTORES
DE MÁQUINAS**

**HINKEMANN
[EL CASTRADO]**

Ernst Toller

Ernst Toller (1893-1939), fue un poeta, dramaturgo, político y revolucionario judío-alemán, simpatizante del anarquismo, cuya obra se inscribe dentro de la vertiente expresionista.

Cuando la "República de Consejos de Baviera" es declarada el 7 de abril de 1919, los anarquistas quedan representados por Erich Mühsam, Gustav Landauer, Ret Marut [Bruno Traven] y Silvio Gesell; Toller asume la Presidencia del Consejo Central. El 13 de abril de 1919, los obreros consiguen evitar una tentativa de golpe de estado contrarrevolucionario, pero los comunistas aprovechan para hacerse con el poder e iniciar la represión contra los revolucionarios que no piensan como ellos.

En este e-book, presentamos dos de sus obras más famosas en el mundo del teatro. Toller, también escribió poesía y ensayos, así como su propia biografía (*Una juventud en Alemania*).

Ernst Toller

LOS DESTRUCTORES DE MÁQUINAS



HINKEMANN

[El castrado]

Los destructores de máquinas

Traducción: Rodolfo Halffter

Hinkemann [El castrado]

Traducción: Lorena Díaz Gómez

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

ERNST TOLLER ENTRE REVOLUCIONES. Julián Vadillo

LOS DESTRUCTORES DE MÁQUINAS

Personajes

Prólogo

Acto Primero

Acto Segundo

Acto Tercero

Acto Cuarto

Acto Quinto

HINKEMANN [El castrado]

Personajes

Acto Primero

Acto segundo

Acto Tercero

Acerca del autor

ERNST TOLLER ENTRE REVOLUCIONES

Julián Vadillo Muñoz

Hay algunos personajes que pasan desapercibidos en la actualidad, a pesar de la importancia y trascendencia que tuvieron en su momento. El paso del tiempo, el desconocimiento y el olvido en muchas ocasiones son el peor enemigo. Sin embargo, siempre hay momentos donde diversos estudios hacen que el personaje salga a la luz, se vuelva a situar en su justa medida y sirva para reivindicarlo o recordarlo. Un ejemplo de ello para España es la figura de Ernst Toller.

A Toller le seguía la pista desde hace mucho tiempo. La primera noticia que tuve de él fue a inicios de este siglo XXI cuando leí el libro *Destruyentes de máquinas* publicado por la editorial Alikornio. Obra interesante que toma como eje de actuación a los ludditas de inicios del siglo XIX. Sin embargo, el resto de la obra de Toller quedaba un poco oculta para el público español.

No hace muchas fechas, y por recomendación de uno de mis librereros de referencia, me leí *Una juventud en Alemania* (Contraescritura, Barcelona, 2016), obra en la que Toller, a manera de autobiografía, repasa su vida desde los años de infancia, su participación en la Primera Guerra Mundial y su compromiso político con la revolución que le llevó a ser uno de los líderes de la República de Consejos de Baviera en 1919. Por sus páginas caminan personajes como Kurt Eisner o Gustav Landauer, que no dejan de ser referentes de aquel movimiento obrero que bajo el calor de la Revolución rusa vieron posible una transformación mucho más profunda en Alemania. Son nombres indelebles a la historia del obrerismo alemán, vinculados a las corrientes revolucionarias del marxismo y del anarquismo, y que por su participación en el proceso estaban a la misma altura que otros como Rosa Luxemburg o Karl Liebknecht. Este libro nos descubre una Alemania distinta, la revolucionaria, que la que estuvo en medio de un proceso revolucionario y que fracasó. Un libro que debería de leerse junto al de Stefan Zweig *Un mundo de ayer*, sobre todo en las páginas que reflejan el fin de los

imperios alemán y austriaco tras el final de la Primera Guerra Mundial y el nacimiento de un nuevo mundo.

Lo cierto es que cuando surge el interés por algo es fácil que vayan saliendo referencias, y muy acertadamente la editorial Comares editó el pasado año el libro de Toller *Entre la II República y la Guerra Civil española*, una recopilación de artículos de la estancia del revolucionario alemán en España en los orígenes de la proclamación de la República en 1932 y, posteriormente, durante la Guerra Civil española, de la que hizo campaña en su favor.

La estancia de este socialista alemán de origen judío, que había vivido en Alemania la persecución por sus ideas revolucionarias, que habían adquirido una gran cultura que le puso a la altura en el momento de los grandes intelectuales de la época, se vio fascinado con la llegada de la República a España y quiso ver de primera mano el funcionamiento de la joven democracia española. No dejaba de ser curioso que mientras Europa se debatía en una deriva totalitaria, con la consolidación del fascismo italiano y el ascenso del nazismo alemán, en España fue el sistema democrático quien se impuso, aunque fuese cortado de súbito poco tiempo después. Además, Toller no hacía, en realidad, nada espectacular. El proceso de transformación política en España había sido objeto de atención de muchos otros periodistas e intelectuales del momento situados a la izquierda como Ilyá Ehrenburg o Mijaíl Koltsov.

Y Toller llegó a España y vio como se desarrollaba la República. Se acercó a las prisiones, cosa que le interesaba por su estancia en la cárcel en Alemania, pero también se acercó al movimiento obrero. La visión que sobre el anarquismo español tenía Toller no dejaba de ser la romántica que muchos extranjeros de la época tenían y, que con el paso del tiempo, se instaló incluso en las visiones historiográficas de la misma. A pesar de la confusión que Toller trasmite sobre la importancia del anarquismo español trasluce una simpatía hacia el movimiento que ya mantenía en Alemania con el contacto que había tenido con personajes como Gustav Landauer o Erich Mühsam.

Ese periplo de Toller por la España republicana emergente se repitió durante la Guerra Civil. Como muchos periodistas e intelectuales, Toller escribió y se mostró partidario de la República. Escribió en su favor y organizó campañas para poder atraer la ayuda de países como EEUU a la causa republicana y de los refugiados. Sin un ápice de dogmatismo, Toller intentó vincular a lo que consideraba una causa justa al mayor número de personas.

Sin embargo, el desarraigo, el fracaso y problemas personales del propio Toller le llevaron al suicidio poco después de la finalización de la Guerra Civil en 1939.

Hay que agradecer el esfuerzo que las editoriales citadas han tenido para recuperar estas obras de Toller y ponerlas al alcance de todos. Hay que destacar el libro de Comares que

con un extraordinario estudio preliminar de Ana Pérez, profesora emérita de Literatura Alemana de la UCM y que es la mejor conocedora de su figura, sitúa el personaje en su lugar.

Si pueden no dejen de acercarse a la figura de Toller, sin duda un personaje que merece que vuelva a estar en nuestras estanterías.

LOS DESTRUCTORES DE MÁQUINAS

Drama

Traducción de Rodolfo Halffter

A los camaradas ingleses; especialmente a Marthe Hartley, la hermana tejedora de Lancashire y Wilfred Wellock, compañero de lucha.

PERSONAJES

Personajes del prólogo:

El Lord Canciller.

Lord Byron.

Lord Castelreagh.

Otros lores.

Personajes del drama:

NED LUDD, tejedor.

MARGARITA, su mujer, tejedora.

LOS HUOS DE NED LUDD, entre ellos el JOVEN LUDD.

JOHN WIBLE, tejedor.

MARY, su mujer, tejedora.

TEDDY, hijo de JOHN WIBLE.

EL VIEJO SEGADOR, padre de Mary.

JIMMY COBBETT.

HENRY COBBETT, hermano de Jimmy, encargado de los negocios de Ure.

LA MADRE DE JIMMY Y DE HENRY.

Tejedores y tejedoras:

GEORGES, WILLIAM, BOB, ALBERT, ARTHUR,
CHARLES, EDUARD, JACK, TOM.

MUJERES DE 1 A 5.

HIJOS DE LOS OBREROS.

MENDIGO.

DOS BORRACHOS.

LUIS EL DEL CARRO.

BUHONERO.

UN CIEGO.

URE, el fabricante.

LA HIJA DE URE.

SU HUESPED, representante del Gobierno.

INGENIERO.

ENCARGADO (Henry).

PREGONERO.

PUEBLO.

SOLDADOS.

Lugar de la acción: Nottingham (en Inglaterra), hacia 1815.

PROLOGO

Palacio de Westminster. Salón de sesiones de la Cámara de los Lores. Este prólogo puede representarse ante el telón, de una manera sencilla. Un pupitre para el Lord Canciller. A derecha e izquierda, sillones para Lord Byron y Lord Castelreagh. En la primera fila de butacas, otros Lores. El actor que se encargue del papel de Jimmy puede representar el de Lord Byron, e igualmente el que se encargue del de Ure puede representar asimismo el de Lord Castelreagh.

LORD CANCELLER: Proyecto de ley del Gobierno¹: pena de muerte para los destructores de máquinas. El proyecto ha sido aprobado, por gran mayoría de votos, en la primera

¹ Se refiere al proyecto de ley sobre el trabajo en los telares, aprobado en 1812 en la Cámara de los Lores.

lectura. Vamos a pasar, pues, a la segunda y tercera. Lord Byron tiene la palabra.

LORD BYRON: Millores: Ustedes conocen los casos de destrucción. Los obreros se han unido. Han recurrido a la violencia. Han producido disturbios. ¿Qué les indujo a proceder así? ¡La política de los «grandes hombres»! ¡La política de las guerras de saqueo! ¡La política de los grandes héroes, de la que hablan vuestros libros! Esa política, que es un desastre para la Humanidad. ¿Cómo es posible, millores, que os asombréis de que la clase obrera haya olvidado sus deberes de ciudadanía? ¿No está entregada nuestra mejor sociedad al latrocinio, a la corrupción, a la usura? El pecado de la clase obrera es sólo comparable con el de los diputados parlamentarios. ¿Existe alguna diferencia entre los dos pecados? Sí. El malhechor de alto copete sabe escurrirse entre los resquicios de las leyes. En cambio, el obrero paga siempre las faltas que cometió inducido por el hambre. Sólo por el hambre. Las máquinas le robaron el trabajo, le redujeron a la miseria. Y en su corazón nació la idea de sublevarse. La Naturaleza quiere que vivamos todos. No quiere que, mientras los unos amontonan monedas de oro, los otros se mueran de hambre. El obrero está dispuesto a cultivar los campos yermos; pero no puede. Carece hasta de útiles.

La desesperación ha hecho rodar a esta gente por el precipicio de las pasiones ciegas. Millores: A esta gente

nosotros la llamamos el populacho. Milores: La Cámara ha pedido la cabeza de los monstruos, de los cabecillas. Tengamos compasión. Parece que estamos sedientos de sangre. La espada continúa siendo el medio menos eficaz para resolver estas cuestiones. Milores: Veamos, además, lo que es el populacho. Es él quien labra nuestros campos.

Es él quien sirve en nuestras cocinas.

Es él quien nutre las filas de nuestros ejércitos.

Es él, arma invencible, quien nos permite tener a raya a nuestros innumerables enemigos.

Pero es él, quien destruirá nuestra organización social cuando, desesperado, se canse de recibir latigazos.

Milores: Me voy a permitir todavía decir una cosa más. Nuestra bolsa ha estado siempre abierta para emprender nuevas guerras. Una parte del dinero que, «por deberes de humanidad», préstamos a Portugal, que agotó su tesoro en empresas guerreras, hubiera bastado para remediar los males que tenemos en casa, para evitar el funcionamiento «bienhechor» de las horcas.

En Turquía presencié los actos más abominables de despotismo; pero en ninguna parte vi tanta miseria como en Inglaterra, que blasona de ser un país cristiano.

Milores: ¿Puede ser la pena de muerte el remedio para curar nuestros males? ¿No han costado ya las leyes bastante sangre? ¿Debemos continuar vertiéndola hasta que clame al Cielo?. El Cielo nos pedirá estrecha cuenta. ¿Puede ser la pena de muerte el remedio contra el hambre y la desesperación?

Milores: Pongamos por caso que aceptamos la pena de muerte. Mirad al hombre que entrega nuestro proyecto de ley al verdugo. Este hombre, extenuado por el hambre, enloquecido por la desesperación, desprecia la vida. La vida que, milores, según nuestra concepción, vale menos que una máquina de hacer medias.

Mirad al hombre separado de su esposa, de sus hijos, a los que no pudo proporcionar el pan de cada día. Arrastrado, a viva fuerza, ante un tribunal, ¿quiénes le van a condenar a muerte? ¿Doce hombres de honor? ¡Jamás! Milores: Pongamos en el tribunal a doce matarifes, presididos por un verdugo. *(Durante este discurso, los Lares se han de sonreír irónicamente).*

LORD CANCELLER: Tiene la palabra Lord Castelreagh.

LORD CASTELREAGH: Milores: Hemos escuchado el discurso de este honorable gentleman. Habló como un poeta. No como un hombre de Estado. Los poetas pueden escribir dramas o hacer versos; pero la política es un oficio que requiere hombres de corazón duro. Bien está que los poetas se inspiren en asuntos populares. Para el hombre de Estado no existe más principio que el político. La pobreza es una ley eterna deseada por Dios. Los sentimientos compasivos no tienen cabida en el Parlamento.

El padre Malthus² ya nos demostró que en Inglaterra viven cientos de miles de personas de más, a quienes la Naturaleza niega el alimento. Presenciamos infinitas crueldades. Son las armas de Dios, ante las que debemos inclinarnos respetuosos.

Cada año, las guerras, la miseria y las plagas se encargan de exterminar a la población sobrante.

¿Hemos de combatir las leyes de la Naturaleza? ¿Estas leyes que Dios instituyó? Esto sería actuar en contra de la Moral.

² Thomas Roben MALTHUS (1776-1834). Economista británico. Autor del famoso "Ensayo sobre el principio de la población y sus efectos sobre el mejoramiento de la sociedad" (1798). Frente a las opiniones de la época, él en su "ley de población" formula que si la población crecía en forma de progresión geométrica, los alimentos crecerían en forma aritmética.

Nuestra obligación es apoyar, con todas nuestras fuerzas, las leyes divinas, velar por el cumplimiento de todas ellas.

No debemos proteger a los pobres. Sería animarles a que se siguiesen reproduciendo. Los pobres deben desaparecer del suelo de Inglaterra. Y todo camino que conduzca a que no aumenten es bueno, mientras sea correcto y esté de acuerdo con las disposiciones de la Iglesia.

LORD BYRON: (*Gritando al oír las últimas palabras.*) ¡Dejáis que los niños se mueran de hambre!

LORD CASTELREAGH: (*Dirigiéndose a Lord Byron.*) Respeto y admiro vuestra posición, admirable Lord. Como hombre de Estado, he de responder fríamente: cuanto más diezme la muerte bandadas de niños, tanto más felices serán las generaciones venideras. Tenemos demasiada gente, estimado poeta. Ni el más noble sentimiento podrá hacer que esta afirmación sea menos dura. (*Dirigiéndose a los demás Lores.*) Ante todo os pido, respetables Milores, que tengáis en cuenta una cosa. Se trata de la dicha del reino. Ha sido descubierto un complot que amenaza la tranquilidad y el orden. El proyecto de ley es un tributo ante el altar de la Justicia. Al poeta le están permitidos ciertos sentimentalismos; al hombre de Estado, no. Sólo dispone de su mente calculadora. (*Voces de aprobación de los Lores.*)

LORD CANCELLER: Agotada la lista de oradores, el debate ha concluido. A votar. ¿Quiénes de los respetables Lores dan su voto a favor del proyecto de ley? (*Todos los Lores menos Lord Byron, se levantan.*) Por favor: la contraprueba. (*Lord Byron se levanta. Risas.*). Cuento un solo voto en contra. El proyecto ha sido aprobado. La sesión se aplaza hasta mañana.

ACTO PRIMERO

Plaza en el barrio obrero de Nottingham. En el fondo, una iglesia. Día de sol primaveral. Sentados en torno a tres tablados, que tienen aspecto de patíbulos, grupos de niños y niñas. Sus vestidos pobres, hechos jirones. Las caras pálidas y envejecidas.

Entra Jimmy Cobbett. Su traje, el de un obrero. Jimmy contempla, silencioso, los niños.

JIMMY: Sois unos holgazanes. ¿Es hoy, acaso, día de fiesta?.

NIÑO PRIMERO: Estamos ajusticiando a las muñecas.

JIMMY: ¿A las muñecas?

NIÑA PRIMERA: Sí; a las muñecas.

NIÑO SEGUNDO: Yo las he visto...

JIMMY: ¿Os han contagiado los mayores?

NIÑO PRIMERO: ¡Qué quiere usted, señor! Nosotros somos mayores. Mi hermanito, que tiene sólo cuatro años, ya trabaja de lo lindo.

NIÑA PRIMERA: Teddy, que sabe andar escasamente, gana ya tres peniques diarios. ¡Tres peniques de verdad! *(La niña segunda comienza a llorar.)*

JIMMY: ¿Por qué lloras, nenita? *(La niña segunda continúa llorando. No contesta.)* ¿Por qué lloras...? Dónelo, que yo no se lo diré a nadie.

NIÑA SEGUNDA: *(Con desconsuelo)* Señor, no lo sé. ¡Este sol me da tanto calor! *(El sol dora los rostros de los niños)*

JIMMY: Pero... ¿No sabéis ningún juego?

NIÑA PRIMERA: Señor, tenemos hambre. *(Pausa.)*

JIMMY: ¿Os gustan los cuentos?

NIÑO SEGUNDO: ¿Qué son cuentos, señor?

JIMMY: Historias maravillosas de lejanos países encantados, de verdes prados floridos, donde juegan los niños...

NIÑA SEGUNDA: ¿Verdes prados floridos, donde juegan los niños?

NIÑO PRIMERO: Señor, queremos que nos cuente usted un cuento...

JIMMY: Erase una vez un ricachón llamado *Panza de Oro*, que tenía muchos palacios... Tantos como el señor Ure... *Panza de Oro* tenía sólo un hijo, a quien todos llamaban *El Despreocupado* llevaba siempre trajes de oro y jugaba, durante todo el día, con juguetes de oro en un jardín de oro.

NIÑO SEGUNDO: ¿Y jugaba con juguetes de oro?

NIÑA PRIMERA: ¿No trabajó nunca?

JIMMY: No; no trabajó nunca. Ya os lo he dicho: el padre era un ricachón y su hijo se llamaba *El Despreocupado*. Cerca del palacio vivía un tejedor humilde. También tenía un hijo, al que todos llamaban *El Desgraciado*. *El Desgraciado* era

una criatura raquítica, delgaducha. Tenía los bracitos como palillos, el pecho hundido, las piernas como juncos... Un mocoso como tú... Un día, *El Desgraciado* fue al palacio de *El Despreocupado*, cargado con un cesto de ropa blanca... Y vio los juguetes de oro... Y el jardín de oro...

NIÑO TERCERO: *(Apartado del grupo de los niños que rodean a Jimrny, busca en el arroyo.)* ¡He encontrado un cacho de pan! ¡Viva!

NIÑA PRIMERA: ¡Dame un poco!

NIÑO PRIMERO: ¡Traidor! Mientras nosotros escuchamos el cuento, tú buscabas pan. ¡Eso no vale! ¡A repartirlo! *(Los niños pegan al niño tercero.)*

NIÑO TERCERO: ¡No lo suelto! ¡Que os muerdo...!

NIÑO SEGUNDO: Yo te enseñaré a ti... *(Los niños se pegan. El tercero consigue huir. Los demás niños salen persiguiéndole.)*

(Sale un grupo de obreros y obreras. Ellas van envueltas en trozos de tela de algodón, descolorida y raída. Ellos visten andrajosamente. Muchos llevan, a guisa de gorras, cucuruchos de papel. A la cabeza del grupo son llevados tres

muñecos, que quieren representar a otros tantos esquirolas. Música. La muchedumbre grita desafortadamente.)

JOHN WIBLE: *(Dirigiéndose a los muñecos.)* ¡Traidores! ¡Malditos! ¡Habéis traicionado la huelga! ¡Idiotas! ¡Canallas, que os alimentáis del sudor y del hambre de los pobres! La huelga fue acordada por unanimidad. ¡Ni acercarse a las máquinas...! Y estos canallas, estos zampones... Han ido al patrono con el soplo... Le han mendigado: «¡Colócanos, danos trabajo!». ¡Que ardáis en los infiernos, que os trituren los huesos con mil tenazas...! ¡Que os partan el pecho...! Ese pecho, que es nido de víboras... ¡Que os retuerzan el gáznate con sogas mojadas en aceite hirviendo...! Que os lleven atados de pies y manos ante barriles de whisky... ¡Y que, cuando vayáis a beberlo con ansia, vengan viejas asquerosas y se meen en él! *(Los muñecos son ahorcados entre gritos de júbilo de la multitud. A derecha e izquierda del tablado central se colocan dos obreros, que canturrean monótonamente esta especie de letanía.)*

OBRERO PRIMERO: Sirvieron a los patronos. Traicionaron a los obreros.

OBRERO SEGUNDO: Por eso, ¡ahorcadlos!

OBRERO PRIMERO: Escarnecieron la fidelidad... Se arrodillaron ante el *Becerro de Oro*...

OBRERO SEGUNDO: Por eso, ¡ahorcadlos!

OBRERO PRIMERO: Faltaron a su palabra, a su juramento...

OBRERO SEGUNDO: Por eso, ¡ahorcadlos!

OBRERO PRIMERO: Vendieron sus cuerpos. Emborracharon sus almas.

OBRERO SEGUNDO: Por eso, ¡ahorcadlos!

OBRERO PRIMERO: Si ellos suben al Cielo, ¿quién deseará gozar de la bienaventuranza?

OBRERO SEGUNDO: No subirán jamás al Cielo. El demonio les arrojará a la caldera de los archipeccadores.

OBRERO PRIMERO: Por eso, ¡ahorcadlos! Por eso, ¡ahorcadlos!

LA MULTITUD: (*Gritando y bailando.*) ¡Bee...! ¡Bee...!
¡Bee...! ¡Borregos! ¡Bee...! ¡Bee...! ¡Bee...! ¡Borregos!

OBRERO PRIMERO: ¡Esquirol! ¿Tienes un buen traje?

OBRERO SEGUNDO: ¡Silencio! Aquí hay tres sacos... Uno para el explotador, otro para el esclavo... ¿Y el tercero...? El tercero para el traidor...

LA MULTITUD: ¡Bee...! ¡Bee...! ¡Bee...! ¡Borregos! ¡Bee!
¡Bee...! ¡Bee...! ¡Borregos!

OBRERO PRIMERO: Escuchad cómo en los pantanos, en las cuadras infectas, en las calles, en los infiernos del trabajo retumba la canción fúnebre de la vieja Inglaterra. ¡Trabajo o muerte!

OBRERO SEGUNDO: ¿Cuándo exterminará una tempestad, ¡rayos y truenos!, a toda esa chusma de embusteros? ¡Mueran los parásitos y los traidores! ¡Trabajo para los hombres libres! *(Los obreros arrancan las estacas, de las que cuelgan los muñecos.)*

LA MULTITUD: (Cantando.) ¡Arriba! ¡Arriba con ellos! ¡No perdáis de vista al enemigo! ¡Pasó la noche y triunfa la luz! ¡Se colmó la medida! ¡Se sienta el juez! ¡Comienza el juicio! ¿Quién tiene que prestar declaración? *(Salen todos, menos Ned Ludd, Charles y Jimmy.)*

NED LUDD: Apuesto lo que quieras a que ni diez de ellos llevan camisa... *(Entra un buhonero.)*

BUHONERO: ¡Píldoras de la vida! ¡Píldoras de la vida!
¡Ningún tejedor tiene ya necesidad de pasar hambre! ¡Se
puede prescindir de la carne y del tocino! ¡Píldoras de la vida!
(Sale. Entra un mendigo anciano. Busca pan por el suelo.)

MENDIGO: Me doy cuenta... Hoy no es día de trabajo... Los
críos todo lo arrasan... *(Acercándose a Jimmy.)* ¡Dadme,
señor, medio penique!

JIMMY: ¡Yo soy un hombre que busca trabajo! ¡Un
zopenco! ¡Tan pobre, tan embrutecido como tú! Le pides
limosna a un hambriento, amigo.

MENDIGO: Entonces, no me he equivocado. ¿Crees, acaso,
que yo pido limosna a los señorones? Si en el Mundo no
hubiera más que ricos, los mendigos nos moriríamos de
hambre. Los pobres reparten con nosotros su pedazo de pan
duro. Por eso van al Cielo.

JIMMY: ¿Cómo sabes tú eso?

MENDIGO: ¿No conoces las palabras de Nuestro Señor
Jesucristo: «Antes pasará un camello por el ojo de una aguja
que un rico por las puertas del Reino de los Cielos»? A los
ricos no les gusta repartir los manjares de su mesa. Por eso
tienen todos la tripa tan gorda. La puerta del Cielo es muy
estrecha. Está hecha a la medida de los hambrientos.

Además es muy bajita. Al que es tan alto como tú le molesta, para entrar, la gorra.

JIMMY: Te has equivocado de profesión, amigo... Deberías ser cura o diputado... *(Jimmy se quita la gorra y se la da al mendigo.)*

MENDIGO: Yo no soy un mendigo vulgar. Soy un mendigo con manía de grandezas. Busco una mano bienhechora que me regale un terreno de trescientas libras esterlinas. De joven, vi una vez el palacio de Westminster, por fuera. Ahora, me gustaría verlo por dentro. ¡Hasta la vista, amigo! El sol calienta a los jóvenes como tú. ¡Tú no haces sino corresponder a este favor, ofreciéndole tu cabeza descubierta! ¡Aguanta! ¡Todo depende de aguantar a tiempo!

JIMMY: Por lo que se ve, a ti te calienta el aguardiente. Temo que cambies en la taberna mi gorra por unas copas.

MENDIGO: Eres un loco. Amigo, comes demasiadas patatas. ¡Y qué mal se digieren! Ya se sabe: todos los que hacen malas digestiones se dedican a predicar moral. Cómprate una cerda, hombre de Dios. Pero ten cuidado en no emparejarte. Se dice que los locos toman tal cariño a sus cerdas que llegan hasta a acostarse con ellas. Luego, sale una descendencia con cabeza de cerdo. Y, en verdad, que ya

tenemos bastantes ciudadanos en Inglaterra con cabeza de cerdo. *(Sale el mendigo. Eraran dos borrachos, cogidos del brazo.)*

BORRACHO PRIMERO: ¡Afilad las hoces! Las mieses están maduras y los niños lloran por falta de pan. Los campos han sido regados por un mar de lágrimas, abonados con los cadáveres de los padres... Ellos, que sembraron el trigo... La esperanza ha muerto; el corazón ha dejado de latir.

BORRACHO SEGUNDO: Bienaventurados son los pobres de espíritu, dice el Señor, ¡Y al que ama, le da aguardiente!... Le... da... aguardiente...! ¡A... guar... dien... te! Somos unos miserables... ¿Te queda todavía un penique...?

BORRACHO PRIMERO: ¿Un penique? ¡Ja, ja, ja...! Tengo cien chelines en la barriga... ¿Me comprendes...? A mi mujer le gusta el aguardiente... Y a mis hijos también les gusta el aguardiente... Beben mejor que tú... ¡Como tú...! Al recién nacido le hemos destetado con aguardiente...

LOS DOS BORRACHOS: ¡¡A... guar... dien... te...!! *(Salen. Jimmy se acerca a Ned Ludd.)*

JIMMY: ¿Eres Ned Ludd?

NED: Sí... Y tú, ¿quién eres?

JIMMY: Un obrero... Como tú...

NED: ¿De Nottingham?

JIMMY: Nací en Nottingham; pero salí de niño... Hace muchos años... Hoy he vuelto... Heme otra vez aquí, después de haber recorrido esos mundos de Dios...

NED: Camarada, te saludo. Bienvenido seas a tu patria.

JIMMY: Te agradezco la bienvenida... ¿Estáis en huelga?

CHARLES: ¡Ha llegado la máquina!

NED: Quieren sometemos a una esclavitud que no tiene nombre...

JIMMY: ¿Lucháis por eso?

NED: Sí, porque pretenden atarnos de pies y manos... Han traído una máquina que inutiliza a los hombres...

JIMMY: ¿Ha llegado ya la máquina...?

NED: Todo hombre, por el hecho de nacer, tiene derecho a vivir, a ganarse el pan por medio del trabajo. Todo hombre es

libre al nacer y tiene derecho a elegir su oficio... Son derechos sagrados... Pero hay quien nos quiere privar de esos derechos: los patronos, que trajeron la máquina... ¿Qué valdrá el trabajo de nuestras manos si triunfa la máquina definitivamente?

JIMMY: Pero... ¿No tenían ya un telar Jenny?

CHARLES: El telar Jenny era ya un atentado a nuestros derechos.

NED: El telar Jenny mueve dieciocho husos a la vez, Roba diariamente el pan a cinco tejedores. Pero, según tengo entendido, la máquina mueve mil husos simultáneamente. Teníamos que defendemos, y nos hemos unido. Hemos jurado no acercamos siquiera a la máquina. Queremos vivir como hemos vivido hasta ahora, del trabajo de nuestras manos. John Wible es nuestro cabecilla. Esta noche nos reunimos en su casa.

JIMMY: ¿Lucháis contra la máquina?

NED: ¡Todavía son nuestros los puños!

JIMMY: Yo conozco la máquina, y os digo que estáis haciendo el tonto.

NED: Luchamos porque somos hombres, aunque no consigamos nada, aunque perdamos el tiempo, aunque hagamos el tonto. Si nos callamos, seremos animalejos que se dejan uncir al yugo sin rechistar.

JIMMY: Nuestro porvenir está junto a la máquina...

NED: No te entiendo...

JIMMY: Yo os quitaré la venda de los ojos... Iré a casa de Wible... Y allí hablaré.

NED: ¡Mira...! ¡Soldados! *(Entra un pelotón de soldados, seguido de la multitud.)*

UN PREGONERO: Su Majestad el Rey... ¡Descubríos, bribones y canallas...! Su Majestad el Rey se ha enterado, por conducto de las autoridades, de que unos cuantos súbditos, afiliados a organizaciones secretas, amenazan el orden y la tranquilidad del reino. En consecuencia: Su Majestad el Rey prohíbe terminantemente que se celebren reuniones para tratar del aumento de jornal, justamente establecido, o de la disminución de la jornada de trabajo; que se intente, por medio de la amenaza o de la persuasión, impedir que trabajen los súbditos laboriosos; que se preste la menor ayuda a los parados y que se abran suscripciones con objeto de socorrer a los huelguistas.

Se concede a las empresas de solvencia reconocida la facultad de fijar, de acuerdo con sus necesidades, los jornales y las horas de trabajo.

El que desobedezca será castigado a diez años de presidio.

El súbdito fiel que denuncie las organizaciones secretas o las cajas proscritas, percibirá la mitad del dinero que haya en ellas. La otra mitad pasará a ser propiedad de Su Majestad el Rey.

(Redoble de tambores. Salen los soldados.)

NED: La mitad, para el hermano delator. La otra mitad, para el hermano Rey. ¡Buen par de pencos para tirar de un carro!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Habitación de una casa burguesa. Sentados a la mesa, almorzando, Henry, Cobett y su madre.

HENRY: Odio las sopas de ajo...

LA MADRE: *(Con humildad.)* Tu padre...

HENRY: ¡Tu padre! ¡Tu padre!... Siempre la misma monserga... En la comida de boda, sopa de ajo... Después, en la de Nochebuena, en la de Pascua, sopa de ajo... Mi padre tuvo la culpa...

LA MADRE: El jornal...

HENRY: Eso son bobadas... Mi padre fue tejedor toda su vida por su culpa, por su falta de laboriosidad... Yo, en cambio, a los treinta años, era ya un hombre de posición... El recuerdo de los años de infancia me revuelve las tripas, me hace perder el apetito. *(Jimmy entra.)*

JIMMY: ¡Madre!

LA MADRE: ¡Hijo! ¡Dichosos los ojos...! *(La madre y Jimmy se abrazan.)*

JIMMY: ¡Buenas noches, Henry!

HENRY: Estás hecho un hombre... ¡Por fin! Sin embargo, por las trazas, me parece que no has progresado mucho...

LA MADRE: Siéntate, Jimmy. Estarás cansado... ¿Tienes apetito? Quédate a comer con nosotros.

JIMMY: *(Se sienta a la mesa.)* ¡Qué casa tan bonita!

HENRY: ¿A qué te dedicas?

JIMMY: Soy jornalero... Ando en busca de trabajo...

HENRY: Eso no es una profesión...

JIMMY: Soy tejedor...

HENRY: Eso no es un honor...

JIMMY: La Reina no podría otorgármelo mayor...

HENRY: Pues es un honor que no envidio... ¡Pertener al populacho!

JIMMY: ¿Y tú...? ¿Por qué reniegas de los tuyos? Eres como el pájaro que se ensucia en su propio nido...

HENRY: Te equivocas...

LA MADRE: Henry ya no es tejedor... Gracias a sus esfuerzos constantes, hoy regenta los negocios del señor Ure.

JIMMY: Al insultar a los trabajadores, me insulta a mí.

HENRY: ¿Qué culpa tengo yo de que tú seas un vagabundo?

JIMMY: Y a ti, ¿quién te proporciona el bienestar? ¿Por qué te puedes permitir el lujo de vivir de una manera regalada? Gracias al populacho, a los vagabundos, que trabajan como esclavos y que sacrifican su vida...

HENRY: Esa es una ley de la Naturaleza... El pez gordo se come al chico... ¿Pretendes, acaso, que descienda de categoría, que renuncie al puesto que he conquistado a fuerza de luchas, de sudores?

LA MADRE: Jimmy, ¿piensas quedarte en Nottingham?

JIMMY: He llegado a tiempo. Los obreros luchan...

HENRY: ¿Qué dices?

JIMMY: Que los obreros luchan por sus derechos...

HENRY: Eso son frases sin sentido.

JIMMY: Para ti, por lo visto, ¿son frases sin sentido la miseria, el hambre y el trabajo de los menores?

HENRY: Eres un perturbador.

JIMMY: Si a la lucha por la justicia, la calificas de perturbación, soy un perturbador.

HENRY: Supongo que no pretenderás permanecer mucho tiempo en Nottingham.

JIMMY: No existe motivo alguno que me obligue a marchar.

HENRY: Perderé, por tu culpa, mi colocación.

JIMMY: Eso no puedo tenerlo en cuenta.

HENRY: Madre, ¡vaya huésped indeseable que nos ha caído!

LA MADRE: Jimmy, ¿verdad que bromeas?

JIMMY: ¡No, hablo en serio!

HENRY: ¿Te has dado cuenta por qué clase de gente estás luchando? ¿No has visto a esa chusma que se emborracha el domingo, el día de Dios, arrastrándose de taberna en taberna y prostituyendo a los menores? Hace pocas semanas, la Policía buscó a un niño, desaparecido, y en un estanque aparecieron más de sesenta, asesinados.

JIMMY: ¿Y sabes tú quiénes eran los padres de esas criaturas? Tú, tus amigotes, tus jefes. Tenéis oro de sobra para comprar una muchacha. Luego la abandonáis y vuestra Iglesia la cubre de vergüenza... Por eso las madres arrojaron a sus hijitos al estanque... Porque no sabían cómo alimentarlos, porque querían ocultar su falta, que, bien

mirado, no es tal falta... Y los hombres... ¿Sabes por qué los hombres pasan los domingos en las tabernas...? ¿No...? ¡Por no saber dónde ir, por huir de sus casuchas, que son unas cuabras inmundas... Los obreros son buenos. Mejor que tus jefes. Toda persona que sabe de un niño hambriento y no le da pan, comete un pecado de lesa humanidad. Y tú eres uno de los muchos responsables de que haya tantos niños tiritando de frío y muertos de hambre.

HENRY: Los obreros luchan contra la máquina. Pretenden destruirla. ¿Vas a apoyar tú ese crimen?

JIMMY: ¡Los obreros se apoderarán de la máquina!

HENRY: No tengo más que decir. Sigue por tu camino, que yo seguiré por el mío. Ya sabré yo cómo delatarte. Y tú, madre... Tú tienes la palabra. ¡El o yo! ¡Elige! (*Henry sale.*)

LA MADRE: (*Después de un rato. Apesadumbrada.*) No... Hijo... No... ¿Empezar a sufrir otra vez...? ¿Pasar más miseria? No puedo... No... Años de hambre... Inviernos de frío... No saber, por la mañana, si el dinero alcanzará para un plato de patatas... Miseria... Frío... Yo soy una pobre vieja... Estoy enferma... No puedo... No...

JIMMY: ¿Eso quiere decir que me vaya?

LA MADRE: *(Suspirando.)* Tengo sesenta años... ¿Otra vez? No... *(Sale. Entra el mendigo.)*

MENDIGO: Una limosnita, señor.

JIMMY: ¿Eres tú? Vienes en mala hora, amigo. Me han echado de casa. Mi madre y mi hermano me han dado con la puerta en las narices.

MENDIGO: No te quejes. No te va mal del todo. A ti te echaron de casa el presente y el pasado. A mí, en cambio, fue el futuro quien me arrojó del hogar. Mi señor hijo cree que no tiene obligación de albergar en su casa a un manco, a un desvalido que no puede ganarse el pan. Cree que, antes de nacer él, yo me he divertido de lo lindo, y que, por consiguiente, ahora le toca a él divertirse. Y yo soy un estorbo para sus juergas.

JIMMY: Somos igualmente desgraciados. Seremos muy buenos amigos.

MENDIGO: Encantado. Tu ración está todavía sobre la mesa. Voy a guardármela... Es el primer obsequio amistoso que me haces... Te has portado conmigo un poco descortésmente... Debiste invitarme a almorzar... En fin, perdono tu ligereza. ¿Quieres hacerte mendigo?

JIMMY: No... Quiero trabajar... Viejo, vamos a pelear... A los obreros se les ha caído la venda de los ojos... Y se han puesto en guardia.

MENDIGO: ¿Quieres, por lo visto, que te nombren secretario de las organizaciones obreras? Entonces voy a tener que darte los mendrugos de pan que encuentre en el arroyo... Los patronos te pondrán en el pecho una mosca borriquera y los obreros tres: una en el pecho, otra en el muslo izquierdo y la tercera en los testículos.

JIMMY: La sed de venganza habla por ti... por ti, viejo.

MENDIGO: Mi sed de verdad, amigo.

JIMMY: Porque tu hijo te echó de casa crees que todos son como él.

MENDIGO: Amigo..., querido amigo, ¿tienes cobijo para esta noche?

JIMMY: No.

MENDIGO: Entonces tendré el honor de albergarte en la sala de respeto de mi palacio. Serás mi huésped. Los lores-ratones serán tus ayudas de cámara, las ladys-pulgas te

prepararán un baño aromático, los pajes–piojos te amenizarán la noche.

JIMMY: Dime dónde está tu choza. Tengo que despachar un asunto urgente esta misma noche. Después iré a reunirme contigo.

ESCENA SEGUNDA

Interior de la choza donde vive John Wible. Una mesa, dos sillas rotas y dos ruelas. En la ventana, el viejo segador.

EL VIEJO SEGADOR: Está escrito: «Hágase mi voluntad», dijo el Señor. «Ante mí se doblarán todas las rodillas y todas las bocas pronunciarán mi nombre». Pero aquí estoy yo... Mis rodillas no se doblan y mi boca no pronuncia el nombre de Dios.

TEDDY: Abuelo, tengo hambre.

EL VIEJO SEGADOR: Él lo quiere, hijo mío.

TEDDY: Abuelo, quiero comer... He visto comer a los hijos del señor Ure... *(El viejo segador calla.)* Tengo hambre... Abuelo, ¿por qué no me das pan? Tengo hambre... Tengo hambre...

EL VIEJO SEGADOR: *(Con desesperación.)* No tenemos pan, hijo mío... Él, allá arriba, lo tiene todo... Aquí abajo luchamos a vida o muerte... Teddy, ¿dónde está mi fusil?

TEDDY: Toma el bastón, abuelo.

EL VIEJO SEGADOR: No es un bastón, Teddy. No es un bastón. Es un fusil. Alguien tiene que morir. *(El viejo segador coge el bastón, apunta al aire.)* El gatillo está enmohecido. *(Con desaliento.)* No dispara...

TEDDY: Abuelo, ¿has visto alguna vez una máquina? Dicen que tiene cien cabezas...

EL VIEJO SEGADOR: ¿Dónde? ¿Dónde está la máquina?

TEDDY: ¿Quieres verla? Pero... ¡que no se entere papá! ¿Me lo prometes?

EL VIEJO SEGADOR: Sí. ¡Llévame! ¡Quiero verla!

TEDDY: Iremos mañana por la noche. Cuando papá duerma. *(Entra John Wible.)*

JOHN WIBLE: ¿Ha venido madre?

TEDDY: No. No ha venido todavía.

JOHN WIBLE: Viejo, ¿limpias el fusil? No te molestes. No te servirá de nada.

EL VIEJO SEGADOR: *(En voz baja.)* Estamos todos locos. *(John Wible ríe.)* ¡Pobre fusil! ¡Viejo! ¡Inservible! *(Entra Mary, mujer joven y hermosa.)*

MARY: ¡Hola!

JOHN WIBLE: ¿Te ha pagado bien Cobbett?

MARY: *(Arrojando, con desprecio, una moneda sobre la mesa.)* Cinco peniques.

JOHN WIBLE: ¡Canalla! ¡Canalla!

MARY: Dame la mitad, No hay ni un pedazo de pan en casa. Te llevaste todo lo que gané la semana pasada.

JOHN WIBLE: Ya no me queda ni un penique.

MARY: ¿Has jugado?

JOHN WIBLE: ¡Y aunque hubiera jugado! ¿Qué...? Si fuese un señorón podías temer que lo gastara en mujerzuelas. Bien sabes que no necesito el dinero para mí. Lo gasto en la causa.

MARY: El tejado está lleno de grietas y la lluvia gotea dentro de la choza. La paja está podrida. Hay que reparar el tejado. No tenemos dinero. Ningún obrero lo reparará sin cobrar antes.

JOHN WIBLE: ¿Cuánto debemos al tendero?

MARY: Cinco chelines. ¡Maldito sea ese estafador! Mezcla el azúcar con arroz molido, la harina con yeso, la pimienta con polvo de cáscaras. Cuando Margarita necesitó cacao para su niño enfermo lo pagó a doble precio. Además, estaba mezclado con basura.

JOHN WIBLE: ¿Hay algo que cenar?

MARY: ¿Quieres patatas?

JOHN WIBLE: Bueno, luego me las darás... Oye, Mary, sé juiciosa. Ve y déjate besar tiernamente. Si no me ayudas, ¿qué será de mí? Obedece a Cobbett. Te dará dinero. Pero no te fíes, ¿eh? Cuéntalo antes de besarle... Hoy vendrán mis amigos. No nos estorbes.

MARY: ¡Dios mío! ¡Qué vida la mía! *(Dirigiéndose a Teddy.)* Acuéstate y duerme. Cuando despiertes mañana, encontrarás sobre la paja un pan recién cocido, *(Saliendo)* Adiós, padre. ¿Por qué no te acuestas?

EL VIEJO SEGADOR: Unge tu cuerpo con bálsamo, hija. Se aproxima el día en que serás bendecida entre todas las mujeres.

MARY: O en que me matarán a palos. *(Mary sale.)*

JOHN WIBLE: Valor, viejo, Pronto sonará la hora de la justicia.

(Entran Charles, Bob, William, Eduard, Arthur, Georges y otros obreros.)

CHARLES: He visto la máquina. Está expuesta en los cobertizos.

BOB: Tiene muslos y brazos. Abre cien bocas a la vez.

WILLIAM: Es un demonio, camaradas, que se apoderará de nosotros y nos triturará.

EDUARD: Los amos no tienen corazón.

GEORGES: Nos hacen sudar sangre.

EL VIEJO SEGADOR: Se apartaron del buen sendero. Caminan sin rumbo. Van perdidos.

JOHN WIBLE: Cállate, viejo loco. Camaradas, vamos a tratar de nuestro asunto. Se burlan de la huelga. *(Sale el viejo segador.)*

CHARLES: La Iglesia condena la huelga. Los curas incitan a las mujeres contra nosotros.

BOB: El Rey ha prohibido toda alianza secreta.

JOHN WIBLE: Con las tripas del último cura ahorcaremos al último Rey.

CHARLES: Así sea.

BOB: ¿Qué hay que hacer?

JOHN WIBLE: ¿Habéis colocado centinelas?

CHARLES: En cien metros a la redonda hay gente vigilando.

JOHN WIBLE: Ure nos ha convertido en mercancía, que se tira cuando está gastada. La máquina que ha traído devorará el jornal de mil tejedores.

CHARLES: El que roba trabajo a los hombres peca contra la Naturaleza.

VARIAS VOCES: Peca contra la Naturaleza.

JOHN WIBLE: Seremos expulsados de la ciudad. Encadenará a nuestros hijos. Un niño de tres años manejará el monstruo.

ALBERT: Y aunque nos dejen junto a la máquina, ¿cuál será nuestro trabajo? Atar los hilos que se rompan. Vigilar, como siervos encadenados, al animal furioso.

EDUARD: ¿No tejaremos nunca más?

JOHN WIBLE: Ure nos ha vendido al demonio. Nuestra alma pertenece a Satanás.

ARTHUR: ¿Qué será de nosotros?

ALBERT: Oídme. Tres días estuve atado, en Carlton, a una máquina... No pude resistirlo... Tuve que huir... Como una tenaza infernal os agarra el vapor... Os arranca el corazón. Os tritura los huesos... Tú, Charles, serás pierna... Andarás siempre ¡Siempre! Tus brazos perderán la fuerza; tus ojos, la vista... Se encorvará tu espalda... Pero tus piernas no pararán de andar... Tú, Georges, serás manos... Tus oídos se quedarán sordos... Tu cerebro se secará... Se derramará tu sangre... Tú, Georges, serás manos.

CHARLES: ¡Los ojos ciegos! ¡Encorvada la espalda!

GEORGES: ¡Los oídos sordos! ¡El cerebro seco!

WILLIAM: Y cuando la máquina esté parada, cuando el tirano descanse, ¿qué haremos?

JOHN WIBLE: ¿Qué hace el cuervo domesticado cuando su amo le deja a la intemperie en una noche de invierno? ¡Helarse y morir! ¡Helarse y morir!

CHARLES: Pero nosotros somos hombres.

JOHN WIBLE: ¡No más sufrimientos!

GEORGES: ¡Maldito sea el vapor! ¡Es un tirano!

EDUARD: ¡Maldito sea!

WILLIAM: No podemos luchar contra él. ¡Somos impotentes!

VARIAS VOCES: *(Con sordo rencor.)* ¡Somos impotentes!

JOHN WIBLE: Debemos luchar. ¡Guerra a la máquina! En Nottingham vive un monstruo. ¡Matémoslo! Sin esperar a mañana. Antes que engendre nuevos monstruos. ¡Jurémosle guerra y odio!

LOS OBREROS: ¡Jurémosle guerra y odio!

JOHN WIBLE: Cuando el monstruo agonice..., cuando el monstruo se revuelque en su sangre, ¡negra, apestada!, ¡Ure abrirá de miedo los ojos... No se atreverá a traernos otro hijo del infierno. ¡Destruyamos la máquina! ¡Guerra al vapor!

LOS OBREROS: ¡Destruyamos la máquina! ¡Guerra al vapor! *(Entran Jimmy y Ned Ludd); los obreros miran recelosos a Jimmy.)*

NED LUDD: No temáis; es un camarada de Nottingham, que pasó los últimos años fuera de aquí. *(Jimmy saluda a los obreros. Dirigiéndose a John Wible.)* ¿Habéis decidido algo?

JOHN WIBLE: Sí.

JIMMY: *(Acercándose.)* ¿Habéis tomado acuerdos?

JOHN WIBLE: Esta noche destruiremos la máquina.

JIMMY: Eso es una locura.

JOHN WIBLE: ¿También tú te has vendido?

JIMMY: ¡Dejadme hablar!

JOHN WIBLE: ¡No podemos perder el tiempo!

NED LUDD: ¡Que hable!

VARIAS VOCES: ¡Que hable! ¡Que hable!

JIMMY: El aspecto infernal de la máquina os ha asustado. La máquina, para vosotros, es un dios o un demonio, que clava sus garras en vuestras almas. Un demonio que os despedaza, que os roba el trabajo.

ALBERT: ¡Así es!

JIMMY: Bueno; pues yo os aseguro que existen otros enemigos mucho más terribles que ese armatoste.

JOHN WIBLE: ¡Camaradas: Jimmy pretende engañarnos!

CHARLES: ¡Que se calle!

NED LUDD: ¡No! ¡Que hable!

JIMMY: ¡Vuestro peor enemigo vive en vosotros mismos... ¡En vuestras almas...! ¡En vuestra sangre! ¡En vuestras cabezas!

JOHN WIBLE: ¡Que se calle ese cura!

CHARLES: ¡Que se vaya a la iglesia!

ALBERT: ¡Somos machos! ¡No mujerzuelas!

NED LUDD: ¡Dejadle hablar!

JIMMY: ¡Hermanos, reflexionad! ¡Vivís miserablemente! Sin alegría y sin descanso. ¡Vivís en una selva oscura! ¿Habéis visto alguna vez la luz? ¿Qué significa para vosotros el trabajo? ¡Esclavitud! ¡Dolor! ¡Nunca alegría! ¡Contemplad vuestros hijos! ¡Raquíticos, extenuados, con todos los estigmas de la vejez prematura!

JOHN WIBLE: Nosotros no somos culpables de nuestra desgracia.

JIMMY: *(Con violencia.)* ¡Sí! ¡La culpa es sólo vuestra! ¡No luchasteis jamás por constituir el frente único del proletariado! La muerte anida entre vosotros... Se columpia ante vuestros ojos cansados... Os agobia... Mata vuestra risa, vuestra alegría... ¡Y aún soñáis! ¡Hermanos, uníos! ¡Todos! ¡Luchad por la unión de todos los asalariados! ¡Y venceréis! ¡Y venceremos! ¡La Tierra os prestará su energía! Y el tirano, la máquina, se doblegará ante el espíritu de los hombres trabajadores... ¡Será nuestra herramienta! ¡Será nuestro criado!

NED LUDD: *(Quedamente.)* ¡Será nuestra herramienta!

JIMMY: ¡La máquina será nuestra colaboradora! ¡Jamás nuestra enemiga! Vuestros hijos, redimidos de la miseria,

crecerán jugando en prados y bosques, aprendiendo a ser hombres en escuelas alegres... ¡La pobreza os está estrangulando! ¡Apenas sí podéis ya respirar! ¡Redimíos! ¡Luchad! ¡Cortad por lo sano! ¡No dejéis que la gangrena invada lo que aún hay de puro en vosotros! ¡Uníos! ¡Formad el frente único del proletariado!

(Pausa.)

JOHN WIBLE: ¡Palabras huecas! ¡Palabras huecas! ¿Unirnos los trabajadores? ¡Ja, ja, ja! Estamos excluidos del Parlamento. No tenemos derecho a votar. Sólo el rico goza de tal privilegio.

JIMMY: Hay algo más interesante que el derecho al voto. La posesión de la tierra, que ahora está acaparada por unos parásitos. Ellos nos gobiernan y nos cierran las puertas de la Alta Cámara. Promueven guerras a fin de aumentar sus ingresos. A estos pillajes los califican de guerras patrióticas. Pero, decidme, ¿quién vierte su sangre por la patria?

LOS OBREROS: ¡Nosotros! ¡Nosotros!

JIMMY: Pues nosotros, los obreros ingleses, entablaremos la lucha que nos liberará. En Londres hemos formado ya una liga secreta, a la que todos debemos afiliarnos. ¡Hemos

encendido la antorcha de la rebelión! ¡Y mandaremos nosotros, los hombres! ¡No mandarán las máquinas!

ARTHUR: ¡Mandaremos nosotros, los hombres! ¡No mandarán las máquinas!

JIMMY: ¿Estáis dispuestos a luchar?

LOS OBREROS: Sí; estamos dispuestos a luchar.

JIMMY: La lucha será durísima. ¡Tened paciencia! La lucha será más dura de lo que os imagináis. ¡Aceptad el trabajo junto a la máquina! ¡Soportadla aún algunos días! ¡Aunque vuestras mujeres e hijos os maldigan! El gran día de la liberación está próximo. ¡Valor! ¡Valor! ¡Mirad al enemigo cara a cara!

LOS OBREROS: ¡Lucharemos hasta vencer!

NED LUDD: Te nombramos nuestro jefe.

JIMMY: ¡No hay capitanes! ¡Ni soldados! Todos lucharemos en la misma fila.

LOS OBREROS: ¡Todos lucharemos en la misma fila!

(Los obreros vitorean a Jimmy. Lo sacan en hombros, entonando con fervor una canción obrera. Salen todos, menos John Wible.)

JOHN WIBLE: ¡Alzad sobre vuestros hombros a ese iluso, que me ha arrebatado vuestra jefatura! ¡Imbéciles! ¿Pensáis gobernar la Tierra y conquistar un paraíso? ¡Que os crean los locos! ¡Yo, no!

TELÓN

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Habitación de la villa de Ure

HENRY: Lo he llamado para que hablemos a solas. ¿Conoce usted al agitador? ¿Sabe usted quién es?

JOHN WIBLE: Sí, señor.

HENRY: ¿Cómo se llama?

JOHN WIBLE: Jimmy Cobb...

HENRY: Está bien. Me han dicho que tuvo usted con él unas palabras...

JOHN WIBLE: No; yo le aseguro...

HENRY: ¿Para qué mentir? No trate usted de engañarme... Lo sé todo... Además, yo puedo obligarle a «cantar».

JOHN WIBLE: Eso... poco a poco...

HENRY: Mire usted... Juguemos limpio... Con las cartas boca arriba... Antes de que Ure se entere del nombre del agitador, es preciso que mi hermano salga de Nottingham... ¿Me entiende usted?... Lo recompensaré espléndidamente.

JOHN WIBLE: Conforme. Acepto.

HENRY: Bueno; usted se las arreglará como pueda.

JOHN WIBLE: Es un juego peligroso...

HENRY: ¿Qué plan tiene usted?

JOHN WIBLE: Como primera providencia destruiremos la máquina. Y cuando él se entere, saldrá de Nottingham.

HENRY: Allá usted. Yo me lavo las manos.

JOHN WIBLE: Deseo hablar con el señor Ure.

HENRY: ¿Para qué? ¿Es algo urgente?

JOHN WIBLE: Sí.

HENRY: Espere usted entonces. (*Henry sale.*)

JOHN WIBLE: (*Solo.*) Ya sé lo que tengo que hacer. Daré mucha caba al señor Ure y no le llevaré nunca la contraria. ¡Que baja los jornales, encantado! ¡Que aumenta la jornada de trabajo, de acuerdo! Pero yo me saldré con la mía.

(*Entra Ure.*)

URE: ¿Es usted el tejedor John Wible?

JOHN WIBLE: Servidor.

URE: ¿Qué desea usted? ¿Trabajo?

JOHN WIBLE: Señor, soy un veterano... Uno de los obreros más antiguos de su fábrica...

URE: Mire usted, yo no tengo tiempo para ocuparme de cada uno de ustedes aisladamente. Todos, tanto ustedes como yo, hemos de sometemos a las exigencias de la industria nacional.

JOHN WIBLE: Se trata de poner en conocimiento de usted... No en balde llevo comiendo el pan en su casa...

URE: ¡Al grano! ¡Al grano! ¿Qué sucede?

JOHN WIBLE: Señor, se prepara una revuelta... La máquina va a ser destruida.

URE: Siéntese... ¿Un cigarro...? Dígame, dígame todo lo que usted sepa. No omita usted el menor detalle.

JOHN WIBLE: Ha llegado de Londres un agitador... Nadie sabe quién es... Tal vez un comunista... Acaso un afiliado a la Unión Secreta de Trabajadores... Se dice que está sobornado por los fabricantes franceses... Ha sugerido a los obreros la idea de destruir la máquina. Les ha prometido armas. La sangre va a correr.

URE: Lo impediremos. Gracias, Wible. Patronos y obreros estamos de acuerdo. Esto es evidente, aunque algunos pretenden que se trata sólo de un mito. Trabajo es unión.

JOHN WIBLE: Yo estoy siempre a sus órdenes, señor.

URE: Realmente, no me preocupa demasiado la destrucción de la máquina. Al contrario, en una situación

como la presente, un atentado de este género afianzaría nuestra opinión y abriría los ojos, por fin, a este Gobierno idiota. La pérdida material quedaría más que compensada en un futuro bien organizado y nutrido de Policía. ¿Me traerá usted cuantas noticias sepa?

JOHN WIBLE: Sí, señor Ure.

URE: *(Escribe en una hoja de papel.)* Vaya usted con esto a ver al cajero.

JOHN WIBLE: Sí, señor Ure.

(Entra corriendo la hijita del señor Ure. Acaricia a su padre y sale.)

URE: Sí, Wible. Se habla mucho del abismo que separa a los patronos y a los obreros. Tonterías. ¿Es que hay alguna diferencia entre el amor que usted siente por sus hijos y el que yo siento por los míos? Cuando uno de nuestros hijos enferma, ¿no sentimos sus dolores como propios, tanto usted como yo? Adiós, Wible. *(Ure, sale.)*

JOHN WIBLE: *(Solo.)* Vampiro... Unos se mueren de hambre y a los otros les importa un bledo... ¿Existe aquí diferencia? A un niño le empalagan de puro hartos los dulces más exquisitos y a otro le parece un manjar de dioses un

mendrugo de pan... ¿Existe aquí diferencia? ¡Sinvergüenza! Si piensas que tu oro me ciega, te equivocas, Ure... ¡Bah! ¡Bah! ¿Yo traidor? ¡Qué disparate! ¡Cada uno va a lo suyo! ¿Yo traidor? No me asusta ese calificativo... Además, me sé de memoria a mis clásicos: si fracaso, seré un traidor en toda la extensión de la palabra. De esto no me cabe la menor duda... *(Sale John Wible.)*

ESCENA SEGUNDA

Callejón sucio y triste. Viviendas humildes de un solo piso. Entre ellas, la choza de John Wible.

JIMMY: En la fábrica trabajan los enemigos de la huelga.

JOHN WIBLE: Ya lo sé.

JIMMY: No debemos tolerarlo.

JOHN WIBLE: ¿Y me lo dices a mí? Allá tú, que predicaste paciencia... Ya que estáis dispuestos a trabajar junto a la

máquina y a tratar con Ure, pedirle que despida a los esquiroles.

JIMMY: ¿Te extraña que quiera tratar con Ure? Te diré la razón. Tenemos que aplazar la lucha definitiva. Hoy seríamos derrotados. Aún no ha sonado la hora de la justicia Esa hora sonará cuando todo el proletariado inglés esté preparado. Entonces, camarada, no pactaremos con nadie.

JOHN WIBLE: Debemos matar a los esquiroles. Los atacaremos, y a los que escapen con vida los perseguiremos como a las liebres.

JIMMY: ¿Por qué? Los esquiroles son unos pobres ignorantes. Andan por la vida con los ojos vendados. Nos reuniremos en la puerta de la fábrica y trataremos de convencerlos.

JOHN WIBLE: ¡Vaya una acción heroica!

JIMMY: ¿Es que todas las acciones han de ser heroicas? Además, el fin justifica los medios.

JOHN WIBLE: Aquí lo que se necesitan son palos. Sólo las humillaciones, el dolor y la miseria engendran rebeldes. El esquirol será siempre un borrego. Le dan pan y vino. Se

emborracha. Da la razón al amo y después se tumba a dormir como un cerdo.

JIMMY: La miseria engendra rebeldes. Es verdad. Pero demasiada miseria ahoga nuestros sentimientos mejores. El hambriento no es nunca un rebelde. ¡Qué le importan a él la solidaridad, el compañerismo, el sacrificio! El hambriento es siempre víctima del primer sinvergüenza que le echa de comer, mercenario del primer general que le ofrece un botín.

JOHN WIBLE: Te repito que los esquirols son unos borregos. Debemos hostigarlos, despertarlos a latigazos del letargo en que están sumidos.

JIMMY: Ten cuidado, John Wible. Se diría que el odio dicta tus palabras. ¿Por qué desprecias de ese modo a los obreros que deseas liberar? Ten cuidado. Si desencadenas la tempestad, si despiertas en las masas el odio y el rencor dormido, tú serás la primera víctima.

JOHN WIBLE: Entonces, ¿qué quieres? ¿Qué nos encojamos de hombros ante la tiranía de la máquina?

JIMMY: Quiero, a su hora precisa, la revolución.

JOHN WIBLE: Yo no soy un intelectual como tú. No leo librotos; sin embargo, el tiempo dirá cuál de los dos estaba

en lo cierto, quién es el que comprendía mejor el espíritu del proletariado... El proletariado no es lo que tú piensas... En fin, dejémonos de historias... Hoy no podemos reunirnos en la puerta de la fábrica.

JIMMY: ¿Por qué?

JOHN WIBLE: Porque no hay tiempo de avisar a los camaradas.

JIMMY: Yo creo...

JOHN WIBLE: ¡Imposible, te digo! Mañana será otro día. Yo me encargo de avisar a los demás... Tú serás el responsable de lo que suceda. Ya veremos cuánto tiempo te obedecen. *(Sale John Wible. Entra el viejo segador, que sale precipitadamente de la choza.)*

EL VIEJO SEGADOR: Escúchame... Voy a cumplir ochenta años, y a pesar de mi trabajo, de mis esfuerzos constantes, no he conseguido que la vida me proporcionara una sola hora feliz... El viejo segador no quiere, por lo tanto, volver a nacer... El viejo segador desea convertirse en tierra... En tierras de esas floridas praderas inglesas, donde pastan los corderos y donde los arroyos saltan alegres como cabritillos... El viejo segador quiere saber, antes de que le

olviden en su tumba, una cosa: el porqué de la vida, Jimmy...
El porqué de esta vida sin objeto, sin sentido...

JIMMY: ¿Sabes por qué nace aquel árbol? ¿Por qué florece en primavera y pierde las hojas en el otoño? ¿Con qué objeto? ¿Con qué sentido? Yo soy, tú eres, nosotros somos...
Viejo: la vida nos regala un espectáculo maravilloso... Y el hombre es el que da un sentido a todo esto.

EL VIEJO SEGADOR: ¿Crees en el Reino de Dios, en el reino de la paz?

JIMMY: Lucho como si creyera en él.

EL VIEJO SEGADOR: Dime: ¿dónde encontraré a Dios?

JIMMY: No sé... Tal vez lo encuentres en tu propio sacrificio...

EL VIEJO SEGADOR: ¿Luchas tú contra Dios?

JIMMY: Lucho como si creyese en Él.

EL VIEJO SEGADOR: Está loco... ¡Ja, ja, ja! Lucha sin saber dónde está Dios. Jimmy, te falta un tomillo. Acabarás mal.

(Jimmy sale riendo. Entra un hombre empujando un carro pequeño de cuatro ruedas. Le llaman «Luis el del carro».)

EL VIEJO SEGADOR: Oye, amigo, el del carro: ¿sabes dónde está Dios?

LUIS: *(Con furia.)* ¡No soy amigo de nadie! Soy empleado del Ayuntamiento y me llamo Luis. ¡Soy barrendero de la ciudad de Nottingham! Además, esto no es un carro. Un carro sólo tiene dos ruedas. Esto es un verdadero coche de cuatro ruedas. ¡Durante toda mi vida he tenido que empujar un carro, y ahora, que me entregan un coche, tú te atreves a llamar carro a mi coche!

EL VIEJO SEGADOR: No te enfades. Yo quería ayudarte a empujar.

LUIS: ¡Buena ayuda! ¡No puedes ni con tu trasero! ¡Carro! ¡Carro! ¡Carro! Sólo faltaba que llamaras máquina a mi coche.

EL VIEJO SEGADOR: La máquina es lo que busco.

(Sale «Luis el del carro». Entra un ciego, conducido por un sordomudo.)

EL VIEJO SEGADOR: Oye, hermano ciego: ¿sabes dónde está Dios?

EL CIEGO: Pregúntaselo al lazarillo. Yo nunca he escuchado la voz de Dios.

EL VIEJO SEGADOR: *(Dirigiéndose al sordomudo.)* Dime, hermano: ¿dónde está Dios? *(El sordomudo gesticula. Hace ademanes de no comprender nada. El ciego ríe.)* ¿No me oyes, hermano?

EL CIEGO: ¡Qué sabe él de Dios! Es sordomudo, y además no le ha visto nunca.

EL VIEJO SEGADOR: El ciego no lo ha escuchado. El sordomudo no lo ha visto... Y yo, que tengo los ojos y los oídos sanos, no lo encuentro...

ESCENA TERCERA

Una plaza. Al fondo, la villa de Ure. Una alta tapia circunda el jardín. En el centro de ella, una gran cancela. A su lado, una puerta pequeña.

MUCHACHO PRIMERO: ¡Yo la he visto!

NIÑA PRIMERA: ¡Yo también!

MUCHACHO SEGUNDO: ¡Y yo!

MUCHACHO PRIMERO: ¡Brilla como el oro!

NIÑA SEGUNDA: ¡Dios nos la ha enviado!

MUCHACHO PRIMERO: ¡Eso son cuentos!

NIÑA SEGUNDA: Pues el pastor me ha dicho que los ángeles la bajaron del cielo.

MUCHACHO PRIMERO: Cuando hayas trabajado junto a ella un día y una noche seguidos, entonces dirá quién nos la ha enviado.

MUCHACHO SEGUNDO: Es una máquina como las demás, tonta. Ahora que, a su lado, las antiguas parecen feas y viejas. Está sin estrenar. Esto es todo.

NIÑA PRIMERA: A mí me gusta mucho verla.

MUCHACHO TERCERO: A mí también; pero me voy a casa. Si mi padre me encuentra aquí, de mirón, me hará trabajar con ella

MUCHACHO PRIMERO: Ahora estamos en huelga. No tienes por qué trabajar.

MUCHACHO TERCERO: ¿Quieres saber un secreto?... Mi padre trabaja hoy también.

NIÑA PRIMERA: Los mayores no están unidos... ¡Qué asco! Vámonos a casa.

(Salen los niños. Entra un grupo de mujeres harapientas. Gritan.)

VOCES: ¡Abajo la máquina! ¡Abajo la máquina!

(Pausa.)

MARGARITA: No contestan. Callan como postes. Antes abrirán a un perro sarnoso que a nosotras. No tienen corazón... He tenido que vender mi último mueble: la cama, donde nacieron todos los hijos, donde murió la abuela. El prendero, ¡mal rayo le parta!, me dio unos peniques.

MUJER SEGUNDA: *(Gritando.)* ¡Oíd, señores! ¡Contestadnos! ¡Por favor! No somos salteadores de caminos. Os venimos a ver en pleno día. ¡Os pedimos limosna! ¡Os imploramos! *(Pausa.)*

(Se abre la puerta pequeña. Por ella sale Henry Cobbett.)

VOCES: ¡Abajo la máquina! ¡Abajo la máquina!

HENRY: No seáis escandalosas. La máquina ya está preparada. No estamos dispuestos a prescindir de ella. Desistid de la huelga y mañana tendréis pan.

MUJER PRIMERA: ¿Habrá trabajo para todos?

HENRY: Harto nos apena tener que despedir a la mayoría de los hombres. Pero, en cambio, todos vuestros hijos serán colocados. Hasta los de cuatro y cinco años. Y las mujeres jóvenes y ágiles también hallarán trabajo. ¡Sed razonables! La extraordinaria delicadeza de este oficio exige dedos muy delicados, femeninos.

MARGARITA: Señor, querido señor... Llevaos la máquina. No permitáis que muramos de hambre. Sois un noble caballero, que da de comer a los gorriones en invierno. Nosotras no somos más que personas... Es cierto, pero... ¡Tened piedad! ¡Señor, querido señor: llevaos la máquina!

HENRY: La máquina es un tributo que pagamos todos en beneficio de Inglaterra. Verdad es que un puñado de hombres queda sin trabajo, pero solamente por poco tiempo. Con la máquina, el precio de la mercancía bajará en un 50 por 100. ¿Sabéis lo que esto significa? Hoy tenéis que pagar al pastor cuatro chelines por un entierro. Una fosa vale seis. Total: diez chelines. Supongamos que, un buen día, el pastor sólo pidiera dos chelines y que la fosa no costara más que tres. ¿No os moriríais entonces a gusto? Pues igual que vosotras iríais encantadas a la tumba, los compradores van encantados hacia la mercancía abaratada. Sí la producción aumenta, la demanda crece. ¡Mercancía!, gritan los consumidores. ¡Mercancía!, silban las sirenas de los barcos abarrotados de carga. ¡Mercancía!, aúllan con ruido metálico los grandes trenes. ¡Mercancía! ¡Mercancía! ¡Mercancía! Y como las antiguas fábricas no pueden cubrir las necesidades de los pueblos, fábricas nuevas, colosales, poderosas, abrirán sus puertas a los que tengan hambre. Inglaterra no tiene tantos necesitados como los que las fauces abiertas de las formidables fábricas pueden devorar... Paciencia, mujeres. Si pudiéramos hacer nuestra voluntad... Pero, desgraciadamente, el mercado europeo está muy parado. Quedan muchas deudas de guerra por pagar. Sois inglesas, sois patriotas y tenéis que reconocer que la patria no puede conceder crédito a insolventes. ¡La patria es lo primero!

(El director entra de nuevo en la fábrica. Silencio sepulcral. Luego, las mujeres gritan de nuevo.)

VOCES: ¡Abajo la máquina! ¡Abajo la máquina! *(Pausa.)*
(Por la puerta pequeña sale Mary. Asustada, trata de huir. Algunas mujeres la ven, la cogen y la arrastran hasta el primer término. Hablan atropelladamente.)

MARGARITA: ¿De dónde vienes?

MUJER SEGUNDA— ¡Traidora! ¡Viene de traicionamos, en la cama, con ese bribón! ¡Se revuelca con los señores mientras nosotras pedimos pan! ¡Se ríe, con ellos, de nuestro dolor! ¡Putas! ¡Es la querida de Cobbett! *(La mujer segunda se abalanza sobre Mary.)*

VOCES: ¡Traidora! ¡Prostituta!

MUJER SEGUNDA: ¡Arrancadla esos vestidos de ramera presumida! ¡Señaladla el rostro para que todo el mundo sepa que está corrompida!

MUJER TERCERA: ¡Azotadla!

MUJER CUARTA: ¡Atadla desnuda a un poste!

MUJER QUINTA: ¡Que la escupan los niños!

MUJER PRIMERA: *(Riendo, en tono de burla.)* Es una «finolis».

MARGARITA: Un proletario era para ella demasiado poco, demasiado ordinario... No tenía las manos bien cuidadas.

VOCES: ¡Apestosa! ¡Putas! ¡Putas!

(Entra Ned Ludd.)

NED: ¡Es la esposa de John Wible! ¿Qué hacéis, arpías? ¿Por qué pegáis a esa mujer?

MUJER PREVIERA: ¡Es una puta, que nos traiciona!

MUJER SEGUNDA: Hace siete semanas que en mi estómago no entra nada caliente... Y a todas nos pasa lo mismo... Nos hemos reunido y hemos llegado arrastrándonos hasta aquí... Hemos gritado, hemos gritado ante la puerta de Ure: «¡Libertadnos de la máquina!»

MUJER CUARTA: Si fueses madre, Ned Ludd, sabrías lo que es parir un hijo y verlo morir de hambre. ¡Llega un momento en que nos convertimos en verdaderas fieras! Odiamos a los que no sufren. Por eso hemos pegado a esa mujer.

NED LUDD: ¡No lo entiendo! ¡Sois unas bestias!

MARGARITA: No os molestéis. A los hombres no les interesan estas cosas. ¿Qué saben ellos de nuestro dolor?

MUJER PRIMERA: ¿Sabes, Ned Ludd, que pasamos miseria y penas?

MUJER TERCERA: ¿Pero es que la mujer de Ure no es madre? ¿Es que no se da cuenta de nuestro sufrimiento? Debía tener compasión.

MUJER SEGUNDA: ¿La mujer de Ure? ¡Estaría bueno! Cuando se encuentra en un apuro, manda venir a la comadrona, paga y a otra cosa. ¿Qué la importan nuestros dolores, nuestras miserias? Ya veis: ha oído nuestros gritos y ha mandado a ese criado de Cobbett a decirnos que la máquina se queda en Nottingham, que la mayoría de los hombres y las mujeres viejas no serán readmitidos..., que el interés general... y que... no sé qué sandeces de la patria. ¡Me cisco yo en la patria, que me deja morir de hambre!

MUJER TERCERA: ¿Lo oyes, Ned Ludd? Nos han echado como a unos perros. ¿Lo oyes? Y el hombre que nos ha tratado así se acuesta con esta puta, la mujer de un obrero a quien roban el pan.

(Varias mujeres se abalanzan sobre Mary.)

VOCES: ¡Te azotaremos! ¡Azotaremos tu carne podrida!
(Ned Ludd contiene a las mujeres.)

NED LUDD: ¿Pegáis a los niños que se arrojan hambrientos sobre un pedazo de pan? Dime, Mary, ¿por qué estuviste con Cobbett?

MARY: *(Muy bajito.)* Soy... tan pobre... como todas ellas... Tan miserable... No lo hice por mí...

NED LUDD: ¿Y pegáis a esta mujercita? ¡No seáis arpías! ¡Pensad con la cabeza y no con la tripa! Si fueseis tan hermosas como ella, haríais lo mismo. Cuando fuisteis jóvenes, lo hicisteis... Mary, ven conmigo. No temas nada. Yo te llevaré a tu casa. *(Ned Ludd se encara con la primera mujer.)* Y tú, bestia, ven a verme cuando tengas uso de razón. *(Salen Ned Ludd y Mary.)*

MUJER SEGUNDA: ¡Que el demonio os lleve!

VOCES: ¡Abajo la máquina! ¡Abajo la máquina! *(Las mujeres, en masa, salen cantando.)* ¡Oh, oh, oh! ¡Con miseria, esclavitud y pobreza! ¡Oh, oh, oh! ¡Escuchad la marcha fúnebre de la vieja Inglaterra! ¡Cómo gime en los pantanos, en las cuadras pestilentes, en las frías callejuelas y

en el infierno terrible del trabajo! Escuchad la marcha fúnebre de la vieja Inglaterra. (*Entra el viejo segador.*)

EL VIEJO SEGADOR: Arrojarán su plata a las calles y prodigarán su oro; pero ni su oro ni su plata podrán salvarlos cuando llegue el día de la justicia. Aún no temen ese día, y por eso no calman el hambre y el dolor del pueblo... Si fuese yo el de allá arriba, arrojaría maná sobre la Tierra. Pero el de allá arriba sólo mira hacia abajo cuando las trompetas tocan marchas fúnebres, cuando los órganos, incrustados en oro, entonan himnos a las Reinas y a los grandes señores. Los pobres no tienen órganos. Ni trompetas. Sus lamentos suenan tan débiles como los latidos del corazón de un niño. ¡Hay que tener el oído muy fino para percibirlos! (*Entran dos mujeres, que cruzan la escena.*) Viejo, tu obligación es consolar a estas mujeres. (*El viejo segador hace como si tocase un violín.*)

MUJER PRIMERA: Mira ese loco...

EL VIEJO SEGADOR: (*Dando vueltas sobre sí mismo. Bailando una melodía imaginaria.*) ¿Os paráis...? Solamente he tocado tres compases... ¿Qué hacéis...? ¿Vais a bailar y casi no podéis teneros en pie...? ¿Vais a bailar...? ¿Vais a bailar y no podéis teneros en pie...? ¡Ah... ah... ah...!

TELÓN

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Habitación en la villa de Ure. Sentado a la mesa, trabaja Henry Cobbett. Se oye, lejano, el canto isócrono y metálico de la fábrica. Silbidos de sirena.

(Entran Jimmy Cobbett.)

HENRY: ¿Tú aquí? ¿Qué quieres? ¡Salga usted inmediatamente! Si no sale, llamaré a los celadores, que lo arrojarán a latigazos... A los policías, que nos protegen contra los bandoleros... A los soldados del Rey, que siempre tienen dispuesto para el pescuezo de los bribones un lazo corredizo en la mochila.

JIMMY: Hermano, anúnciame al señor Ure.

HENRY: ¿Hermano? Yo no conozco a mi hermano.

JIMMY: Bueno. Anúnciame como un desconocido.

HENRY: No quiero.

JIMMY: El señor Ure recibe –¡siempre!– al que tiene algo interesante que contarle. ¿Prefieres que me anuncie el portero?... ¿O el ayuda de cámara?... ¿O su hija, o su mujer?

HENRY: Hermano, si en tu corazón queda aún un rescoldo de amor fraternal... ¡márchate! Abandona Nottingham. Inglaterra es grande. En todas partes hallarás desocupados dispuestos a seguirte como borregos. ¿A qué demonios vienes aquí? ¿A vengarte?... Recuerdo que, de niños, te pegué alguna vez sin causa justificada... Luego me he arrepentido. Tú lo sabes.

JIMMY: Comprendo tu inquietud. Temes perder tu empleo.

HENRY: ¡Oh, sí! Lo temo. Sospecho que has venido para vengarte.

JIMMY: La misma mujer nos dio la vida. Tranquilízate. Te doy mi palabra, Henry, de que Ure nunca sabrá cómo me llamo. Y para que el Mundo no se te caiga encima, te juro que

sólo permaneceré unos días en Nottingham... Haz saber a la vieja que sé cómo se apena por mí su corazón.

HENRY: Aquí tienes dinero... Mi sueldo de todo el mes. Es tuyo. Pero márchate hoy mismo. En este instante.

JIMMY: *(Rechazando el dinero.)* Soy hijo de una madre inglesa y ella me ha enseñado a hablar como hablan los hombres ingleses. Desde luego, me parece que no aprendimos a leer en la misma cartilla... ¡Anúnciame al señor Ure! *(Henry vacila.)* ¿Prefieres que me anuncie yo mismo?

HENRY: ¡Dios mío! ¡Estoy perdido! ¡Serás mi ruina! ¡Si haces que muera de hambre, que madre muera de hambre, todas las maldiciones caerán sobre ti! *(Sale.)*

JIMMY: *(Solo.)* ¡Y pensar que la misma sangre corre por nuestras venas! *(Entra Ure.)*

URE: ¿Su nombre?

JIMMY: Llámeme como le dé la gana.

URE: ¡Es usted un insolente!... No tengo tiempo para escuchar impertinencias. ¿Qué desea usted? Si viene a

implorar la caridad, diríjase al cura... Yo no doy limosna por sistema. Los mendigos son una plaga social.

JIMMY: Tal vez haya usted oído hablar de mí. Me llaman «El agitador extranjero». Yo soy el que recordó a los trabajadores de Nottingham su condición de hombres.

URE: ¿Usted se atreve...?

JIMMY: Me atrevo. El espíritu no entiende de servilismos. El espíritu no se resigna a ser esclavo. El espíritu sólo obedece a una ley eterna: la verdad. Y el cobarde que abandona sus ideales se traiciona a sí mismo. Por mi boca hablan miles de oprimidos... Sus anhelos palpitan, vibran desesperadamente en mi voz. Nadie puede robar impunemente su pan al prójimo. El ladrón debe morir decapitado. Como muere la espiga segada por la hoz. Usted repite constantemente: «Sólo el trabajo nos libera». Y hoy despide usted a sus mejores trabajadores sin motivo que lo explique... En el Mundo hay millones» dé hombres, mujeres y niños que no tienen camisa. Y usted, cruelmente, ordena destruir las primeras materias. La desgracia entona –¡sin esperanza!– su canto de dolor. Junto a los hombres que se mueren de hambre, el arroz se pudre en los graneros. Junto a los hombres que se mueren de frío, el carbón se apila en las montañas. La demanda está paralizada, porque un sistema criminal, que usted patrocina, así lo quiere... Usted

está ciego. Yo, en cambio, veo claro... En bien de todos, señor, no despida a sus hombres. Reduzca la jornada de trabajo. El pan de miles de personas está en sus manos. No aniquile usted tantas vidas sin piedad. Tantas vidas que, como la suya y la mía, siguen el camino que un sino desconocido les ha trazado. No destruya usted la obra de Dios.

URE: ¿Quién es usted? Su traje no armoniza con sus palabras... Dios y el negocio son cosas distintas. Dios es el santuario hacia el cual el hombre dirige sus miradas en los momentos de desaliento. Él está por encima de nuestras bajezas y dolores. Él es la luz pura y eterna que brilla –sin extinguirse– sobre todas las miserias humanas. Sería ofender a Dios pretender mezclarle en nuestras menudencias. ¿Ha venido usted a esta pacífica ciudad para encender la antorcha de la rebelión, para soliviantar a los trabajadores, animales enloquecidos y enchiquerados –a fuerza de trabajo y de palos– en una estrecha vida de orden? ¿Qué pretende usted? ¿La destrucción de todo bicho viviente? ¡No descansará usted hasta que la revolución socave los cimientos de la sociedad humana!

JIMMY: Usted es quien enciende la tea de la discordia. Usted, quien convierte la Tierra en un continuo campo de batalla; su ley es la de los fuertes que oprimen a los débiles, la de los ladinos que pervierten a los hombres puros, la de los cobardes que compran asesinos. Su ley llama ilusos a los caídos, y a los opresores, héroes.

URE: Muchacho, usted delira. Precisamente de la ley que decreta la lucha de todos contra todos surge –¡madura!– la vida. Todos luchamos para engendrar una prole robusta; pero sólo el vencedor es el que procrea. No el vencido. De esta lucha surge, como digo, madura la vida. Quien triunfa se eleva en virtud de una ley natural, que muchas veces nuestra incomprensión nos hace indescifrable. Tan sólo así el Mundo avanza.

JIMMY Atacad al débil, si queréis, que yo me colocaré a su lado para defenderlo. Habláis de la libertad, de la lucha, de la victoria del más fuerte en nombre de la ley del más adinerado. Pedís libertad para todos. ¿Y qué libertad le queda al obrero? Libertad para morir, no para vivir. ¡Qué suerte tan envidiable la del antiguo esclavo! El amo era su padre adoptivo, que atendía sus necesidades, que curaba sus dolencias y que no le dejaba morir de hambre –¡sin piedad!– en medio del arroyo. ¿Y hoy? Llevamos colgando del cuello una bolsa de hambre. ¿Qué somos? Mercancías. Cosas. Algo odioso, que a su vez odia todo lo existente. Algo tan desprovisto de sentido humano como cualquiera de las máquinas de vuestros talleres. Contemplad la Naturaleza, ¿Dónde es posible hallar un animal que viva solitario? ¿Sin amor y sin afectos? El águila reparte sus presas con sus hermanas. El escarabajo entrega al compañero hambriento parte de su comida. El negro, el salvaje, vive pacíficamente con sus semejantes, en alegre comunidad, gozando de una existencia maravillosa. Entre los hermanos de tribu no hay

abismos de clase. Tan sólo los hombres libres y civilizados – ¡qué sarcasmo!– permanecemos sordos a este llamamiento de la sangre. Diferenciamos lo tuyo de lo mío. Nos odiamos a muerte, como enemigos.

URE: Se adivina que usted cree en sus propias palabras... Mas entre los hombres impera esta ley: la del más fuerte. La vida es así, y sería estúpido pretender cambiarla.

JIMMY: Usted personaliza la ley del más fuerte, la ley del dinero. Quien tiene dinero puede comprar trabajo y hacerse dueño de los hombres. Sólo existe una ambición: el oro. Y usted, que hace poco se titulaba hombre libre, no es sino un esclavo sin voluntad, porque el dinero traza a todos – maniatados– un camino rectilíneo. El dinero obliga a ser cruel, a destrozar pueblos enteros, a intoxicar con opio países de ensueño. Como China. Como la India. Lo que usted llama ley natural y derecho del más fuerte es el nombre de vuestra profunda desgracia, de la esclavitud a que os somete vuestro propio dinero. Es el instrumento del mismísimo demonio, que de la guerra os empuja a la guerra. A la guerra fratricida. A la guerra de los pueblos contra los pueblos. A la guerra de los continentes contra los continentes. A la guerra de todos contra todos. A la guerra contra vosotros mismos.

URE: ¿Y vosotros...?

JIMMY: En nuestros corazones palpita el amor al prójimo, como en el capullo la flor que ansía la luz. Y este amor al prójimo conjura la maldición bíblica que nos condenó a ganar el pan con el sudor de la frente. El trabajo, que ahora es estigma de servilismo y tortura de los proscritos, será mañana alegre sendero hacia el bienestar. *(Pausa.)*

URE: Sueñas. Pero me complace que sueñes a mi lado. Desde este instante encontrarás trabajo y albergue en mi casa.

JIMMY: Yo no pido nada para mí. ¿Quiere usted dar trabajo a los obreros despedidos?

URE: *(Con energía.)* De nuevo vuelves a tu tema. Ya conoces mis conclusiones. No puedo transigir. Mi decisión es firme, hija de maduras reflexiones. En los negocios, la conveniencia –y no los sentimientos– es la que dice la última palabra.

JIMMY: Lucharé contra esa conveniencia. Vuestros hijos y vuestros nietos me lo agradecerán. ¡En mi bandera flamea un solo ideal: la justicia! *(Sale.)*

URE: *(Solo.)* Es un loco... Padece una extraña locura... Es un iluso... Pero su locura es peligrosa... Es un hombre. *(Entra Henry Cobbett.)*

HENRY: ¿Qué hacemos, señor Ure?

URE: *(Reflexionando.)* Hay que vigilar estrechamente a ese hombre. Ponga sobre aviso a la Policía... ¿Hay obreros suficientes para atender a la máquina?

HENRY: Precisamente acaba de llegar de Carlton el último pelotón de voluntarios.

URE: Muy bien. Puede usted retirarse.

ESCENA SEGUNDA

Sótano donde habita Ned Ludd. Una mesa y unos taburetes. Al fondo, jergones de paja, donde yacen los niños. Margarita y Ned Ludd están sentados a la mesa. Ella tiene en brazos al niño más pequeño.

MARGARITA: *(Cantando.):*

Nuestro dioscito te llevará pronto.
Vendrá con una cuna de oro.

Te llevará a la sepultura. Sobre mí: la tierra negra. Sobre tí: la tierra negra. Y juntos –¡mi alma!– nos iremos al Cielo. *(Margarita acuesta al niño y se sienta de nuevo a la mesa. A Ned Ludd.)* Hiciste mal en traer aquí la caja.

NED LUDD: Eres una escoba vieja. Barres los pocos rayos de sol que entran en nuestra habitación.

MARGARITA: Y tú eres un viejo tonto y loco. Siempre serás el mismo. John Wible podía ocultar el dinero en su casa.

NED LUDD: ¿Temes que la Policía haga un registro?

MARGARITA: Tengo trece hijos...

NED LUD: Y yo también...

MARGARITA: Míralos. Ahí tienes al más pequeño. Cuando me retorció de dolor en ese jergón, que es un nido de chinches, deseaba que naciera muerto.

NED LUD: Y nació tísico...

MARGARITA: ¿Tengo yo acaso la culpa? Hasta que sentí los dolores del parto estuve al pie del telar... Después... A los tres días vino el capataz a preguntarme si iba a trabajar. Al cuarto

día, ya estaba respirando el aire envenenado de la fábrica. Mientras trabajaba, la leche me brotaba de los pechos. ¡Cómo me escocían! Al anochecer, cuando dejaba la manufactura, mi blusa estaba empapada. Llegaba a casa tan cansada que no tenía ganas de llevarme a la boca ni un pedazo de pan. Hasta las tres de la madrugada no podía tumbarme. Tenía que atender a las faenas de la casa.

NED LUDD: ¿Y quién te echa la culpa?

MARGARITA: La culpa... La culpa... Creo que todos los días crucifican a Nuestro Señor. Dicen que Dios hará comparecer a todo asesino ante su Tribunal. Y yo me pregunto: ¿Cuándo se sentarán nuestros amos en el banquillo? ¡Justicia para todos los hombres que murieron de hambre! ¡Justicia para todas las mujeres, para todos los niños, para todos aquellos que sucumbieron en la calleja del dolor! (*Con ira.*) Pero las autoridades, los que ejercen en la Tierra la justicia en nombre de Dios, se emborrachan y comen a dos carrillos. Se dan buena vida. ¡Y nosotros estamos sometidos a estos comilones, borrachos y putañeros!

NED LUDD: Pero su fin se acerca. Te lo digo yo.

MARGARITA: ¡Cállate! Tú no eres más que un bocazas.

NED LUDD: Yo soy un obrero inglés, y no sé mentir.

MARGARITA: También son obreros los sicarios, los carceleros y los verdugos. Manos de obreros construyen las horcas... La caja que has traído y ocultas, ¿es la de la organización secreta? Dime la verdad.

NED LUDD: No me tires de la lengua.

MARGARITA: No me confías ninguno de tus secretos. Sólo me buscas para la cama y para que te zurza los calcetines.

NED LUDD: ¿Tienes queja de mí? No te enfades, Margarita. La mujer de un trabajador ha de mirar por su marido. *(Ned Ludd abraza a Margarita.)*

MARGARITA: Estoy harta ya de mis trece hijos. Acuérdate de esto. *(Margarita sale. Entra el joven Ludd, borracho y del brazo de una ramera. El joven Ludd canta.)*

JOVEN LUDD: A la cama... A la cama... A la cama, aunque la cama sea tan sólo un jergón de paja...

NED LUDD: ¿Qué quiere decir esto?

JOVEN LUDD: Que vengo a acostarme con mi novia.

NED LUDD: ¡Vete de aquí! ¡No quiero verte!

JOVEN LUDD: Bueno. Me iré a la cama. ¡Fuera esos niños! Necesito el jergón.

NED LUDD: ¡Que salga esa mujer inmediatamente!

JOVEN LUDD: Esta mujer es mi novia. Y yo vengo a acostarme con ella. ¿Verdad, monina?

NED LUDD: ¡Márchate o no respondo de mí!

JOVEN LUDD: ¡Oh, oh, viejo! Menos voces. ¿Acaso no he trabajado para ti desde que tenía cuatro años? ¿Quién se ha ocupado de mí? Además, bien os he pagado el hospedaje. ¿No os hubiérais muerto de hambre, si yo no hubiera trabajado en la fábrica?... Yo debo proporcionaros el sustento y, en cambio, vosotros me negáis el placer.

NED LUDD: ¡Sal! ¡Fuera de aquí! ¿Note da vergüenza que te vea tu madre?

JOVEN LUDD: Cuando ella fue joven lo hizo también, igual que mi novia... Pero nos marcharemos. No me importa. Dormiremos en el bosque, ¿verdad, monina? Desde hoy, no recibiréis ni un penique mío... ¡Adiós, viejo idiota! A la cama... A la cama... A la cama, aunque la cama sea tan sólo de musgo. *(El joven Ludd y la ramera salen tambaleándose.)*

Ned Ludd se sienta a la mesa, con la cabeza entre las manos. Al poco rato entra John Wible.)

NED LUDD: Bien venido seas.

JOHN WIBLE: ¿Estás preocupado con el conflicto obrero?

NED LUDD: Nuestras mujeres han saqueado tres tiendas.

JOHN WIBLE: Hicieron bien. ¿Fuiste a ver a Ure?

NED LUDD: Esta mañana.

JOHN WIBLE: ¿Y qué te dijo?

NED LUDD: Nada bueno.

JOHN WIBLE: ¿Seremos despedidos todos?

NED LUDD: De cada cien, setenta y cinco. Las mujeres débiles no volverán a la fábrica. Sólo los niños serán todos admitidos. Y le pregunté: «¿Qué van a hacer los hombres sin trabajo? Piénselo: sin trabajo y sin pan». «¡Oh! –opinó el señor Ure–. Si obtenemos una buena venta, compraremos una nueva fábrica. Mientras tanto, los hombres pueden dedicarse a pensar en la inmortalidad del cangrejo». Y

añadió: «Las máquinas no precisan brazos fuertes, sino habilidosos. Y vuestras manos huesudas y encallecidas son poco aptas para manejarlas»:

JOHN WIBLE: Bien, bien. Pensaremos en la inmortalidad del cangrejo y nos engrasaremos las manos para tenerlas flexibles y ágiles. Es un bonito programa. ¿Y el jornal?

NED LUDD: Cinco peniques a los niños, ocho a las mujeres y a los hombres un chelín.

JOHN WIBLE: ¿Condiciones?

NED LUDD: Las condiciones son duras, John. Tenemos que comprometernos por un año. Ure podrá despedir a los obreros, sin previo aviso, si considera deficiente su trabajo o no estima buena su conducta. Si durante la labor se nos rompe cualquier pieza de la máquina, la tendremos que pagar. Además, hay multas: quien olvide las tijeras, pagará un penique; quien abandone su puesto junto a la máquina, tres; quien se ausente sin permiso del capataz, cinco; quien hable con otro obrero, silbe o cante, cuatro. Se nos obliga a vivir en las chozas que Ure ha construido y nos pagarán en especie la mitad del jornal.

JOHN WIBLE: Bien, bien. Eso de las multas es un truco para quedarse con nuestros jornales. ¿Y qué dice Jimmy?

NED LUDD: Jimmy aconseja que nos conformemos, por ahora, con esas condiciones. Los días del amo están contados. En Blackbom, en Boston, en Lancashire, en Wigan, en Rochdale, en Leicester, en Derby, en Manchester, se están preparando para la lucha. *(Entra un grupo de mujeres. Con ellas entra Margarita. La mujer primera arroja a los niños pedazos de pan que trae envueltos en el delantal.)*

MUJER PRIMERA: ¡Aquí, niños! ¡Hartaos! Dios sabe cuándo volveréis a comer. *(Los niños se arrojan ansiosos sobre los mendrugos.)*

NED LUDD: Pan robado... Fruto del saqueo... No lo consiento.

MUJER PRIMERA: *(En tono de burla.)* ¿Qué es lo que no consientes?... ¿Que robe?... ¿No quieres que robe...? Eres un hombre honrado... Un hombre virtuoso... Pero tus hijos no lo son... ¡Como perros hambrientos se arrojan sobre el pan! ¡Quítaselo, Ned Ludd! ¡Demuéstranos tu valor! ¡Quítaselo! ¡Es pan robado! ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Lágrimas? ¿Qué veo? ¿Lloras?

MUJER SEGUNDA: ¿Es verdad que trabajaréis con la máquina?

NED LUDD: Es verdad.

MUJER PRIMERA: ¿Habéis pactado con Ure?

NED LUDD: Queremos justicia para todos; pero a su debido tiempo. Además, la máquina no es nuestro enemigo.

MUJER PRIMERA: Eso quiere decir...

MUJER SEGUNDA: ¿No lo comprendes? ¡Es que se rajan como mujerzuelas!

JOHN WIBLE: En efecto, nos rajamos.

MUJER PRIMERA: ¡Ja, ja, ja!... ¡Justicia! Queremos justicia y venganza. Lucharemos. No trabajaremos con la máquina. ¡Nunca! ¡Nunca!

JOHN WIBLE: Jimmy quiere que transijamos. Nos dedicaremos a rezar el Rosario.

MARGARITA: ¿Tú también? ¿Rezando como un cura? No tenéis tuétano en los huesos.

MUJER PRIMERA: ¡Sois impotentes! No me acostaré con vosotros.

NED LUDD: ¿A qué despotricar así? Vosotras seréis despedidas; pero a los hombres nos tocará apencar.

MUJER PRIMERA: ¿Con la máquina? ¡No! Vosotros barreréis los cuartos, guisaréis y zurciréis los calcetines. ¡Bonito oficio de hombres!

NED LUDD: Si rechazamos las condiciones de Ure, nuestros hijos se morirán de hambre.

MARGARITA: ¡Que revienten! ¡Ojalá nunca hubieran nacido! ¿Cuándo nos queda un momento libre para atenderlos? ¡No paramos en todo el día! Se crían a la buena de Dios. (*Con tono de burla.*) Familia... Amor maternal... Los grandes señores inventan bellas frases... ¿Existe, realmente, la familia entre nosotros? Yo conozco mejor al telar que a mi propio hijo. ¿Qué sé yo de él? Sé que está aquí y que las tripas se le retuercen de hambre.

MUJER PRIMERA: Las mujeres debemos unimos.

JOHN WIBLE: ¿Qué vais a hacer?

MUJER PRIMERA: Si dejáis que viva a la máquina y consentís que vuestros compañeros sean despedidos, iremos a ver a Ure y le diremos: «Sustituid los veinticinco hombres por mujeres. Trabajaremos lo que se nos exija. Trabajaremos, si

es preciso, veinte horas seguidas. Trabajaremos por la mitad del jornal».

NED LUDD: ¡Al diablo! Traicionáis a vuestros hermanos, traicionáis la causa obrera.

MUJER PRIMERA: Me cisco yo en la causa.

MUJER SEGUNDA: Queremos hechos, no palabras.

NED LUDD: Escuchad a Jimmy. Él quiere nuestro bien. El expresa lo que sentimos, lo que queremos. John, yo no sé explicarme. Diles tú lo que nos dijo Jimmy.

JOHN WIBLE: Yo, de niño, me solía dormir durante el sermón del cura. Anoche, oyendo a Jimmy, me pasó lo mismo. Me dormí. Ofendería al cura si comparase su manía con la de Jimmy. En fin, yo no puedo decir nada. Me desperté cuando ya os habíais marchado.

MUJER SEGUNDA: Nosotras no acatamos las órdenes del primer charlatán que nos suelta un sermón.

MUJER PRIMERA: Bueno, ya lo sabéis. Dos días os damos de plazo. Sois unos bragazas. ¡Qué asco! *(Salen las mujeres.)*

NED LUDD: No debemos traicionarnos. Los obreros han de formar un frente único. Cada uno, aisladamente, no es más que una brizna de paja a merced del viento. Sólo unidos somos fuertes.

JOHN WIBLE: ¿Has leído el nuevo periódico? Doscientos obreros parados han llegado de Carlton y están trabajando en la fábrica.

NED LUDD: ¡Esquiroles!

JOHN WIBLE: Ya he hablado de esto con Jimmy.

NED LUDD: ¿Y qué te dijo?

JOHN WIBLE: Que tuviéramos paciencia.

NED LUDD: ¿Paciencia? Imposible.

JOHN WIBLE: Claro, él ignora lo que es el honor del proletariado. Aún cuando en esta ocasión esté con nosotros, no es un obrero. Sabe leer y escribir como los señores.

NED LUDD: No debemos confiar en él demasiado.

JOHN WIBLE: Eso opinan los otros. Para tratar de todo nos reuniremos esta noche en el cobertizo.

NED LUDD: ¿Esta noche?

JOHN WIBLE: Sí, a las diez.

NED LUDD: Yo iré.

JOHN WIBLE: ¿A pesar de Jimmy?

NED LUDD: Yo soy Ned Ludd, Iré sin falta. ¿Están todos avisados?

JOHN WIBLE: Solamente falta Bobby. Voy a decírselo. (*John Wible sale. En la puerta se vuelve otra vez.*) Un escribiente del patrono me dijo que Jimmy entraba en el despacho de Ure como Pedro por su casa. (*John Wible sale definitivamente.*)

MARGARITA: Desde que la máquina llegó a la ciudad, todo está embrujado.

NED LUDD: ¿Tú crees?

MARGARITA: Las mujeres tenemos razón.

NED LUDD: *(Furioso)* ¡Margarita!

MARGARITA: Sois todos unos bragazas. Mientras entierran a vuestras mujeres y a vuestros hijos, vosotros rezáis como beatas. Ned, maridito mío, anda y ponte a fregar los platos. ¿Quieres un delantal? *(El niño de pecho grita y respira fatigosamente sobre el jergón de paja. Mueve sus manitas en el aire. Margarita corre hacia él.)* ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¿Qué te pasa? ¡Virgen santa! *(El niño deja caer la cabeza sobre el brazo de Margarita.)* ¡Ned! ¡Ned! ¡El niño, mi niño, ha muerto! ¡Ha muerto!

NED LUDD: *(Gritando, en medio de la escena, lleno de dolor.)* ¡La desgracia nos idiotiza! He aquí la máquina... ¡Qué razón tenía Jimmy cuando nos dijo que debíamos todos volver al campo! Por nuestras venas corre, envenenada, la sangre de las grandes ciudades. Las grandes ciudades no creen en Dios. Es preciso vivir cerca de la madre tierra. Es preciso clavarse como una estaca en el suelo. Somos unos leprosos... Somos árboles cuyas raíces han sido cortadas, que tienen que resistir la violencia del huracán... hasta pudrirse.

TELÓN

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Crepúsculo vespertino. Los contornos de las casas borrosos, esfumados. Transcurre esta escena como la llama de una antorcha fantasmal.

JOHN WIBLE: ¿Por qué tienes miedo?

ALBERT: *(Sombrío.)* La máquina...

JOHN WIBLE: Jimmy se ha vendido...

ALBERT: La máquina le sedujo...

JOHN WIBLE: En lugar de conformarnos con expulsar a los esquirolas, ¿por qué no nos decidimos a luchar contra nuestro enemigo: la máquina?

ALBERT: Salvación... Nuestra salvación...

JOHN WIBLE: Atiéndeme. ¿Puedo contar contigo?

ALBERT: Te ayudaré siempre, hasta morir. Ahora veo claro. Ese canalla de Jimmy ha embaucado a los obreros.

JOHN WIBLE: Pero de nuevo vuelven a darse cuenta de las cosas. Encuentran inaceptables las condiciones de Ure. Dudan de la lealtad de Jimmy y comienzan a sospechar que nos ha querido tender un lazo. Tan pronto como destruyamos la máquina, las frases de Jimmy quedarán sin sentido. Además, las mujeres también hacen su labor. Confiemos en ellas. Por lo demás, podemos trabajar tranquilamente. Jimmy no sospecha nada. Cree que hasta mañana no nos reuniremos.

ALBERT: Las mujeres... son las primeras en alborotar y las últimas en actuar. ¡Y ese Ned Ludd! Una vez tuve un perro que, cuando mordía, no soltaba la presa como no lo mataran. Así es Ned Ludd.

JOHN WIBLE: ¿Sabrás que Jimmy es hermano de Henry Cobbett?

ALBERT: Ya me lo has dicho. Pero no viven juntos. Ni siquiera se hablan.

JOHN WIBLE: ¿Qué importa eso? Debemos convencer a Ned Ludd, y entonces Jimmy habrá de andarse con ojo. ¡A nosotros no se nos engaña!

ALBERT: ¡Dios mío... Dios mío!

JOHN WIBLE: ¿Qué te pasa?

ALBERT: Presiento que algo terrible nos amenaza. La máquina me llena de pavor.

JOHN WIBLE: ¡Que te lleve el diablo! Me estás poniendo carne de gallina. ¡Valor! La noche nos protegerá, ¡y venceremos!

ESCENA SEGUNDA

Interior de una vivienda miserable. En el suelo un montón de paja y sentado en ella, Jimmy. Escribe. A poco, entra el mendigo.

JIMMY: ¿Quién va?

MENDIGO: No soy una visita. Los que debieran visitarte están bailando.

JIMMY: Si no hablas más claro.

MENDIGO: ¿Qué haces?

JIMMY: Escribo una proclama.

MENDIGO: Una proclama es como la polvareda, que nos ciega y nos deja sordos momentáneamente; pero no llega al corazón. Dime, amigo, ¿estás seguro de tus gentes?

JIMMY: Son obreros.

MENDIGO: Es decir, hombres...

JIMMY: Los obreros cumplen su palabra.

MENDIGO: Es posible que algunos la cumplan. ¿Pero todos? Es dudoso. ¿Acaso todos los hombres cumplen su palabra? ¿Acaso son todos valerosos, nobles, fieles e independientes? No. ¿Por qué lo han de ser los obreros? Tú los ves como quisieras que fueran. Tú te has creado un nuevo dios: el Proletariado. Y así como Dios es sapiente, puro, perfecto, el proletariado inglés de 1815 es un iluso y un loco. Luchar al lado de Dios significa vencer. Pero si despiertas de tu sueño verás que tus ídolos son unos hombrecillos vanidosos desgraciados, insignificantes, suspicaces. Sin embargo, inténtalo. Si vences me quitaré la gorra cuando pases.

JIMMY: El triunfo de los obreros significa el triunfo de la justicia.

MENDIGO: He conocido a tres gobiernos. Todos engañaban al pueblo. Unos más, otros menos. A los que menos engañan se les suele llamar buenos gobiernos.

JIMMY: Eres un amargado.

MENDIGO: Y tú un intelectual, un aristócrata, que quiere mandar, ser poderoso. También el pueblo tiene sus aristócratas... Pero no te enfades, amigo Jimmy; si llegas a gobernar, te incluiré en la categoría de los buenos gobernantes. *(Jimmy ríe. Luego, una pausa.)*

JIMMY: ¿Conoces a John Wible?

MENDIGO: Nos hemos emborrachado juntos. Esto ya indica algo. Cuando volvía borracho a su casa, sacudía a su mujer y a los chicos. Una vez estrelló al más pequeño contra la pared, como si fuera un gato. Cayó con tan mala pata que del golpe quedó cojo para siempre. La madre se ahorcó para no ir a la cárcel por robar un panecillo. El panadero dijo que le había robado tres; pero fíate tú de los panaderos. También dicen que hacen el pan con buen trigo, y a veces huele a azufre.

JIMMY: Los obreros obedecen a John Wible.

MENDIGO: Se los ha metido en el bolsillo.

JIMMY: No lo entiendo.

MENDIGO: Hace lo que quiere de ellos, porque es un tío con labia y porque una vez le tiró una piedra al director. Claro que era de noche. Su chico también capitanea ya a los otros muchachos.

JIMMY: Es un chiquillo enclenque.

MENDIGO: Como los hijos de los demás tejedores. Las comadronas dicen que nacen sin huesos. Que son de goma.

JIMMY: ¡Oh, si se pudiera salvar a los niños! *(Pausa.)*

MENDIGO: Jimmy... amigo... ¿Y eres tú el que quiere ser conductor de masas? Permíteme que me sonría. Vete al cura y que te nombre jefe de un batallón de ángeles o de hermanas de la caridad. ¿Y eres tú el que pretende conducir a los hombres hacia un mundo nuevo? ¿Tú, que no te enteras ni de lo que ocurre en torno tuyo?

JIMMY: ¿Que no sé lo que ocurre a mi alrededor?

MENDIGO: La gata ha parido un murciélago. Del rosal ha brotado un jazmín. Y los hombres cantan: ¡Aleluya al nuevo profeta!

JIMMY: ¿Qué quieres decir con eso?

MENDIGO: ¡Aleluya al nuevo profeta!

JIMMY: ¡Contesta!

MENDIGO: ¡Aleluya al nuevo profeta! *(El mendigo hace una corona con paja y la coloca sobre la cabeza de Jimmy.)*
¡Albricias! ¡Hete coronado!

JIMMY: ¡Quítame eso, estúpido! ¿Estás loco?

MENDIGO: *(Imitando el ruido de la marcha de un batallón.)*
Trapp... trapp... trapp... trapp... trapp... trapp...

JIMMY: El alcohol se te ha subido a la cabeza.

MENDIGO: Trapp... trapp... trapp...

JIMMY: ¡Esas tabernas!

MENDIGO: Resulta muy gracioso tropezarse con niños de teta vestidos de hombre.

JIMMY: Querido, te has vuelto loco a la vejez. Será mejor no hacerte caso.

MENDIGO: Esos niños debían estar jugando con muñecas, y no tratando con obreros, que a lo peor resultan desagradecidos.

JIMMY: Tú me ocultas algo...

MENDIGO: ¿Al fin despiertas? Alerta, Jimmy. Tus obreros destruirán hoy la máquina.

JIMMY: ¡Mientes!

MENDIGO: John Wible los conduce.

JIMMY: ¡Mientes!

MENDIGO: Escápate. ¡Huye a Londres! ¡Que no hagan contigo lo que quieren hacer con la máquina!

JIMMY: Dime dónde están.

MENDIGO: John Wible los ha citado en el cobertizo.

JIMMY: ¡Adiós! *(Jimmy Cobbett sale. El mendigo se sienta, llamándole.)*

MENDIGO: ¡Eh, amigo! ¡Amiguito! ¡Ten cuidado con lo que haces! ¡No debes ir! ¡Ya no creen tus palabras! ¡Te colgarán! Si se dan cuenta de que cometen una injusticia, estás perdido sin remedio. ¡Jimmy! ¡Jimmy! ¡Has olvidado tu corona! Y la camisa. ¿Me la regalas...? Ya no me oye... Pretende conquistar un mundo y comienza confundiendo los hombres con los dioses... Me quedaré con la camisa. Hace muchos

años que no gasto camisas. Y quien las tiene en estos tiempos es casi un lord. Ahora que, quien empina el codo, se cree un rey. Renuncio a la categoría de lord. Me quedo con el trono. *(Como interpelando a alguien y solo en la inmunda choza.)* Señor tabernero: le regalo esta camisa y le nombro proveedor de la Real Casa... En definitiva, también un lord se rascaría si viviese en este tugurio. *(El mendigo sale.)*

ESCENA TERCERA

Noche de luna. Nave de la fábrica, débilmente iluminada. Gigantesca máquina de vapor, y telares mecánicos que trepidan sin cesar. En los telares trabajan niños y alguna mujer. En la máquina, dos hombres. Una sinfonía de ruidos estrepitosos llena el local. Se oye el chirriar de las transmisiones; la monotonía de los émbolos; el canto discordante de mil piezas distintas. Fogoneros cuidan, vigilantes, el fuego de las calderas.

EL CAPATAZ (Henry): ¡Son las nueve! ¡Al trabajo! Tú, ¿qué haces ahí mirando las musarañas?

NIÑA: Durante el día apenas puedo dormir, señor, y, claro, se me cerraban los ojos. *(El capataz fustiga a la chica con una correa. Silenciosamente, la niña reanuda su labor. Entra un niño.)*

EL CAPATAZ: ¡Las nueve y dos minutos! Llegas con dos minutos de retraso. De nuevo has faltado al reglamento. Lo tendré en cuenta. ¡Aire! Dos peniques de multa. *(El niño se dirige a su puesto. Pausa larga. Todos trabajan.)* ¡Las nueve y diez! ¡Cerrad la puerta! *(Una mujer cierra la puerta. Apenas la ha cerrado, llaman desde fuera.)* ¿Quién llama?

UNA VOZ: Marie Anne Walkley.

EL CAPATAZ: Son las nueve y doce minutos. Pasadas las nueve y diez no dejo entrar a nadie. Hasta la una te tienes que aguardar ahí fuera. Anotaré en tu hoja de servicios para que te descuenten medio jornal. Así aprenderás a venir pronto.

LA VOZ: ¡Por Dios, señor!... Estaba mala... Perdí sangre en el camino... Por eso me retrasé.

EL CAPATAZ: No admito disculpas..., ni me importan. Aquí no hay otra cosa que el reglamento. *(Se escuchan pasos que se alejan. Pausa larga. Luego, vuelven a llamar a la puerta.)* ¿Quién es?

UNA VOZ: *(Desde fuera.)* Ure.

EL CAPATAZ: ¡Va, va; abro enseguida! *(El capataz abre la puerta. El fabricante Ure y el representante del Gobierno penetran en el local. El capataz los atiende con marcado servilismo.)*

URE: ¿Todo va bien?

EL CAPATAZ: Sí, señor.

URE: *(Dirigiéndose a su huésped.)* He aquí la fábrica. Según los agentes movilizados por nuestros competidores extranjeros, es un matadero. La llaman «La Cámara del Terror». Les gusta usar palabras fuertes. Pero la cosa está clara: si los ocupamos trabajando en la máquina, no tendrán tiempo para urdir rebeliones. ¡Dios sea loado! Fíjese en los niños. ¿Observa usted acaso en ellos cansancio, mal humor o que estén mal tratados? ¡Mire cómo brillan alegres sus ojos! ¡Cómo fortalecen sus músculos con ese trabajo, que más bien es un juego! Contemple la labor de aquellas niñas anudando los hilos. ¡Con qué orgullo exhiben sus habilidades ante sus compañeros queridos! ¡Da gusto verlos!

HUÉSPED: Se dice que disfrutan jornales miserables.

URE: Habla de más la gente que no trabaja. No saben lo que dicen. El jornal mínimo es la única defensa que tenemos contra los abusos de los padres. De no ser así, nos enviarían hasta los niños de teta. Explotan la mano de obra, lucrándose a expensas de sus hijos.

HUÉSPED: Con el trabajo nocturno, ¿no perjudican su salud?

URE: De ninguna manera. No lo crea usted. Aparte de que la competencia no nos permite suprimirlo. Si lo hiciéramos, las consecuencias serían fatales. Suscitaríamos el paro forzoso.

HUÉSPED: El Parlamento quiere reducir a trece horas la jornada infantil.

URE: ¡El Parlamento! ¡El Parlamento! Esta ley significaría la abolición de la libertad del trabajo. Hay que permitir al obrero que trabaje todo lo que quiera.

HUÉSPED: ¿Tienen los niños tiempo para comer?

URE: Lamentándolo sinceramente, no nos es posible hacerlo con orden. Unos comen a una hora, otros a otra... Hay necesidad de atender mil cosas. Por ejemplo, en la fábrica se mantiene un fuego continuo, y no aprovecharlo

significaría una pérdida atroz de carbón que, naturalmente, haría mayor el coste de la mercancía.

HUÉSPED: El capataz, ¿es un obrero?

URE: Sí, señor. A los que desean abrirse un porvenir, les ayudamos cordialmente. Con antiguos obreros hemos conseguido formar buenos capataces. Nos sirven de intermediarios con los obreros. Son conscientes de su deber y nos rinden provechosos servicios.

HUESPED: Sí, lo comprendo. Es una magnífica idea. ¿Cuándo cree usted que será resuelta la huelga?

URE: No importa que siga. Hay suficientes esquiroles y niños, entre otros los hospicianos de Carlton, que manejan la máquina perfectamente. Deseamos lo mejor para los obreros. Son hijos de Dios, no hay que olvidarlo. Todos somos hermanos. Si no fuera por esos literatos agitadores que envenenan al pueblo... El salario, lo comprendo, no es hartamente remunerador, estimado señor. Pero de momento... Venga usted... *(Ure y su huésped salen.)*

EL CAPATAZ (Henry): ¡A trabajar y a no distraerse! ¡Eh! ¡Tú! ¿Estás cantando? ¿Qué es lo que cantas?

UN NIÑO: «Nunca, nunca serán esclavos los ingleses...»

EL CAPATAZ (Henry): Lo anotaré y te descontaré un penique; pero... ¿Qué veo? *(Se dirige hacia un telar donde una niña se ha quedado dormida.)*

EL CAPATAZ (Henry): Esto es ya el colmo... Durmiendo sobre la labor. ¡Eh! *(Sacude brutalmente a la niña, que, sobresaltada, se despierta y automáticamente reanuda su labor.)*

LA NIÑA: Señor. No puedo más. *(Llaman con fuerza a la puerta.)*

EL INGENIERO: *(Desde fuera.)* ¡Abrid, abrid! Un grupo de obreros armados se dirige hacia la fábrica.

EL CAPATAZ (Henry): Que nadie se menee de su sitio. *(Dirigiéndose a un niño.)* Tú, corre a la Comisaría. *(El niño sale. Se escuchan fuera las voces de la multitud. De nuevo llaman con fuerza a la puerta.)*

VOCES: ¡Abrid, abrid! *(La puerta se abre violentamente y entra un tropel de obreros. Entre ellos, Ned Ludd, John Wible, Charles, Georges, Eduard, Albert y Arthur.)*

VOCES: Esquiroles, traidores, duro con ellos. Mirad al capataz. Es un desertor de nuestras filas. *(Las mujeres y los niños se refugian, asustados en un rincón.)*

VOCES: Son niños.

TODOS: Son niños.

UNA VOZ: He ahí el monstruo de hierro. *(La muchedumbre contempla sobrecogida la máquina. Se hace un silencio de muerte.)*

EL CAPATAZ (Henry): Señor ingeniero, señor ingeniero. Dios mío. El patrón me matará.

EL INGENIERO: ¡Parad la máquina! *(Subiéndose al puente de la máquina.)* ¿Qué pretendéis? Antes trabajabais como bestias en los telares. Ahora la máquina os ha redimido. Mirad qué fácil: con un pequeño movimiento se pone todo en marcha... *(Comienza a andar la máquina. Las ruedas giran con un lamento casi humano en los goznes.)* Mirad, mirad; parece que respira, todo vive y transmite la vida a otras piezas: las bobinas, las poleas, los volantes. Pero bastará otro pequeño movimiento para detenerlo todo. *(Para la máquina.)* Creada por el espíritu del hombre y dominada por su creador. El hombre es dueño de la Tierra. *(John Wible salta también al puente de la máquina.)*

JOHN WIBLE: La máquina es un engendro del infierno. No toleréis más sandeces a este vil explotador. ¿Habéis olvidado ya lo que os dijo Alberto?

CHARLES: La máquina nos ata y nos despedaza.

GEORGES: Nos encadena y nos tortura.

EDUARD: Antes éramos hombres libres.

WILLIAM: En nuestros antiguos telares éramos siquiera alguien.

ALBERT: Cada cual lucía su habilidad y hacía su filigrana.

JOHN WIBLE: ¿Es de hombres este estúpido trabajo?

INGENIERO: ¡Aún pretendéis luchar contra la máquina? En toda Inglaterra... ¡En el Continente entero representa el progreso, la ciencia triunfal!

JOHN WIBLE: Respetar la máquina es someterse a ella. Díselo así a Ure.

NED LUDD: No olvidéis los consejos de Jimmy.

JOHN WIBLE: Jimmy aconseja paciencia... Paciencia; palabra de traidor... Los que se venden nunca pueden rehabilitarse. Por eso nos dice: paciencia. Quiere ganar tiempo y nos cuenta historias, farsas..., que si el Parla-

mento..., que si el Estado... ¡Luchemos contra nuestro enemigo más próximo! ¡Contra la máquina! ¿O preferís seguir siendo sus esclavos?

LOS OBREROS: ¡No! ¡No!

ALBERT: ¡Queremos volver a ser libres como antes!

JOHN WIBLE: Necesitamos la libertad y la dignidad.

NED LUDD: Cuidado. ¡Hemos dado a Jimmy nuestra palabra!

JOHN WIBLE: ¡Jimmy es un traidor!

NED LUDD: ¡Mentira!

JOHN WIBLE: Henry Cobbett es el canalla que nos impone la tiranía de Ure y, en cuanto a Jimmy, todos sabemos que es su hermano.

GRITOS: ¡Es cierto! ¡Es verdad!

NED LUDD: ¿Henry Cobbett es su hermano?

JOHN WIBLE: ¿Por qué titubeas? ¡Si tienes miedo, lárgate!

NED LUDD: ¿Yo miedo? No me hagas reír.

JOHN WDBLE: ¡Que tienes mujer...!

CHARLES: Piensa en tus hijos...

GEORGES: En... ¡el demonio!

WILLIAM: ¡No olvides tampoco el maldito armatoste...!

EDUARD: ¡Nuestras mujeres luchan!

CHARLES: ¡Ya se han cargado a tres cochinos tenderos! ¡Y mientras, nosotros no hacemos más que charlar!

ARTHUR: ¡Decidamos algo!

JOHN WIBLE: ¡Tú, Ludd, haz lo que todos pensamos! ¡Rompe la máquina! *(Entre un silencio angustioso, Ned Ludd se dirige hacia la máquina. Todos retroceden: esquiroles, niños y el capataz.)*

NED LUDD: *(Yendo hacia la máquina.)* ¡Es hermano de Henry Cobbett...! ¡Hermano! ¡Muera! ¡Muera la bestia endemoniada! *(Ned Ludd empuña enérgico, un martillo, golpea inconscientemente en la palanca del embrague y la*

máquina se pone en marcha... Se produce una gran confusión. Los obreros retroceden.)

CHARLES: *(Gritando.)* ¡Máquina infernal!

ARTHUR: Yo... yo... no sé hablar como John y Jimmy. Pero... pero... Arthur es... es capaz de hacer lo que otro hombre. *(Arthur coge una barra de hierro y golpea a la máquina. Un volante lo alcanza y lo voltea.)*

ARTHUR: *(Gritando.)* ¡Madre!

EDUARD: ¡Horror! ¡Lo despedaza!

NED LUDD: ¡Lo ha triturado! *(Todos quedan atónitos, hasta Ned Ludd. Este ve de pronto que un obrero roba algo a escondidas. Saliendo de su estupor, sujeta al ladrón.)* ¡Suéltalo! ¿Robarías en la guerra al enemigo? ¡Porque estamos en guerra! ¿De qué te ríes? ¿De qué te ríes? ¡Merecías que te escupiera en la cara! *(Ned Ludd se arroja sobre la máquina y la golpea.)* ¡Hija del diablo! ¡Bruja maldita! *(Alentados por su ejemplo, los demás se precipitan sobre la máquina y la destrozan.)*

GRITOS: ¡Duro con ella! ¡A los ejes! ¡Maldita! ¡No dejarla una pieza! *(Fuera estalla la tempestad que se iba formando. Resuena un trueno horrísono. El huracán golpea la puerta*

violentamente. Se apagan las luces y en la oscuridad, por encima del estruendo, se oye una risa nerviosa, escalofriante.)

RISA (ingeniero): ¡Ja, ja... ji, ji, ji,... ja!

GEORGES: ¡Dios bendito! ¿No escucháis? ¡La máquina ríe!

RISA (ingeniero): ¡Ji... ji... ji...!

VOCES: ¡Huyamos! ¡Huyamos!

RISA (ingeniero): ¡Ji... ji... ji...!

UNA VOZ: ¿Dónde está la puerta? ¿Por dónde salimos?

RISA (ingeniero): ¡Ji... ji... ji!

UNA VOZ: ¡La tempestad ha cerrado la puerta! La tormenta y la máquina se han conjurado contra nosotros.

INGENIERO: *(Con gestos dislocados)* Ji... Ji... ji... ¡La máquina no ha muerto! ¿No véis cómo clava sus garras en vuestros corazones? Ji... ji... ji... ji... Contra los pueblos en paz van los ejércitos, cuyo aliento emponzoñado marchita las flores y las plantas. La Humanidad es ya un enorme aparato

de relojería ¡Tic, tac, por la mañana; tic, tac, por la tarde; tic, tac, por la noche! ¡Un hombre es el brazo; otro, la pierna; otro... es el cerebro; pero el alma... el alma ha muerto!

TODOS: *(Con acento místico.)* ¿Y el alma? ¡El alma ha muerto!

(Pausa.)

EL INGENIERO: Ji...ji...ji...

TODOS: ¡Cómo se ríe! Parece un loco.

UNA VOZ: ¡Está poseído por el espíritu diabólico de la máquina!

INGENIERO: Ji... ji... ji... Los pueblos se levantan contra los pueblos con un impulso vengador. ¡Los hermanos se asesinan! ¡Y, al final, todo es desolación! ¡Los pueblos se levantarán a luchar contra la Tierra! ¡Matan a los animales, a los animales de Dios! ¡Incendian los bosques! ¡Los bosques de Dios! ¡Se prostituye a nuestra madre la Tierra! Y al final, todo es desolación y muerte.

JOHN WIBLE: ¡Matadlo! ¡Matadlo! ¡Está loco! ¡Le brillan los ojos como a un gato!

ALBERT: ¡Matadlo!

VOCES: ¡Matadlo!

EL INGENIERO: Ji... ji... ji... *(Confusión. Los obreros persiguen al ingeniero. En la oscuridad, tropiezan entre sí. El ingeniero corre de un lado para otro. Desde el proscenio.)*
¡Máquina, máquina! Ji... ji... ji...

UNA VOZ: No me agarres, que yo no soy.

EL INGENIERO: *(Desde el fondo.)* Ji... ji... ji...

UNA VOZ: Cogedlo; está aquí.

OTRA: ¡Que yo no soy!

EL INGENIERO: *(Desde arriba.)* Ji... ji... ji...

UNA VOZ: ¡Me han herido!

EL INGENIERO: *(Con voz lejana.)* Siempre detrás, detrás siempre y no me atrapáis! Ji... ji... ji...

NED LUDD: ¡Esto es el día del juicio!

EL INGENIERO: *(Cantando a toda voz.)* ¡Venid! ¡Estoy en el fondo del precipicio!

GEORGES – En la ventana hay un hombre...

CHARLES: ¡El ingeniero!

ALBERT: ¡La muerte!

NED LUDD: ¡Cuando el espíritu se apodera de la razón, la vida se acaba!

(Pausa. Entra Jimmy.)

JIMMY: ¡Perjuros! ¡Perjuros!

GRITOS: ¡Rompedle el alma! ¡Sacadle las tripas!

JIMMY: Habéis roto vuestra promesa. La unión obrera iba avanzando en Inglaterra. ¡Vosotros sois los verdaderos perjuros!

JOHN WIBLE: Dilo de una vez: ¿Es tu hermano el regente de Ure?

JIMMY: ¿A qué viene esa pregunta?

JOHN WIBLE: ¡Contesta sin rodeos!

JIMMY: Sí.

VOCES: ¡Traidor! ¡Traidor!

JOHN WIBLE: ¿Quién se mofaba de las mujeres, tu hermano o un enemigo nuestro?

JIMMY: ¡Mi hermano, que es un enemigo nuestro!

JOHN WIBLE: ¡El círculo está cerrado!

VOCES: Quería encadenarnos a la tiranía de la máquina. ¡Verdugo! ¡Verdugo! ¡Asesino!

JIMMY: Dejad que os explique...

GRITOS: ¡Cállate! ¡Que se calle!

NED LUDD: ¡Y yo que me lo hubiera jugado todo por este hombre!

JOHN WIBLE: ¿Queréis respetar la lengua del traidor? ¿Queréis respetar sus ojos? ¡Arrancadle la lengua! ¡Sacadle los ojos!

NED LUDD: ¡Traidor! *(Lo derriba en tierra de un golpe. Jimmy lo mira serenamente. Ned Ludd retrocede. John Wible se arroja a su vez sobre Jimmy y le escupe en la cara.)*

JOHN WIBLE: Toma, si tienes sed. Será tu último trago antes de que te vayas al infierno.

JIMMY: ¡Bestia! ¡Bestia! *(Incorporándose.)* Camaradas: Creí que erais libres, y veo que sois unos esclavos. Siempre lo seréis. Vuestros hechos lo delatan. ¿Qué queréis? ¿Queréis gobernar como los amos? ¡Sois, pues, unos esclavos! Queréis ser unos explotadores, como los amos. Sois, pues, unos esclavos. *(Pausa.)* Perdonadme. Estaba indignado, queridos hermanos esclavos.

JOHN WIBLE: *(Dirigiéndose a los demás.)* ¿Por qué calláis? ¿Sois tontos? ¡Arrancadle la lengua! ¡Sacadle los ojos! *(Todos menos John Wible se arrojan sobre Jimmy y lo matan. John Wible se tapa los ojos. Pausa.)*

NED LUDD: *(Dirigiéndose a John Wible.)* John, ¿y tú qué haces? ¿Por qué no has ayudado tú?

JOHN WIBLE: El primero y el último golpe se los di yo... en la nuca...

NED LUDD: ¡Mientes!

JOHN WIBLE: ¿Te arrepentirás?

NED LUDD: No, porque era un traidor. Lo que no entiendo por qué tú, que nos mandabas que le sacáramos los ojos, no has hecho nada.

JOHN WIBLE: ¿Le habéis sacado los ojos?

NED LUDD: Ahora resulta que ni siquiera te has enterado.

JOHN WIBLE: ¿Yo? ¿Yo?...

NED LUDD: Ah... ahora lo comprendo. ¡Cobarde! (*Ned Ludd agarra a John por el cuello y lo arrastra junto al cadáver.*) Pedías su muerte... y nos dejabas hacer...

JOHN WIBLE: (*Temblando.*) No... no, no puedo ver sangre... ¡Oh!

NED LUDD: ¡Qué! Querías beber su sangre, y no puedes verla correr... Gritabas «¡Matadle!», y eras incapaz de matarle por tu mano... ¡Cobarde! Mientras le dábamos muerte, tú nos contemplabas. ¿Qué hemos hecho?

MENDIGO: (*Entrando.*) ¡Jimmy! ¡Una noticia!

NED LUDD: Jimmy ha muerto.

MENDIGO: ¿Lo habéis matado?

NED LUDD: Sí.

MENDIGO: ¿Por qué?

CHARLES: Su hermano era el criado de Ure.

MENDIGO: ¿Y él?

NED LUDD: Su auxiliar.

MENDIGO: ¡Locos! ¡Asesinos! ¿Estáis ciegos? ¡Habéis matado a un inocente! Dejó a su madre y a su hermano por vuestra causa. Pero ¿a quién no mataríais vosotros? ¡Gentuza!

(Pausa.)

GEORGES: Le matamos... Y, en realidad, no sabemos por qué...

WILLIAM: ¡Porque alguien pidió sangre!

EDUARD: Porque alguien gritó: ¡Traidor!

NED LUDD: Porque ése lo acusó de traidor. ¿Qué hemos hecho?

GEORGES: ¿Quién es ése?

NED LUDD: John Wible.

GEORGES: ¿Dónde está?

NED LUDD: Ahí estaba. ¿No está ahí John Wible?

WILLIAM: ¡Se ha ido! ¡Escapó!

NED LUDD: ¿Qué hemos hecho?

GEORGES: Tal vez se ha ido a buscar a Ure. ¡Debíamos haberle sacudido! ¡Nos ha vendido! ¡Vende a sus hermanos por treinta dineros!

MENDIGO: La cantidad no la sé; pero sé que os ha vendido... No me cabe duda. Pactó con Ure...

NED LUDD: ¿Qué hemos hecho?

MENDIGO: ¡La Policía se acerca! Está ahí. Ya basta con un muerto. *(En este momento llaman a la puerta.)*

MENDIGO: Demasiado tarde...

LA VOZ DEL OFICIAL: ¡Abrid! ¡La fábrica está cercada!

NED LUDD: Encerradnos. No sabemos lo que hemos hecho. Otros vendrán más valerosos, más razonables y lucharán contra el verdadero enemigo, contra vosotros, dueños del Mundo, contra vosotros, patronos. *(Se abre la puerta. Los obreros van saliendo poco a poco. Se ve cómo la Policía los detiene en la puerta. Los obreros entonan un himno revolucionario. La escena permanece desierta un rato. El viejo segador y Teddy entran. Aquél lleva un bastón como si fuera un fusil.)*

EL VIEJO SEGADOR: ¿Está Dios aquí?

TEDDY: Aquí está la máquina.

EL VIEJO SEGADOR: Ya lo comprendo. Dios es la máquina. Dios es la máquina.

TEDDY: Abuelo, aquí yace un hombre... Abuelo, ¡si es el tío Jimmy!

EL VIEJO SEGADOR: (*Apuntando.*) ¡Pif! ¡Paf!

TEDDY: Mira... mira... ¡Todo roto! ¡Todo destrozado!

EL VIEJO SEGADOR: (*Descubre el cadáver de Jimmy.*)
¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

TEDDY: ¡Vámonos a casa! ¡Tengo miedo!

EL VIEJO SEGADOR: No hay por qué tener miedo. Todos los suplicios tienen fin. Yo he matado al Hijo de Dios. Lo he matado al caer el sol. Y ahí está. Hay que buscarle sepultura. Míralo, míralo. Pobre Hijo de Dios. ¡Presenten... armas! ¡Yo he visto esto! ¡Y sobrevivo! ¡Qué cansancio! ¡Yo quisiera morirme, Dios mío! (*El viejo se inclina sobre el cadáver de Jimmy y lo besa.*) Voy a rezar por ti. Para que tengas un consuelo allá. ¡Oh, tú, Dios mío, Dios mío! ¡Hay que buscarle sepultura! ¡Hay que buscarle sepultura! ¡Hay que ayudar al prójimo y amarle como a sí mismo!...

TELÓN

FIN DEL DRAMA

HINKEMANN

[El castrado]

Una tragedia

*El que no tiene la fuerza para soñar,
no tiene la fuerza para vivir.*

PERSONAJES

[Eugen] Hinkemann (El castrado)

Grete Hinkemann, su esposa

La vieja señora Hinkemann

Paul Grosshahn (El mujeriego)

Max Knatsch (El broncudo)

Peter Immergleich (El inmutable)

Sebaldus Singegott (El que canta a Dios)

Michel Unbeschwert (El despreocupado)

Fränze, amiga de Grete

El dueño de la carpa de la feria

Distintos obreros y obreras

Toda clase de personas y habitantes del vulgo alemán.

Alrededor de 1921 en Alemania.

PRIMER ACTO

Escena I

Se alude a la cocina del apartamento de un trabajador³, la cual incluso es su habitación. GRETE HINKEMANN está ocupada en la estufa. HINKEMANN entra. Se sienta a la mesa, sobre ella, su mano derecha sujeta con firmeza un objeto pequeño. Mira fijamente su mano.

3 Toller inicia la didascalía con la palabra *Angedeutet* que utilizó por primera vez en su drama *Die Wandlung* en 1919. La intención de Toller al escribir “se sugiere” es crear una opción y una imagen relativa para su escenificación. Ernst Toller, *Hinkemann. Eine Tragödie*. Reclam Verlag, Stuttgart, 2007, 95 pp.

*HINKEMANN es un hombre que no habla ni “fluida” ni “patéticamente”, y se caracteriza por la dificultad de expresarse, ya que es un hombre de educación sencilla.*⁴

GRETE HINKEMANN: ¿Te dio mi madre el carbón?

HINKEMANN: *(En silencio.)*

GRETE HINKEMANN: ¡Eugen!... sólo te pregunté si mi madre te dio el carbón... ¡Contéstame!... ¡Parece que no estuviera aquí!... ¡Eugen, habla ya!... ¡Empiezo a perder la paciencia! ¡Ni un pedazo de madera! ¡Ni carbón!... ¿Eugen, crees que voy a prender la estufa con los maderos de la cama?

HINKEMANN: Un animalito... un pequeño animalito de colores... Cómo se siente en las manos... el latir de su pequeño corazón. Posado de noche, siempre de noche.

GRETE HINKEMANN: ¿Qué tienes en la mano, Eugen?

4 De acuerdo con las notas de la versión de *Hinkemann*, editada por Reclam, el “elemento espiritual” corresponde al concepto de proletariado que fue acuñado con el anarquismo. Dicho concepto, a su vez, proviene de la obra *Gegenseitige Hilfe in der Tier-und Menschenwelt* de Piotr Kropotkin.

HINKEMANN: ¿Puedes quedarte quieta junto a la estufa? ¿No se te caen las ollas de las manos? ¿No sientes como si una enorme oscuridad cayera sobre ti? Un animalito, una criatura viva como tú, como yo... hace un momento había alegría en su vida... tirilí tirilí. ¿Lo escuchas todas las mañanas? Tirilí tirilí... Así suena la alegría ante la luz... tirilí... ¡Pero ahora! ¡Ahora! Llegué cuando ella le quemaba los ojos al animalito con una aguja caliente⁵... (*Se lamenta.*) ¡Ay! ¡Ay!

GRETE HINKEMANN: ¿Pero, quién? ¿Quién?

HINKEMANN: Tu madre. Tu propia madre. ¡Una madre! Una madre dejó ciego a su jilguero con una aguja caliente, al rojo vivo, porque leyó en el periódico que las aves ciegas cantan mejor... Así que le aventé el carbón a los pies, y los diez marcos que me había dado, yo... Grete... tuve que castigar a tu madre como se castiga a un niño que atormenta a un animal... Pero después la solté... y una idea me vino a la mente. ¡Era horrible, una idea horrible! ¿No habría hecho yo antes lo mismo? ¿Y sin vacilar? ¿Qué significaba para mí el dolor de un animal? No es más que un animal; le retuercen

5 Para Ernst Toller los ojos son un motivo relevante, desde su niñez tuvo muy presente el dolor de los seres expresado a través de la impactante imagen de los ojos de un animal moribundo. Véase *Una juventud en Alemania*, p. 24. Por otra parte, S. Freud en su estudio titulado *Das Unheimliche* menciona que: “el estudio de los sueños, de las fantasías y de los mitos nos enseña, además, que el temor por la pérdida de los ojos, el miedo a quedar ciego, es un sustituto frecuente de la angustia de castración”. De tal manera que entre Hinkemann y el ave existe un paralelismo.

el pescuezo, lo acuchillan hasta matarlo, le disparan ¿y qué? Cuando estaba sano me parecía de lo más normal. Pero ahora que estoy mutilado me doy cuenta: ¡es terrible! ¡Es suicidio! ¡Peor que el suicidio: es torturar a un ser vivo!... ¡Pero eso era antes!... ¡Qué ciega está la gente sana!

GRETE HINKEMANN: ¿Qué has hecho?... Acaso ya no hay esperanza.

HINKEMANN: ¡Piensa!: ¡una madre deja ciego a un ser vivo! ¡No lo entiendo! ¡Nunca lo entenderé! ¡No lo entiendo!

GRETE HINKEMANN: *(Sale de la habitación.)*

HINKEMANN: Tú, mi pobre pajarito, tú... tú, mi pequeño compañero... Cómo nos han hecho daño, a ti y a mí. Eso hacen los seres humanos. Humanos. Si pudieras hablar, llamarías “diablos” a los hombres, ¡a esos que se hacen llamar hombres!... ¡Grete!... ¡Grete!... Se ha ido; nuestra compañía la aburre. *(Busca en la habitación.)* Migajas... una jaula... ¿Una jaula? ¿Al menos uno le muestra al otro su desdicha?... No, no, no quiero ser cruel. Quiero jugar al destino, con un destino más bondadoso que el mío. Porque te... te quiero... te quiero...

HINKEMANN sale corriendo. Regresa unos segundos después.

HINKEMANN: ¡Zas! Una pequeña mancha roja en la pared... Un par de plumas volando... ¡Y se acabó!... Una idea –¡Todo se sacude!– Si antes alguien me hubiera mostrado a una criatura como yo, no sé cómo habría reaccionado. Hay situaciones en las que uno no sabe hasta dónde puede llegar, uno se conoce tan poco... A lo mejor me habría reído...⁶ a lo mejor me habría... reído... ¿Y ella?... Su madre dejó ciego a un jilguero... ¿Sabes qué va a hacer ella? (*Ríe desquiciado y comienza a cantar con voz desgarradora.*) Ay... Ay...

Mientras HINKEMANN canta, GRETE entra en la habitación, lo mira asustada. Como estremecida de asco, se cubre los oídos. Repentinamente comienza a sollozar desesperada.

GRETE HINKEMANN: ¡Oh, válgame Dios...! ¡Válgame Dios...!

HINKEMANN: (*Mira a GRETE y la enfrenta con furia incontenible*) ¿Y ahora qué?... ¿Por qué lloras, mujer?... ¡Contesta!... ¡Por qué lloriqueas, habla!... ¡Habla!... Lloras porque yo... porque yo te... porque la gente me señalaría con el dedo como si fuera un payaso, ¿si supiera cómo me encuentro? Porque el disparo heroico de una maldita

6 La burla cobró un gran significado en la vida de Toller, ya que desde su infancia fue objeto de ésta; Ernst Toller en *Una juventud en Alemania* refiere: “Los mayores olvidan la burla en una hora, yo le doy vida y duración.” p. 19.

criatura, me ha convertido en un lisiado miserable... digno de burla, ¿lloras porque te avergüenzas de mí?... Di la verdad... la verdad... Todo es tan confuso... tan confuso... ¡Debo saber la verdad! (*Implora cariñosamente.*) ¿Por qué lloras?

GRETE HINKEMANN: Yo... te... te amo...

HINKEMANN: ¿Me amas o... o me tomas de la mano por lástima?

GRETE HINKEMANN: Te amo...

HINKEMANN: Un perro que pasó toda su vida con uno... uno jugaba con él de niño... era un buen animal... un noble animal... era un perro que no dejaba que nadie nos lastimara... hasta que un día el perro se enfermó de sarna. Con el pelo enmarañado, sus ojos supuraban... ya nadie lo puede tocar, porque a todos les da asco... pero ve, si, si nadie recordara como era el perro que veía con esos ojos tan curiosos y humanos, si ya nada pudiera hacer feliz a uno... pero entonces nadie se atreve a llevar al perro al matadero... uno lo tolera en el cuarto... uno lo tolera aunque se eche a la cama... (*Gritando.*) ¡Grete! ¿Crees que ahora soy como ese perro?

GRETE HINKEMANN: (*Se cubre los oídos. Luce desesperada.*) ¡No lo soporto más! ¡Me voy a ahorcar!... ¡Voy a abrir la llave del gas!... ¡No lo soporto más!

HINKEMANN: (*Desvalido.*) Pero, Gretita ¿qué te pasa? Si no te hago nada. No soy más que un hombre perdido. Soy una enfermedad silenciosa, un títere que se rompió por jugar tanto con él... La pensión no nos alcanza para vivir, pero es demasiado para morir... Grete, yo traicionaría a mis propios camaradas, yo creo, yo podría... podría ser un rompehuelgas... si... si tan sólo supiera... si tan sólo no me sofocara y sofocara... Lo ves aquí, aquí está sentado como un bulto de alfileres picudos que pinchan y pinchan: “No eres más que un perro sarnoso para tu mujer...” (*En silencio y misterioso.*) Grete, desde hoy... desde que vi lo que hizo tu madre, desde que esa idea está aquí, esa horrible idea... Que me acosa, me acosa, me acosa... Oigo voces...

Siento unos ojos que me miran... Y hay un gramófono a mis espaldas que vocifera su música en mis oídos, como un animal siniestro: ¡Eugen ridículo! ¡Ridículo!... Y ahora que te veo de repente... Te encuentras completamente sola en un cuarto, frente a la ventana, mientras yo camino por la calle... tú te escondes detrás de las cortinas... y tus pulmones se inflan, tu estómago se colapsa por la risa... (*Después de un rato dice modestamente.*) Gretita, ¿verdad que no podrías reírte de mí, que no podrías hacerlo?

GRETE HINKEMANN: ¿Qué quieres que te diga Eugen?... Tú ya no me crees nada.

HINKEMANN: ¡Sí! ¡Sí, te creo, Grete! ¡Quisiera volverme loco de alegría! ¡Te creo!... ¡Conseguiré un trabajo!... Aunque me tenga que doblegar como un animal...

Entra PAUL GROSSHAHN.

PAUL GROSSHAHN: Buenas tardes a todos.

HINKEMANN y GRETE HINKEMANN: Buenas tardes.

PAUL GROSSHAHN: ¡Qué gente tan alegre! ¿Creen que se puede aprender a reír?

HINKEMANN: ¡Tú no necesitas aprender a reír, Paulito! Ya tienes tu salario y pronto vas a ser jefe en el taller.

PAUL GROSSHAHN: ¡Para nada! ¡Por causa del recorte de personal, ¡hasta luego! El pobre pueblo está peor que el ganado... por lo menos el ganado es cebado, lo llevan al prado y cuando ya está bien lleno, es decir, cuando está gordo como una bola, lo llevan al matadero.

GRETE HINKEMANN: Usted peca contra Dios. PAUL GROSSHAHN: ¿Cómo pueden pecar los pobres? Aun cuando existiera algo así como otra vida, los pobres tendrían que ganarse la dicha eterna, por un lado, ya que no tienen tiempo para pecar de tanto trabajar como esclavos y esforzarse... y además deberían ser recompensados, porque ellos le proporcionan a sus capataces la felicidad sobre la tierra... Además yo soy ateo. Yo ya no creo en Dios. ¿Pues en cuál tendría que creer? ¿En el Dios de los judíos? ¿En el Dios de los paganos? ¿En el Dios de los cristianos? ¿En el Dios de los franceses? ¿En el Dios de los alemanes?

HINKEMANN: Es probable que todos estén atorados en los alambres de púas... esos eternos dirigentes de guerra.

GRETE HINKEMANN: Pues toda mi vida he creído en la justicia de Dios y nadie puede cambiar mi fe.

PAUL GROSSHAHN: Si Dios fuera justo, actuaría justamente, señora Hinkemann ¿Y cómo se comporta el justo, querido y buen Dios? ¿Eh? ¿Debo decírselo? Con Dios como rey y como patria,⁷ con Dios como asesino de la humanidad, con Dios como el Becerro de oro.⁸ Todo sucede

7 Corresponde al primer verso de una canción popular del s. XIX, el cual fue retomado del emblema del Rey Federico Guillermo III de Prusia.

8 En el *Nuevo Testamento*, *Mammon* es un término usado para denominar a la avaricia o codicia de bienes materiales. En el “Evangelio según San Lucas” 16:13 fue traducido como Dinero; en el *Talmud* significa

por la voluntad de Dios. Se piensa que cuando los señores se avergüencen de decir “yo”, cuando lo consideren útil, entonces van a decir “Dios”. Se escucha mejor... y así el pueblo cae más fácil en la trampa... les dejo la fe a quienes saquen provecho de ella. Nosotros no peleamos por el cielo, peleamos por la tierra, por la humanidad.

HINKEMANN: Pelear por la humanidad, podría ser. Pero pelear por la máquina... la que rompe nuestros huesos incluso antes de habernos puesto en pie⁹. Me horroriza cada nuevo día de trabajo y por las mañanas, al despertar, apenas puedo imaginar que tendré que resistir todo el día. Y por las tardes, al sonar la campana de la fábrica, corro a alcanzar la puerta de la fábrica como si estuviera poseído.

PAUL GROSSHAHN: A mí no me impresiona la máquina. Yo soy el que manda, no la máquina, y cuando estoy frente a una, me entran unas ganas demoniacas: debes hacerle sentir al peón que tú eres el amo, porque ¡tú eres el señor! Y luego manejo esa cosa que chilla, zumba y rechina, con un esfuerzo

riqueza y posesión; en el judaísmo también posee una connotación negativa. Por su parte el Becerro de oro también aparece en la *Biblia* como un dios falso.

9 Toller hace alusión a su obra *Maschinenstürmer* de 1922, la cual Rodolfo Halfter tradujo como *Los destructores de máquinas*. Bestia, te exijo, ¡Debes obedecer! ¡Obedece! y hago que la máquina devore hasta el pedazo de madera más rígido y le ordeno que le dé la forma que yo quiero. ¡Según mi voluntad! ¡Sé un hombre, Eugen! Y entonces tú serás el amo.

al extremo, que suda sangre... por así decir... y me río y me alegro de cómo esa máquina se atormenta y se mata trabajando. Así, mi bestia te exijo. ¡Debes obedecer! ¡Obedece! Y hago que la máquina devore hasta el pedazo de madera más rígido y le ordeno que le de la forma que yo quiero. ¡Según mi voluntad! ¡Sé un hombre Eugen! Y entonces tú serás el amo.

HINKEMANN: *(En voz baja.)* Hay situaciones en la vida, en las que es más fácil convertirse en un dios que en un hombre.

GRETE HINKEMANN: *(Mira fijamente e inmóvil a GROSSHAHN.)* Con cuanta furia puede mirar, señor Grosshahn.

PAUL GROSSHAHN: Oh...

HINKEMANN: Él aprendió a mirar furiosamente, aunque al estar con la máquina.

GRETE HINKEMANN: ¿Y entonces?

HINKEMANN: ¿Dónde crees que aprendió? Con las mujeres.

PAUL GROSSHAHN: ¿Pues qué saca el proletario de su vida? El padre maldice el día en que una boca más llega al mundo; el niño por las mañanas va hambriento a la escuela, al igual que por las noches al acostarse en la cama, las tripas lo atormentan por el hambre. Y entonces, se vuelve un esclavo. Vende su mano de obra, como cuando se vende un litro de petróleo, y le pertenece al empresario, al patrón. Se convierte... por así decir... en un martillo o en una silla o en una palanca de una máquina de vapor o en una pluma o en una plancha. ¡Así es!... ¿Cuál es su única diversión? ¡El amor! ¿Dónde nadie se puede inmiscuir? ¡El amor! Donde hay libertad, donde uno puede decirle a los señores empresarios y a los policías: ¡Aquí está lo mío! ¿¡Prohibido entrar!?! – ¡El amor! Mire, los ricos tienen tantas cosas para entretenerse... viajes a los balnearios y música y libros... ¿Pero, y la gente como nosotros? También leemos un libro, pero sólo de vez en cuando; además ni aprendimos mucho en la escuela, para eso nos hacen falta sesos. ¿Y la música? *Lohengrin*¹⁰ ¡sí que es bellísima! Pero cuando puedo ir a un cabaret¹¹ o a una

10 Es una opera de Richard Wagner, la cual se presentó por primera vez el 28 de agosto de 1850 en el Hoftheater de Weimar. *Lohengrin* se divide en tres actos y el más conocido pertenece a la marcha nupcial.

11 La palabra del texto original es *variété*, la cual proviene del francés. Ésta se refiere a un espectáculo en el que se alternan números de diverso carácter: musicales, circenses, coreográficos, *etc.*

opereta¹² como al “Conde de Luxemburgo”¹³... o al “Ensueño de vals”¹⁴... o “La viuda alegre”¹⁵... Usted conoce la canción... (*Cantando*) “Vilia, oh Vilia, tú, virgen del bosque”¹⁶... O cuando la sinfonola toca un vals por diez centavos, y puedo bailar una pieza con mi muchacha... Es lo mejor que hay... Para nosotros los proletarios el amor es muy diferente en comparación con el de los ricos. El amor para nosotros es... por así decir... la esencia de la vida, y cuando éste comienza a pudrirse, es mejor ahorcarse. ¿O no es así Eugen?

HINKEMANN: Quizás tengas razón.

PAUL GROSSHAHN: Usted es una señora casada, señora Hinkemann, y es por eso que uno puede hablar abiertamente con usted. ¿Qué sería de la vida de gente

12 Del italiano *Operette*. Es un espectáculo musical de origen francés, especie de opera de asunto frívolo y carácter alegre que puede contener algún fragmento declamado.

13 Se trata de una opereta en tres actos de Franz Lehár. El libreto fue escrito por Robert Budanzky y Alfred Maria Willner. Se presentó en el teatro de Viena el 12 de noviembre de 1909.

14 Opereta de Oscar Strauss, cuyo libreto fue escrito por Felix Dormán y Leopold Jacobsen en 1907. 13

15 Esta opereta en tres actos fue escrita en 1905 por Franz Lehár.

16 Este fragmento pertenece al primer verso del tercer acto de la opera *Lohengrin*.

como nosotros, si uno no pudiera acostarse con su muchacha aunque fuera una vez al día?

HINKEMANN: *(Mira con atención a GRETE.)*

PAUL GROSSHAHN: ¿Qué opina usted, señora Hinkemann?

GRETE HINKEMANN: ¿Qué opino?... *(Tímida.)* No todas las mujeres son iguales.

HINKEMANN: *(Se levanta bruscamente.)* Grete, ¡Voy a conseguir trabajo! Puedes estar segura... ¡Quiero regalarte algo en Navidad!...

PAUL GROSSHAHN: Ahórrate la vuelta.

HINKEMANN: ¡Espera ya verás, Paulito! Nos vemos Grete.

HINKEMANN abandona la habitación. Unos minutos de silencio.

PAUL GROSSHAHN: Ese hombre es todo un toro. Qué pena que esté en la ruina. Y siempre de buen humor. ¿Son felices, señora Hinkemann?

GRETE HINKEMANN: *(Lo mira fijamente.)* Sí.

PAUL GROSSHAHN: Siempre he envidiado a Eugen cuando los veo así, juntos.

GRETE HINKEMANN: *(Llorando se cubre la cara con las manos.)*

PAUL GROSSHAHN: ¿Qué pasa señora Hinkemann?... ¿Acaso dije algo malo? Usted está llorando... ¿Qué pasa?... ¿Quiere que siga a Eugen? Tal vez lo pueda alcanzar...

GRETE HINKEMANN: *(Llorando perturbada.)* ¡La cabeza me estalla! ¡Ya puede encerrarme en el manicomio!... ¡Ay!... ¡Ay!...

PAUL GROSSHAHN: *(Preocupado.)* ¿Está usted enferma, señora Hinkemann? ¿Puedo ayudarla? ¿O está embarazada?... Porque a algunas mujeres les dan ataques epilépticos.

GRETE HINKEMANN: ¡Ay, válgame Dios! ¡Válgame Dios...! ¿¡Yo, embarazada!?... *(Ríe espasmódicamente.)* Estoy en circunstancias, en las que sería muy feliz si me enterraran hoy mismo...

PAUL GROSSHAHN: ¿Qué Eugen no es bueno con usted? ¿Le pega?

GRETE HINKEMANN: Si yo le contara... si le contara... si le contara... soy una pobre criatura... mi Eugen... Eugen... Eugen, él ya no es... ya no es hombre...

PAUL GROSSHAHN: ¿Realmente no está enferma, señora Hinkemann? ¿Acaso tiene fiebre?

GRETE HINKEMANN: No... a Eugen... a Eugen, lo lastimaron allá afuera, en la guerra... y ahora él está lisiado... me da mucha vergüenza... no puedo explicarlo... usted me entiende, señor Grosshahn, él ya no es un hombre... (*Se cubre la boca aterrorizada de sí misma.*)

PAUL GROSSHAHN: (*Se carcajea brutal y ruidosamente.*)

GRETE HINKEMANN: ¡Ay, Dios mío...! ¿Qué he hecho? ¿Qué he dicho? Y, ahora se burla de mí... ¡No! ¡No! No lo hubiera imaginado... No debí decirle. No lo hubiera creído capaz de burlarse.

PAUL GROSSHAHN: Discúlpeme señora Hinkemann, pero no puedo aguantarme... la risa me brota de la garganta... y es que cuando un hombre escucha algo así, no le queda más que reírse. (*Indignado.*) ¡Eugen es un egoísta! ¿Por qué la retiene? Él no la ama porque de otra manera ya la hubiera dejado libre... (*Acaricia a GRETE y ella se apoya en él.*)

GRETE HINKEMANN: Es más difícil de lo que usted piensa, señor Grosshahn. Uno no se ubica. A veces parece tan claro y luego todo se vuelve oscuro otra vez, como la noche... El hombre me da tanta lástima... ¡Era un gran hombre antes de la guerra! ¡Estaba en la flor de la vida! Pero, ahora... sólo se hunde en sus pensamientos; pelea con Dios y pelea con la gente... Y cuando me mira... parece como si me quisiera atravesar con la mirada, como si yo fuera un objeto y no un ser humano. Algunas veces me da miedo... no lo quiero... ¡me da asco!... *(Se altera.)* ¡Me da asco!... Dios mío ¿cómo va a terminar todo esto?...

PAUL GROSSHAHN: *(Cada vez más cariñoso.)* Llore, señora Grete, llore... Las lágrimas que uno carga son como piedras que yacen en el corazón. Eso es lo que mi difunta madre solía decir...

GRETE HINKEMANN: ¿No le dirá nada, señor Grosshahn? ¡O me aventaría al río!

PAUL GROSSHAHN: No le diré nada, Grete. No diré ni una sola palabra. Puedes estar tranquila. Ya estuve una vez en prisión un mes por haber cumplido mi promesa de no hablar... Por eso puedes estar tranquila... Eres una mujer joven... mírame... ¡Al diablo! No vas a aguantar así ni un año más, afligiéndote de esa forma... Gretita... Gretita... *(La besa.)*

GRETE HINKEMANN: Soy una mala persona...

PAUL GROSSHAHN: ¿Mala? ¿Cómo puede ser malo algo que viene de la naturaleza?... Por así decir... proviene de la sangre... malo, con esa palabra los sacerdotuchos y los capitalistas hacen malabares... Malo sería si estuvieras en contra de ti misma, si quieres serle fiel a un hombre que no es hombre, y después de todo ¿qué es la fidelidad?, es como una mentirijilla piadosa para el pobre pueblo, para la gente rica desde hace mucho es un cuento de viejas. Mi amigo incluso tuvo un amorío con... con la esposa de un consejero de comercio...

GRETE HINKEMANN: Escucho a alguien en la escalera... ¿Y, si es Eugen...?

PAUL GROSSHAHN: Entonces mejor me voy... Gretita ¿Algún día vas a ir a verme? Tú sabes dónde vivo... No tengas miedo, nadie me visita... Puedes desahogar tu corazón conmigo... por así decir... Puedes llorar tranquila conmigo... ¿Vas a ir a verme?

GRETE HINKEMANN: Todavía no sé...

PAUL GROSSHAHN: ¿Aún recuerdas cómo construimos, juntos en el parque, castillos con aquel gran montón de

arena, Gretita?... Ya te había echado el ojo cuando tú todavía eras una muchachita... Gretita ¿Vas a ir a verme?

GRETE HINKEMANN: *(Agita la cabeza a manera de negación.)*

PAUL GROSSHAHN: *(Repentinamente brutal.)* Sin pretextos... ¡Tú irás!...

GRETE HINKEMANN: Yo...

PAUL GROSSHAHN: ¡Vas a ir!

GRETE HINKEMANN: Sí...

PAUL GROSSHAHN: Entonces hasta pronto, Gretita, hasta pronto. *(Sale.)*

GRETE HINKEMANN: *(Sola.)* Soy una pobre mujer y la vida es tan confusa...

CAE EL TELÓN.

SEGUNDO ACTO

Escena I

Se alude: que la escena se lleve a cabo frente a un carrito verde. El DUEÑO DE LA CARPA EN LA FERIA está sentado sobre un tronco que se encuentra entre algunos instrumentos.¹⁷

HINKEMANN permanece de pie frente a él.

¹⁷ Es un personaje que no siempre se expresa de manera adecuada y al hablar denota que es extranjero.

HINKEMANN: (*Señalando una hoja de periódico.*) ¡Aquí está!

DUEÑO: ¿Cómo que ¡aquí!?!...

HINKEMANN: Claro, ¡aquí está! (*Lee lentamente acentuando cada palabra.*) “Se busca hombre fuerte para espectáculo sensacionalista. Buena paga. Sólo presentarse hombres aptos.”

DUEÑO: Ah... acércate a la luz, hombre. (*Toca a HINKEMANN.*) Bíceps correosos... el pecho... los muslos... las pantorrillas... correosas. Justo ahora estaba buscando algo así. Parecen músculos de oso. ¡Perfecto! ¡Perfectísimo! ¡Trato hecho! ¡Venga esa mano!

HINKEMANN: ¿Y qué debo hacer?

DUEÑO: ¡Ah, ya!... Cosa de niños. ¡Presta atención! El pueblo no es como un rebaño de corderos. Sólo los apóstoles creen en los Reyes Magos. No tienen ni idea del negocio. ¡¡¡El pueblo quiere ver sangre!!! ¡¡¡Sangre!!! ¡A pesar de dos mil años de moral cristiana! Mi empresa conoce el negocio. Así se reconcilian los intereses del pueblo y los privados. ¿Queda entendido? Pero si tú no tienes ni idea. (*Toma una flauta.*) ¿Qué es eso? (*Toca algunas notas con la flauta.*) ¡Alimento para viejas solteronas! ¡Chirimías

dulzonas! ¡Caldo de achicorias con sacarina! ¡Qué asco!...
¡Qué es eso? *(Toma dos baquetas y comienza a tocar un tambor mayor.)* ¿Qué es eso? *(Redoble.)* ¡Música popular!
(Redoble.) ¡Embriaguez! *(Redoble.)* ¡Éxtasis! *(Redoble.)*
¡Vida!

HINKEMANN: ¿No quiere decirme?...

DUEÑO: Entre tanto. ¡Aquí hay una jaula con ratas! ¡Acá, una con ratones! ¡Hay una pequeña fortuna allí dentro! A ver, su número: en cada presentación usted tiene que partirle el cuello con los dientes a una rata y a un ratón. Dele un par de sorbos a la sangre. ¡Haga ademanes! ¡Y salga [del escenario]! ¡La gente rabia de placer!

HINKEMANN: ¿¡Animales vivos!?... No, señor, tengo que rechazar el trabajo.

DUEÑO: ¡Tonterías! Ochenta por día, comida gratis, todo por cincuenta minutos de trabajo... ¡Sin prejuicios, hombre! Es cuestión de acostumbrarse. ¡Y a parte de las ganancias, las mujeres van a caer a sus pies! A los parásitos morales hay que echarlos por la borda. Hoy en día el honor de las señoritas se puede restituir. Para eso hay médicos especialistas.

HINKEMANN: *(Ávido.)* Ochenta marcos...

DUEÑO: ¿Entonces, le hinca el diente? ¡Ja, ja, ja!

HINKEMANN: ¡Es horrible... animales... vi... vos...!

DUEÑO: Hombre, intente conseguirse otro trabajo. ¡Ya todo está ocupado! ¡Ja, ja, ja! ¡Es esto o...!

HINKEMANN: *(Tragando saliva.)* Es... sólo... por... mi... mujer... *(Enfáticamente.)* ¡Cuando uno es amado por una persona! ¡Cuando uno es amado, uno tiene miedo de perder el poco amor que tiene! ¡Pues, la gente como nosotros no recibe mucho amor!... ¿No podría darme trabajo en algún otro lugar, señor?

DUEÑO: ¡Es esto o...!

HINKEMANN: *(Balbucea, casi sollozando.)* Oh... oh... oh... oh... ochenta marcos... oh... nosotros... nosotros... ¡el *show* debe continuar! ¡Siempre continuar! ¡Continuar!... Lo haré, señor.

DUEÑO: ¡En fin! Reyes, generales, sacerdotuchos y dueños de carpas en las ferias, esos son los únicos políticos: ¡ellos se embolsan al pueblo según sus instintos!

El escenario se oscurece.

Escena II

Una vela brilla tenuemente. En la pared trasera se ve la silueta de GROSSHAHN y la de GRETE HINKEMANN.

PAUL GROSSHAHN: ¿Me amas?

GRETE HINKEMANN: Sí, sí.

PAUL GROSSHAHN: Y Eugen cree que...

GRETE HINKEMANN: ¡Deja! ¡Deja a Eugen! ¡Lo odio, lo odio!

PAUL GROSSHAHN: Qué raras son las mujercillas... ¿Por qué no lo dejaste inmediatamente cuando regresó... cuando te enteraste?

GRETE HINKEMANN: Ay, no sé. Ya no sé... Creo que me daba pena con los demás.

PAUL GROSSHAHN: Pobre tipo, verdaderamente, cuando uno lo piensa.

GRETE HINKEMANN: No debes pensarlo. No quiero que lo hagas.

PAUL GROSSHAHN: Después de todo, Eugen es mi amigo.

GRETE HINKEMANN: ¡No lo hagas! ¡No lo hagas!

PAUL GROSSHAHN: *(Después de un momento.)* ¿Qué pasó la primera noche? ¿Lo intentó?

GRETE HINKEMANN: ¡Oh! Paul... ¡cállate ya!

PAUL GROSSHAHN: ¿Y si él estuviera sano, también vendrías a verme?...

PAUL GROSSHAHN: ¿Por qué te levantaste? ¿Qué haces?

GRETE HINKEMANN: ¡Si Dios te dejara mudo! ¡Y a mí! ¡Y a él! ¡Y a todos! ¡La palabra es una maldición!

Escena III

Se alude: una feria de atracciones. Frente a una carpa, cuyas paredes están pintadas de un color llamativo, la cual llama más la atención que el ruido. Un órgano musical.

Trombones. UNA MUJER TATUADA y HINKEMANN están en el podio, frente a la carpa.

HINKEMANN lleva puesto un unitardo¹⁸ color piel.

DUEÑO: *(Hablando chillona y entrecortadamente.)* ¡Damas y caballeros! ¡Acérquense más... caaada vez más! ¡Oigan! ¡Vean! ¡Asómbrense! Como primer acto les presentaremos a: Monachia,¹⁹ la dama tatuada, una magnífica obra de arte, por delante... tiene un cuadro de Rembrandt, uno de Rubens... ¡y en su cuerpo desnudo, por la parte trasera...

18 Un unitardo, también conocido como mameluco, es una prenda ajustada todo en uno.

19 El nombre de Monachia hace alusión a Múnich, ya que fue en esta ciudad en la que Toller tuvo experiencias que marcaron su vida, por mencionar algunas: fue ahí donde Toller se enroló en el ejército para ir a la guerra. A su regreso de la Primera Guerra Mundial decidió estudiar en la universidad de Múnich. En 1919 fue declarado traidor de la patria, así que fue enviado a la prisión de Niederschönenfeld.

tiene las modernísimas imágenes de reyes expresionistas, futuristas, dadaístas!

La dama no sólo se descubre las piernas, no sólo se descubre los brazos, no sólo se descubre la espalda, la dama se descubre todas las partes del cuerpo, todas las permitidas por la ley y por la iglesia, sólo... damas y caballeros mayores de 18 años. Como acto intermedio ustedes verán como un niño es decapitado ¡Un niño realmente vivo! ¡Algo que ustedes nunca antes han visto! Esto no se ve en África, no se ve en Asia, no se ve en Australia ¡Esto sólo y únicamente se ve en América y en Europa! Y para terminar (*Señala a HINKEMANN.*) ¡Homunkulus²⁰, el Hombre oso alemán! ¡Devora ratas y ratones vivos, frente a los ojos del respetable público! ¡El héroe alemán! ¡La cultura alemana! ¡El viril puño alemán! ¡La fuerza alemana! ¡El predilecto del elegante mundo de las damas! ¡Machaca las piedras hasta hacerlas puré! ¡Sólo con la mano atraviesa con clavos hasta el cráneo más duro! ¡Puede estrangular a treinta y dos personas con dos dedos! ¡El que se atreva a verlo deberá huir! ¡Y el que huye, debe morir por su propia mano! ¡Si quieren conocer Europa, deben conocer a Homunkulus!

20 Este término lo usó por vez primera el alquimista Paracelso en la búsqueda de la piedra filosofal, sin embargo, en su lugar creó a un ser pequeño, el cual se volvía en contra de su creador y lo abandonaba. Resulta paradójico que el homúnculo tenga, según su descripción: manos, labios y genitales grandes.

¡Con nosotros verán aun más! Ustedes verán cosas sorprendentes, con las cuales yo no puedo ni quiero levantar las finísimas y transparentes ropas interiores. Pooo... rrrr eso ¡acérquese! ¡Hoy no pagarán un marco, hoy no pagarán cincuenta centavos, hoy ustedes pagarán tan sólo treinta centavos por cabeza, ya que contamos con una gran cantidad de visitantes! ¡Sóooooooolo eeeeentreeeen! ¡Damas y caballeros! ¡El que llegue primero tendrá el mejor lugar! ¡La orquesta da el último llamado! ¡Artistas, diríjense al escenario! *(Suena una campana.)* ¡A la taquilla! ¡A la taquilla!

UNA MUCHACHA: *(Señalando a HINKEMANN.)* ¡Oye! Teresa ¡Si se pudieran tocar los músculos de sus brazos!

OTRA MUCHACHA: O el pecho...

DUEÑO: *(Que escuchó la plática.)* ¡Claro que se puede, mis damas, pero sóloooolo tocar! ¡No tocarán cartón! ¡No tocarán plástico! ¡Ustedes tocarán a Homunkulus! ¡La... encarnación de la fuerza alemana!

PAUL GROSSHAHN y GRETE HINKEMANN llegan abrazados cariñosamente. No dirigen la mirada de inmediato a la carpa. Mientras hablan, el ruido y el bullicio no se dejan de escuchar frente a la carpa. Entre la agitación se ve a las personas gesticulando.

PAUL GROSSHAHN: ¿No crees que la vida es hermosa, Grete? ¡Quisiera poder gritar de alegría! ¿Quieres subirte otra vez al carrusel,²¹ Grete? ¡Ahora puedes tenerlo todo!

GRETE HINKEMANN: Parece que estoy soñando... como en un cuento... He estado enterrada seis años bajo la pena, la preocupación y el sufrimiento. Me quedé como un ratón escondido en su agujero, que no se atreve a salir a la luz. No es que yo haya tenido grandes pretensiones en la vida, Paulito... no es eso... Uno puede ver desde casa lo que le espera en el futuro a una proletaria. Cuando a uno le va bien, uno tiene una vida llena de trabajo hasta que envejece y después depende de sus hijos. Cuando a uno le va mal llegan los problemas, la disputa, la paliza. ¿¡Pero que esto me pudiera pasar a mí...!?

PAUL GROSSHAHN: A partir de ahora empiezas otra vida.

GRETE HINKEMANN: (*Tierna.*) Tú, Paulito...

PAUL GROSSHAHN: ¿Qué pasa, Grete?

GRETE HINKEMANN: Tú...

21 Una sutil referencia al poema “Das Karussell” de Rainer Maria Rilke.

GRETE HINKEMANN besa a GROSSHAHN prolongada y efusivamente.

PAUL GROSSHAHN: (*Vanidoso.*) Cómo se ha perdido la vergüenza... frente a toda la gente... lo sabía... la vergüenza es sólo un... un término... por así decir...

Se escucha la voz del DUEÑO.

DUEÑO: Homunkulus ¡El Hombre Oso alemán!...

La voz se vuelve inaudible.

GRETE HINKEMANN: ¡Paul! ¡Paul!

PAUL GROSSHAHN: ¿Por qué gritas así, Grete?

GRETE HINKEMANN: ¡Mira hacia allá, Paul!... ¿Sabes quién es ése?

PAUL GROSSHAHN: ¿Quién?

GRETE HINKEMANN: ¿El acróbata con el unitardo?

PAUL GROSSHAHN: ¿Y yo por qué iba a conocerlo? Debe ser un actor ambulante. Uno que anda hoy por aquí, mañana por allá.

GRETE HINKEMANN: ¡Es él!

PAUL GROSSHAHN: ¿Quién?

GRETE HINKEMANN: ¡Eugen!

Se escucha la voz del DUEÑO.

DUEÑO: ¡Devora ratas y ratones vivos, frente a los ojos del respetable público! ¡El héroe alemán! ¡El viril puño alemán! ¡El Homunkulus de portentosa musculatura! ¡Atención, respetable público!

HINKEMANN se coloca en posición de luchador y mueve los músculos.

La voz del DUEÑO se vuelve inaudible.

PAUL GROSSHAHN: ¡Es una vil estafa! ¿¡Ese quiere ser un héroe alemán!? Uno sin... un eunuco... ¡ja, ja, ja, ja! Así debieron haberse visto: ¡el guerrero alemán que se quedó en su casa!, ¡los que se jactaban de la retaguardia, los gordos

bruselenses, los pseudo periodistas, los que sacaron ganancia de la guerra, los que prolongaron la guerra, los caballeros revanchistas!... ¡Oye! Tú, dueño de la carpa, ¡saca provecho con un hombre de cartón!

GRETE HINKEMANN: Cállate... cállate... ¡cómo puedes ser tan desalmado! Y yo ¡Qué clase de mujer soy! Soy peor que una infeliz puta... que vende su cuerpo, pues yo vendo a mi esposo...

PAUL GROSSHAHN: *(Sujeta fuertemente a GRETE del brazo.)* ¡No grites así! ¡Déjate de sentimentalismos!

GRETE HINKEMANN: ¿Qué no escuchaste? ¡Él come ratas y ratones vivos! ¡Pero, si el hombre no mataba ni una mosca! Atacó a mi madre porque cegó a su jilguero. No me dejó poner una ratonera en la cocina, porque esa sería una terrible tortura para los ratones... Y, ahora él come ratas y ratones vivos...

PAUL GROSSHAHN: ¡A partir de ahora ya no tienes que besarlo!

GRETE HINKEMANN: Lo voy a besar... aquí... aquí en la carpa... ¡lo voy a besar frente a todos esos ojos! ¡Cómo me porté con el hombre! ¿Qué culpa tiene él del balazo? ¡Yo tengo la culpa por haberlo dejado ir a la guerra! ¡Su madre

tiene la culpa! ¡Nuestra época tiene la culpa, esta época en la que cosas tan terribles pueden suceder!

PAUL GROSSHAHN: ¡Cállate la boca! La gente se nos queda viendo. ¡Vámonos! Puede ser que él te vea.

GRETE HINKEMANN: ¡Qué me vea! ¡Qué vea mi vergüenza! Quiero arrodillarme: Dios me ha condenado. Soy un gusano ante su mano. ¡Suéltame, quiero correr hacia él!

PAUL GROSSHAHN: *(Apretando contra sí a GRETE.)* ¿Y si te vuelve a dar asco?

GRETE HINKEMANN: *(Con humildad.)* Entonces, lo voy a amar más profundamente.

PAUL GROSSHAHN: *(Arrastra a GRETE consigo.)* ¡Tú estás enferma, mujer! ¡Ven!

Se escucha la voz del DUEÑO.

DUEÑO: ¡Pasen señores! ¡Se sorprenderán! *(EL DUEÑO entra en la carpa.)*

UNA OBRERA: *(A otra.)* Llevo estas camisas a empeñar, usted ha de creer que ya no tengo más en el ropero... pues,

incluso tengo una mascada de seda muy cara, finísima... era de mi abuela... Pero en la casa ya no hay nada de valor... Por eso tengo que empeñar esas camisas... *(Pasan por delante.)*

(Salen.)

GROSSHAHN y GRETE HINKEMANN al otro lado del escenario.

GRETE HINKEMANN: *(Aún sujeta por GROSSHAHN. Resistiéndose.)* ¡N... no!

PAUL GROSSHAHN: ¿No vienes conmigo?

GRETE HINKEMANN: ¡N... no!

PAUL GROSSHAHN: ¿Y si se da cuenta de que estás embarazada?

GRETE HINKEMANN: Él me perdonará... él es bueno...

PAUL GROSSHAHN: ¡Te va a pegar!

GRETE HINKEMANN: Entonces se cumplirá mi destino... Ahora sé para qué me creó Dios. Dios no me rechazó del todo. Dios me ha impuesto una expiación. Yo la acepto

humildemente. Quiero servir a Eugen como si fuera mi Salvador.

PAUL GROSSHAHN: Voy a ir con él... ahora...

GRETE HINKEMANN: Tenemos que ir los dos...

PAUL GROSSHAHN: Y decirle que lo engañaste...

GRETE HINKEMANN: ¿Por qué me amenazas, Paul? No voy a ir contigo. Mi vida nunca me ha pertenecido. Cuando era pequeña, siempre esperaba a que la vida comenzara, después la vi de lejos. Pero, cuando quise aferrarme a ella, pensé que tenía las manos toscas, sucias y que la vida todo el tiempo aparentaba llevar vestidos de seda... Ya no me atreví a sacar las manos del delantal ¡Cómo iba a dejar que todos vieran mis manos!

Para mi hoy es como si la vida también estuviera sucia, y no vale la pena aferrarse a ella.

PAUL GROSSHAHN: *(Ofendido en su vanidad y por ello con una irritabilidad notoria. ¡Entonces vete al diablo, vaca melindrosa! No eres la única mujer... Sólo tengo que tronar los dedos... para que [las mujeres] se acerquen como abejas sobre flores azules...*

Son empujados por la gente hacia un costado.

El DUEÑO sale de su carpa con HINKEMANN.

DUEÑO: ¡Damas y caballeros! ¡Acérquense cada vez más!
¡Caaada vez más! ¡Oigan! ¡Vean! ¡Asómbrense!

El escenario se oscurece.

Escena IV

Se alude el interior de una taberna de obreros. Una cantinera corpulenta de gestos vigorosos y amables atiende detrás de la barra. Los clientes están sentados a las mesas de madera, sobre las que no hay nada. En la barra se encuentran MAX KNATSCH, PETER IMMERGLEICH, SEBALDUS SINGEGOTT, entre otros, hay dos obreros, el PRIMER TECHADOR [usa pizarras] y el SEGUNDO TECHADOR [usa tejas]. Antes de levantarse el telón, se escucha una discusión.

PRIMER TECHADOR [usa pizarras]: ¡Y aunque hubieran miles de revoluciones! ¡Ninguna revolución puede cambiar algo! Ser decorador es mejor que ser encalador; imprimir libros es mejor que imprimir papel de colores; ser tipógrafo para periódicos es mejor que hacer estadísticas; hacer cazos de cobre es mejor que hacer ollas de peltre; ser cochero real es mejor que ser un arriero vulgar. Nosotros seguimos trabajando con pizarras y ustedes con tejas.

SEGUNDO TECHADOR [usa tejas]: ¡Maldita vanidad! ¡Ridícula! ¡Petulante! ¡Nos sentamos a la mesa con ustedes! Aunque nosotros somos viles trabajadores que usan tejas y no bien nacidos trabajadores que usan pizarras. ¡Somos techadores! ¡Con orgullo! ¡Claro que sí! ¡Trabajamos con tejas!

PRIMER TECHADOR [usa pizarras]: ¡Trabajar con pizarras es arte! ¡Trabajar con tejas es sólo para jornaleros!

SEGUNDO TECHADOR [usa tejas]: Nosotros nos partimos el lomo tanto como ustedes. En eso no hay diferencia.

PRIMER TECHADOR [usa pizarras]: ¡El rendimiento es lo importante! ¿Pues cómo era antes de la guerra? ¿Qué nuestro salario no era cinco centavos más alto que el suyo?

¿Qué eso no lo comprueba? Techador que usa tejas, quédate con los de tu calaña. Si hoy me exigieras que trabajara con tejas... ¡mi hijo menor se moriría de risa! ¡Pues nadie puede cuestionar mi honra! ¡Ni una revolución!

Ambos pagan. Al salir ambos continúan discutiendo.

SEGUNDO TECHADOR [usa tejas]: ¡Las pizarras te hacen vanidoso!

PRIMER TECHADOR [usa pizarras]: ¡Simples tejas!

SEGUNDO TECHADOR [usa tejas]: ¡El señor de las pizarras!

PRIMER TECHADOR [usa pizarras]: ¡La envidia! ¡La envidia!
¡Hazmerreír!

MAX KNATSCH: Ah, la unión del proletariado. El ilustrado proletariado. No hay ninguna diferencia entre el proletariado. ¡Maldita sea! *(Se da cuenta que HINKEMANN entra, y que se sienta en una mesa vacía.)* ¿Eugen Hinkemann? ¿Qué haces por aquí?

HINKEMANN: *(Entrecortado. Rudo.)* Tenía la garganta muy seca, con un sabor a sangre de animal... un sabor tóxico, asqueroso que me desgarraba la garganta... Tenía que

tomarme un aguardiente... ¡Válgame Dios! Ni te sorprendas porque nunca he predicado la abstinencia.

MAX KNATSCH: ¿Sorprenderme? ¡Dios me libre! ¿De qué podría asombrarme? Yo no necesito tener un sabor tóxico para venir a la taberna. Cuando veo la cocina en mi casa que es nuestro salón y nuestra sala, nuestro cuarto de lavado y que también es nuestro tendedero... cuando veo a los pobres niños... cuando pienso en mi mujer, en la mujer que regaña y regaña... entonces me doy la vuelta en la escalera y sigo mi camino de salvación... ¡a donde Enriqueta! Es cierto que... nosotros, los hombres no estamos libres de culpa. No decimos ni pío. Ni pío. En cada mitin le hablamos a personas extrañas sobre una auténtica vida nueva... pero en casa no nos sale ni una sola palabra de la boca.

Mientras KNATSCH habla, MICHEL UNBESCHWERT llega.

MICHEL UNBESCHWERT: *(Que escuchó las últimas palabras; comienza a hablar desde la puerta.)* Sí, la dicha se encuentra hoy en los palacios, en las mansiones; donde los ricos tienen veinte habitaciones y sin embargo la vivienda aún les resulta muy limitada.

Esta guerra sí que ha sacudido los cimientos. Ya cruje y rechina, ya se ven las grietas abriéndose en las paredes, ya tiemblan las rodillas de aquellos a los que su cargo de

conciencia no los deja dormir, ya se escuchan sus dientes castañeteando en la pálida cara. ¡Se hace la luz, camaradas!

SEBALDUS SINGEGOTT: Tu luz no es la luz verdadera. Tu luz es una llamarada frente a los portales del castillo celestial. Parece que crees que cada obrero es un soldado del partido. Hay muchos trabajadores que buscan sus ideales completamente en otro lugar. Eso ustedes siempre lo ignoran.

HINKEMANN: Hablas de la dicha, camarada Unbeschwert. Desde hace mucho tiempo he pensado en eso, en lo que realmente es la dicha. Y... sabes... he llegado a la conclusión de que nosotros no podemos hacerlos dichosos a todos... la verdadera dicha, quiero decir... que la dicha es algo que *(Respirando con dificultad)* uno tiene o que uno no tiene.

MICHEL UNBESCHWERT: Ideologías burguesas, camarada Hinkemann. Tus palabras me suenan verdaderamente extrañas. *(Con el énfasis de un orador de mitin.)* Del seno del desarrollo histórico de las circunstancias surgirá un nuevo orden social. Así como el Mar Báltico y el Mar del Norte devoran cada vez más y más tierra adentro, y sin que nosotros nos demos cuenta al interior del país; así nos acostumbraremos al Estado Socialista, y también sin darnos cuenta. ¡No es ninguna fantasía! ¡Está comprobado

científicamente!... Entonces las decisiones del partido serán análogas. Es bien fácil. ¿Cómo podría faltar la dicha? Dejamos de producir camisas de seda en primer lugar, porque un par de damitas flojas necesitan las camisitas de seda, y ahora producimos primero camisas de lana, baratas, para que los que no tienen camisas puedan abrigarse y vestirse. Así se producen situaciones guiadas por la razón. En tres palabras: una humanidad racional... Y una humanidad racional produce una existencia dichosa. Con ello la humanidad salta del reino de la necesidad al reino de la libertad. Eso sí que es bien fácil. (*Dirigiéndose a KNATSCH.*) Aquellos que creen que pueden dar un salto entre distintos niveles históricos, aquellos radicales y lunáticos del Este, los cuales quieren asentar la fe en el lugar de la ciencia...

MAX KNATSCH: ¡Ya les va a caer su maldición! ¡Lo sé! ¡Si tan sólo hubieran encontrado una fórmula! Sólo te hace falta la sotana para ser como los clérigos ¡Amigo mío! ¡Diríjanse a la voluntad de la gente! ¡Si las personas no son voluntades revolucionarias, las “circunstancias” no ayudan! Y si las personas tienen voluntad revolucionaria pueden comenzar una nueva vida en cualquier condición. Inmediatamente. Aun hoy. Ellos no necesitan esperar otras “circunstancias”. ¡Pero ustedes! Obedecer: sí. Responsabilidad: no. A propósito, ustedes siempre fracasaron aunque las “circunstancias” eran favorables y exigían acción.

SEBALDUS SINGEGOTT: Tu luz tampoco es la luz verdadera, Max Knatsch. He despertado, camaradas. Vi la luz brillar y peregriné hacia ella, hacia la luz celestial.

PETER IMMERGLEICH: A mí todo me da igual, siempre y cuando yo esté tranquilo... y que nadie me moleste ¡porque si no...!

MICHEL UNBESCHWERT: Tú no perteneces a ningún partido, Knatsch. Eres un anarquista... El que no pertenece a ningún partido no se siente responsable; así que contigo no vale la pena discutir. Primero infórmate acerca de un partido. Y tú, Singegott, no tienes ni idea ni consciencia de clases. Lo digo una vez más: ¡las condiciones! Todo lo demás es fácil.

HINKEMANN: *(Le contesta a UNBESCHWERT.)* Tal vez es fácil. Mucho de lo que dices es bien cierto... parece que realmente te sale del alma... aquello de las camisas de lana y de las camisas de seda... La gente no es buena cuando tiene hambre... uno debe darle primero un techo y alimento y un poco de belleza antes poder exigirle que sea buena... Tal vez soy muy torpe para comprender las cosas, para verlas con claridad, para entenderlas correctamente como tú... Tú eres funcionario del partido y comprendes más rápido... *(Entonces MICHEL UNBESCHWERT se siente agredido y hace un gesto de enojo.)* No, no es que diga algo en contra del

partido. Para el proletario, el partido significa una cosa distinta que para el burgués. Para el burgués, el partido es el partido, y nada más. Para el proletario, el partido significa mucho más... pese a todas las manchas... pese a todas las salpicaduras... Sus creencias y su religión las provee el partido... Pero dime... cuando una persona está enferma... enferma por naturaleza y por dentro, enferma incurable... o enferma por fuera, enferma incurable... ¿Acaso las “circunstancias razonables” podrían hacerlo dichoso?

MICHEL UNBESCHWERT: No te entiendo bien.

HINKEMANN: ¡Sí! Desde que me hirieron en la guerra también creo que mis pensamientos han sido algo confusos... Cada día, cuando me levanto por las mañanas me cuesta un esfuerzo enorme darle sentido, por medio de palabras y pensamientos, a todo aquello que se encuentra en mi interior, aquello que me ataca, aquello que me derrumba, me toca, me palpa... La vida es tan extraña... tantas cosas le asedian a uno, lo que uno no entiende, lo que uno no comprende, a lo que uno realmente teme... uno no le encuentra sentido... uno se pregunta, si puede asir verdaderamente la vida... y si no es, como si uno quisiera atreverse a vaciar el océano... y de no ser así, como si uno quisiera comprenderse a sí mismo ¿no es verdad?, que uno no puede hacer eso... uno sólo puede seguir viviendo, pero cuando uno mira el pasado, es como si fuera otra vida, distinta a la que uno vivió... uno se dice a sí mismo de vez en

cuando que es sólo una parte del mundo y vive, ¡ya basta!... el que quiera sacar la “verdad” de esto o su “designio”, hace lo mismo que aquél que quiere estudiar la verdad y el designio al contemplar un ciruelo en crecimiento... Hasta que me haya orientado... Por las mañanas, cuando uno se levanta, el caos está ahí, y por la noche, cuando uno se acuesta en la cama, el caos está ahí... Como si estuviera frente a la Creación... Pues... quiero explicarme más claramente... pues, desde la guerra tenemos a tantos lisiados. ¿Qué será de ellos?

MICHEL UNBESCHWERT: Ellos serán debidamente alimentados, vestidos, apoyados por la sociedad, y podrán vivir tan dichosos como las otras personas.

HINKEMANN: ¿Y, y cuando a uno le falta un brazo, por ejemplo?

MICHEL UNBESCHWERT: El lisiado recibe un brazo artificial. Y si le es posible trabajar, se le asigna un trabajo sencillo.

HINKEMANN: ¿Y si no tiene piernas?

MICHEL UNBESCHWERT: A él también le ayuda la sociedad, de manera semejante, como ayuda al que no tiene brazo.

HINKEMANN: ¿Y si está enfermo de su alma?

MICHEL UNBESCHWERT: *(Enérgico e insensible.)* Es internado en un sanatorio, pero no en un sanatorio en el que los guardias creen que tienen frente a ellos a un animal; los enfermos son tratados con amor, son tratados bien, son tratados como gente.

HINKEMANN: No me refiero a ellos, a los que están enfermos de la cabeza o del cerebro... Me refiero a aquellos que están sanos, pero que aun así están enfermos del alma.

MICHEL UNBESCHWERT: ¡Esos no existen! El que tiene un cuerpo sano, también tiene un alma sana. Eso se lo dice a uno la razón. O bien se enfermó del cerebro, y por eso tiene que estar uno en un sanatorio.

HINKEMANN: Entonces otra pregunta. Cuando a uno... que estuvo en la guerra *(Tragando saliva.)* por ejemplo... por ejemplo... le dispararon en...en el... órgano sexual... ¿Qué... qué... sucedería con él en la nueva sociedad?

PETER IMMERGLEICH suelta una risa discreta.

MICHEL UNBESCHWERT: *(Se quita el sudor de la frente con un pañuelo.)* ¡Qué preguntas tan enredosas haces! Tengo

muchísimo calor... Eso no es como para reírse, camarada Immergleich. Algo así puede suceder.

MAX KNATSCH: Uno puede llorar por algo así, pero no reír.

SEBALDUS SINGEGOTT: Para alguien así la luz celestial debería llegar por sí misma, del amor misericordioso.

MICHEL UNBESCHWERT: Sí, si yo tuviera que contestarte... si tuviera que contestarte... La ciencia materialista no conoce este problema hasta donde yo sé... ¡Oh! ¡Soy un tonto! ¡Ja, ja, ja! Adivino. La sociedad futura no conocerá ninguna guerra. ¡Eso lo dice la razón! Es tan fácil.

HINKEMANN: No es tan fácil. Cuándo la nueva sociedad se edifique tales lisiados van a poder existir en ella ¿y cómo van a ser? ¿O uno podría... perder el... el órgano sexual por causa de una máquina o en cualquier otra circunstancia? ¿Cómo va a ser feliz alguien así?

MICHEL UNBESCHWERT: Otra pregunta igual. Una maldita y complicada pregunta.

MAX KNATSCH: ¡Qué sutileza! El hombre es más feliz cuando no piensa en eso. Y nosotros, proletarios en la lucha revolucionaria, no debemos pensar en esas sutilezas. Los seres humanos, a los que les sucede algo así, son

simplemente víctimas. El proletariado tiene derecho a sus mártires.

HINKEMANN: Opino lo mismo. Pero, sí se puede platicar sobre esas preguntas. Tal pregunta es parte de la vida. Y como nosotros estamos hablando de eso, yo quiero darles la respuesta. Quiero contarles una historia... Érase una vez un hombre, un hombre como cualquier otro. No era ningún *Führer*, era uno de la masa. Un obrero. Un amigo mío. Me caía muy bien. Él se casó cuando tenía veinte años. Conoció a su esposa en la fábrica. Formaban una bonita pareja. A mí siempre me daba gusto cuando los veía. Ella, una jovencita tierna y él, un muchacho como de acero... Todavía mucho más fuerte que yo... Y lo orgulloso que estaba de su fuerza... y cuando estalló la gran “guerra de los héroes” lo llamaron a filas. Como infante. Hijos, no tenía; para eso no alcanzaba el sueldo. Cuando él aún estaba en casa, quería a su mujer, se entiende. Pero apenas fuera, en el campo, cuando pensaba en su mujer, creía verla tal y como era, tan buena... tan dulce... sentía una calidez espiritual. Cuando pensaba en ella. Todo el tiempo pensaba en ella. Poco a poco un gran deseo se apoderó de él: ¡un hijo! ¡No, dos... tres... cuatro... cinco hijos! ¡Niños! ¡Niñas! ¡Qué magnífica madre sería su mujer! Se le olvidó cómo le va en la realidad a una familia obrera cuando tiene muchos hijos. ¡Qué sabíamos de la vida, de la naturaleza, de la tierra, del bosque! Trabajábamos como esclavos toda la semana. Y los domingos íbamos a un cine bochornoso y mirábamos

imágenes falsas. Del hombre rico del castillo que sacó a una muchacha pobre de las calles sucias para casarse con ella y otras tonterías ¡Dios, qué vida llevábamos! Era una vida sustituta y ¡ésa no era vida! ¡La vida de una máquina!... Un día en la batalla recibió un disparo. Un disparo patriótico, pensó él, y se sintió muy afortunado. Pues él aún no tenía vacaciones. Cuando despertó en el hospital militar, comenzó a tocar su cuerpo, sintió un vendaje en su panza. ¡Ahh...! un disparo en la panza, pensó. Entonces escuchó una voz en la cama vecina: “Nuestro eunuco por fin ha despertado. Se asombrará cuando vea cómo lo han herido”. Se refieren a mí, pensó. ¿Por qué dicen eunuco? Se quedó recostado completamente rígido de nuevo, cerró rápido los ojos, tal y como uno cierra bien los ojos cuando quiere evitar ver algo desagradable. No durmió por la noche. A la mañana siguiente se enteró del daño. Primero vociferó, y vociferó durante varios días... como un animal al ser apuñalado. Pero de repente se dio cuenta de que su grito de dolor era un chillido agudo. Y entonces volvió a enmudecer. Él quería pensar en su esposa, pero cuando lo intentaba, cerraba los ojos otra vez y se recostaba rígidamente como si estuviera inconsciente, como lo hizo el primer día después de su operación... Quería ahorcarse, pero le faltó el coraje... Fue a casa. Pero primero se dirigió conmigo. Éramos buenos amigos. ¿Qué debía hacer mi amigo? ¿Cómo decirle a su esposa? Me sentí incómodo. Así que ahora eres un, pensé, un... Me dio lástima, pero también sentí un poco de aversión hacia él. Cuando reflexioné sobre su caso, encontré su

situación... ridícula. No tenía ningún consejo que darle. Lo observé. Observé a su esposa. Vi cómo sufrió mi amigo. ¿Pero, cómo nos vemos unos a otros? Tú estás sentado ahí y yo estoy sentado aquí. Te veo. ¿Cómo te veo? Veo un par de movimientos y escucho un par de palabras. Eso es todo... No vemos nada más los unos de los otros... no sabemos nada unos de otros... *(Estallando.)* ¡Debió haber sufrido muchísimo! ¡Debió haberse desangrado! ¡Desangrado! ¡Desangrado!... Fue un milagro que pudiera vivir... Pero un día vino a verme y al momento me di cuenta de que lucía más guapo; uno no dice eso de un hombre, que se ve más guapo, pero así era. Uno tenía la sensación de que él era otra persona completamente, alguien rico, alguien feliz. ¿Y el motivo? Su mujer no lo despreciaba, su mujer no lo odiaba, su mujer no se burlaba de él... Ella podía hacer lo que quisiera, ella era una mujer sana y él, un hombre enfermo... Pero él sabía que ella lo amaba a pesar de todo. La mujer tenía... cómo decirlo... Uno no creería que es posible... La mujer amaba...su alma.

Silencio.

PAUL GROSSHAHN entra evidentemente alcoholizado.

PAUL GROSSHAHN: ¡Buenas! ¡Qué callados están aquí!
¡Música! ¡Música!

PAUL GROSSHAHN le pone una moneda a la sinfonola. Ésta toca el violín, vocea, castaña y tamborilea una marcha militar. PAUL GROSSHAHN se ha sentado a la mesa de HINKEMANN.

PAUL GROSSHAHN: ¡Buenas, Eugen!

HINKEMANN: Buenas.

PAUL GROSSHAHN: *(Con la lengua pesada porque está bebido.)* ¿¡Qué tu Grete te dejó...!? tú... ja, ja... ¡Tú, héroe alemán!

HINKEMANN: ¿Qué quieres decir con eso?

PAUL GROSSHAHN: ¡La fuerza alemana hecha carne! ¡Ja, ja! ¡Devoras ratas y ratones vivos! ¡Ja, ja!

HINKEMANN: ¿Cómo lo sabes, Paul? Habla en voz baja... Es tan terrible lo que hago. Que no se puede decir con palabras. Es incluso más terrible que si yo mismo tuviera que partirme la vena con los dientes. Existen actos que nunca deberían permitirse. Y aun así, yo cometo uno de esos actos... ¿Cómo podría explicártelo?... ¡Grete es enfermiza! El subsidio no es suficiente. No tengo la culpa de que estemos desempleados. Pero sabes, las mujeres fácilmente agarran un odio contra el hombre cuando les hace falta lo más indispensable. No hay

necesidad de eso. Y por ello... Tú no le contarás nada a Grete, dame tu palabra, ¡dámela!

PAUL GROSSHAHN: Tienes mi palabra.

HINKEMANN: Grete es tan especial. Cuando escuche que sorbo la sangre de ratas y de ratones... no sé... sentirá repugnancia...

PAUL GROSSHAHN: *(De repente. Con franca indignación.)* Tú... es un engaño eso de que eres el hombre más fuerte, el héroe alemán. Si la policía lo descubriera.

HINKEMANN: *(Desconfiado.)* ¿Qué quieres decir con eso?

PAUL GROSSHAHN: ¿Qué quiero decir con eso? Como son las cosas. Yo también quiero decirte por qué te di mi palabra. De hecho Grete ya te vio.

HINKEMANN: *(Exaltado.)* ¿Qué dijo? ¿Lloró?... Habla... habla...

PAUL GROSSHAHN: ¿Lloró? ¿Qué demonios iba a estar llorando? ¡Se rió! Primero le dio asco... y después se rió...

HINKEMANN: (*Desconcertado.*) Primero le dio asco y después se rió... se... se rió... se... rió... ja, ja, ja... se rió...

PAUL GROSSHAHN: Qué uno no puede reírse de alguien que... que... ja, ja... que se hace pasar como el hombre más fuerte y ¡ni siquiera es un hombre! ¡No es un hombre!

HINKEMANN: (*Muy tranquilo nuevamente.*) ¿Quién... quién te lo dijo?

PAUL GROSSHAHN: ¿Quién? Grete.

HINKEMANN: ¿Cuándo?

PAUL GROSSHAHN: Frente a la carpa.

HINKEMANN: ¿Cómo llegaron a la carpa?

PAUL GROSSHAHN: ¿Crees que la joven mujer debe vivir como monja? ¿Cómo llegamos a la carpa? ¡Qué pregunta es esa! ¿No te da vergüenza?

HINKEMANN: ¿Vergüenza? ¿Avergonzarme?

PAUL GROSSHAHN: ¿Tal vez yo? ¿O Grete? ¿Quién te da el derecho de retener a tu esposa? Después de todo ése es un

motivo legal de divorcio, incluso para la iglesia católica, que normalmente no reconoce el divorcio.

HINKEMANN: (*Tranquilo.*) Ves, ya casi lo olvidaba. Primero mi patria me envió fuera y permitió que me dispararan dejándome lisiado. Y porque soy un lisiado mi esposa tiene el motivo legal para el divorcio. Había olvidado que el mundo es tan perfeccionista... Y qué quieres hacer... ¿con Grete, quiero decir?

PAUL GROSSHAHN: ¿Y a ti qué te importa?

HINKEMANN: Tienes razón. A mí que me importa. Yo soy un motivo legal de divorcio, así como me encuentro... Pero supongamos que Grete es una mujer extraña y que yo soy tu amigo. ¿Qué tienes planeado?

PAUL GROSSHAHN: (*Fijo.*) Divertirme.

HINKEMANN: Grete no es una pu... Quiero decir que... nosotros podemos superarlo, esto va a pasar... Este hombre deja libre a Grete. ¿Quieres casarte con ella?

PAUL GROSSHAHN: A ella eso no le interesa para nada. Ella también quiere divertirse solamente. Para que lo sepas. Y cuando ella ya no se divierta lo suficiente conmigo, pues la

dejo que se prostituya en las calles... y yo me doy la buena vida.

HINKEMANN: *(En silencio. Cierra el puño con evidente ira.)* ¡Tú!... ¡Tú, eres un sinvergüenza!

PAUL GROSSHAHN: Así que... así que... soy un sinvergüenza... En serio crees ¡que dejaría a Grete trabajar en las calles! ¡Y dices ser mi amigo!

MAX KNATSCH: ¿Pero qué les pasa? ¿Por qué están peleando en la taberna? ¡Vayan a sus casas a pelear con sus mujeres!

PAUL GROSSHAHN: No estamos peleando, nada más nos reímos.

MAX KNATSCH: Entonces ya quisiera oírlos cuando sí están peleando.

PAUL GROSSHAHN: Bueno, estábamos en la feria y vimos...

HINKEMANN: *(Agarra a GROSSHAHN por el brazo.)* Paul... ¡calla! No por mí, sino por Grete.

PAUL GROSSHAHN: ... y ahí vimos al hombre más fuerte del mundo. ¡Un disque oso! Que devoraba ratas y ratones vivos...

MAX KNATSCH: ¡Sólo los europeos se divierten con algo así!

PAUL GROSSHAHN: Y cuando vi bien al tipo, que lo reconozco y que suelto una gran carcajada: el hombre más fuerte del mundo era un conocido mío, al que... *(Con un ademán para provocar.)* ¡Zas!, ¡zas!, los dos... Ese ya ni era un hombre, ¡era un eunuco!

Todos, incluso SEBALDUS SINGEGOTT, al igual que MICHEL UNBESCHWERT estallan en carcajadas. La risa hace que HINKEMANN abra aun más sus ojos lastimeros.

PAUL GROSSHAHN: *(Por sobre la risa de los demás, gritando.)* Ése era...

En ese instante HINKEMANN se levanta de su silla y permanece al centro de un haz luminoso.

HINKEMANN: *(Al principio habla torpemente y a pesar de la emoción busca las palabras adecuadas; e impetuosamente termina con gran sencillez.)* ¡Ése hombre era Eugen Hinkemann! ¡Ahora sí, ríanse! ¡Ríanse todos,

ríanse! ¡Como se rió la mujer! ¡Anden, sigan riéndose!
¡Nunca antes se había visto un espectáculo como éste!
¡Aquí, aquí está un eunuco de carne y hueso! ¿Quieren oírme
cantar? (*Cantando con falsete.*) “Pues por qué llorar cuando
uno se separa del otro...”²² ¿Qué no canto tan bien como un
jilguero ciego?... ¡Necios! ¿Qué saben ustedes del
sufrimiento de una pobre criatura?

¡Primero tienen que cambiar antes de construir una nueva
sociedad! ¡Luchan contra la burguesía y están llenos de su
presunción, de vanidad, de la indolencia de sus corazones!
¡Uno odia al otro, porque aquél pertenece a otro partido,
porque confía en otro programa! Ninguno confía en el otro.
Ninguno confía en sí mismo. No hay actos que no terminen
en pelea o en traición.

Ustedes y sus palabras, palabras bonitas, palabras
sagradas, sobre la felicidad eterna.

¡Las palabras son para los hombres s a n o s! Ustedes no
ven sus límites... hay personas a las que no se les puede
brindar un Estado ni una sociedad ni una familia o una
sociedad que los haga felices. Ahí donde terminan sus
remedios, justo ahí comienzan nuestras penas.

22 Es un fragmento de una canción titulada: *die Scheidungsreise*, la cual
fue escrita por Arthur Rebner y musicalizada por Hugo Hirsch en 1920.

Ahí de pie el hombre solo
Ahí se abre un abismo llamado: sin consuelo
Ahí se aboveda un cielo llamado: sin felicidad
Ahí crece un bosque llamado: sarcasmo y burla
Ahí se rompe un océano llamado: ridiculez
Ahí ahogan las tinieblas llamadas:
sin amor ¿Y quién ayuda ahí?

Algunos segundos de silencio. HINKEMANN se tambalea hacia fuera de la puerta.

MAX KNATSCH: ¿A dónde vas?

HINKEMANN: *(Como si una premonición hiciera que su voz se distorsione.)* ¡La mujer se rió!

La siguiente escena transcurre rápidamente. El escenario a media luz. Los personajes se reconocen únicamente por su contorno.

MICHEL UNBESCHWERT: *(Se precipita hacia afuera.)*
¡Hinkemann! ¡Hinkemann!... ¡Ya se fue!... Si lo hubiéramos sospechado... ¡Este mundo desalmado en que vivimos es el culpable!

SEBALDUS SINGEGOTT: *(Extasiado.)* ¡He apagado la luz celestial! ¡Me he burlado de un hombre que está en la cruz!

PAUL GROSSHAHN: (*Sollozando.*) Alguien debe ayudarlo...

PETER IMMERGLEICH: Para que lo sepas, Grosshahn...
¡Eres un canalla!...

MAX KNATSCH: (*Se levanta con un arranque violento.*) ¡Todo es fácil! ¡Nada es sencillo!... ¡La cuenta, señora Enriqueta!

CAE EL TELÓN

TERCER ACTO

Escena I

Se alude un barrio marginado. Al crepúsculo. Al levantarse el telón, en primer plano, se ve a HINKEMANN apoyado en un farol. Un NIÑO se acerca a HINKEMANN.

NIÑO: Mi hermana de trece años.

HINKEMANN: *(Como ausente.)* Eso pasa.

NIÑO: Mi hermana bonita, hermana de apenas trece años.

HINKEMANN: *(Mecánicamente.)* ¿Tienes hambre?

NIÑO: Mi hermana tiene un cuarto extra. Hermana de apenas trece años.

HINKEMANN le compra unos panecillos a una vendedora. Se los da al niño.

HINKEMANN: Tu hermana apenas tiene trece años... ¿Y tú, cuántos años tienes?

NIÑO: Tengo siete años... *(Comienza a comerse los panecillos.)* ¡Ah, sí! muchas gracias... Pero no tiene ningún sentido platicar con usted... ¡Ahh!, usted es muy tonto... usted no me entiende para nada... *EL NIÑO sale corriendo. Los faroles se iluminan. Hay transito en la calle. EL DUEÑO llega ligeramente alcoholizado. Lleva puesto frac y sombrero de copa.*

DUEÑO: ¿Qué hay? Me parece que ése es... claro, ése es Hinkemann. ¡Hola Hinkemann! No se quede parado en un lugar público. Un hombre tan espectacular como usted no puede profanarse. Un hombre como usted no debe ser admirado sin pagar una entrada. ¡Usted es todo un espectáculo! ¡Con su número Europa será conquistada! ¡Con su número América será descubierta por segunda ocasión!... ¿Qué mira tan boquiabierto? Se queda ahí parado como un fantasma.

HINKEMANN: Señor director... ¡Los asesinatos están en el mundo otra vez! Señor director, ¡Mire a su alrededor! ¡Mire a su alrededor! Recuperé la vista, señor director. Me operaron las cataratas ¡La luz es enceguecedora! ¡Qué se haga de noche! ¡De noche! ¡De noche!

DUEÑO: Hombre, ¿viene de la taberna? ¡El aguardiente ya hace efecto! ¡Hinkemann, presta atención! Como hombre experimentado te doy un consejo: mejor una botella de vino que cinco litros de aguardiente. Una taberna que sirve vino del más corriente es un muy buen negocio para los dueños, pero saca lo peor de los clientes.

HINKEMANN: Al contrario, señor director, la visita a la taberna valió la pena. Me operaron las cataratas. Recuperé la vista. ¡Veo hasta el fondo! ¡Hasta el mismísimo fondo! ¡Veo a la humanidad! ¡Veo al tiempo! Señor director ¡la guerra regresó! ¡La humanidad se mata a carcajadas!

¡La humanidad se mata a carcajadas!

DUEÑO: Pues si ya recuperó la vista. Entonces también debería ver que la humanidad ya no piensa en la guerra. Hoy en día usted no ganará ni diez centavos presentando un espectáculo sobre las atrocidades de la guerra. ¡Se acabó! ¡Ahora triunfa la cultura en Europa! ¡De ahí se gana el cien por ciento! ¡Todo se mueve otra vez! ¡Todo baila, lanza gritos

de alegría y da palmadas en los muslos! Sólo abra los ojos. Lo que cuenta es esforzarse. ¡Rendimiento! ¡Esa es la clave de nuestro tiempo! ¡Sin importar en qué! ¡Campeón de box! ¡Líder popular! ¡Especulador! ¡Director del banco de apuestas! ¡Atleta! ¡General! ¡Bailarín de danza del vientre! ¡Ministro! ¡Agitador revanchista! ¡Fabricante de champaña! ¡Profeta! ¡Tenor maestro! ¡Jefe tribal!²³ ¡Devorador de judíos! ¡El negocio prospera! ¡Uno debe aprovechar las oportunidades! ¡Aún con actos infames se puede sanar! Uno recibe de a gratis la cantidad necesaria del principio ético. ¡Ja, ja! Una vez en Hamburgo me acosté con una negra... ¡Mmm, la raza!, ¿no le digo?... Bueno, mañana otra vez puntual.

HINKEMANN: Señor director ¡se acabó!

DUEÑO: ¡Ahora hace chistes! ¡Exquisitos! ¡Ahora que hace tan bien su número! Ya hasta tiene música de fondo.²⁴ (*Cantando*). “Fielmente conducidos...” ¡Zas! ¡La primera mordida!... (*Cantando*.) “¡Sigán su camino!...” ¡Señores, aquí se chupa sangre!...

23 La expresión en alemán es: *Völkischen Wotanidenhäupling!*, la cual se trata de una referencia a la obra *der entfesselte Wotan* que Toller escribió en 1923.

24 En este parlamento las frases entrecomilladas pertenecen a la primera estrofa de la Lohengrin. Véase nota 14.

(Cantando.) “Donde la bendición del amor los protege...”
¿Quién quiere otra vez, a quién le gustaría [que chupe sangre] otra vez?... ¡Homunkulus, ya se te pasó la resaca!

HINKEMANN: No lo tome a mal, señor director... Ya no podré ir... aunque ya me dio un anticipo, señor director. Hay que quedar a mano... Nadie puede decir que estafé a alguien. Todo debe estar en orden.

DUEÑO: ¿Qué? ¿Su disparate va en serio? No amiguito, la diversión es diversión y la seriedad sigue siendo seriedad. ¿Quién es el que firmó un contrato por toda la temporada? ¿Usted o yo? *(Brutalmente.)* Hombre, lo obligaré a ir al trabajo por la fuerza con ayuda de la policía. Hombre, el contrato: es el fundamento de la sociedad burguesa. Hombre, usted atenta contra los bienes sagrados de la nación. Hombre, el poder del Estado me respalda. ¡No le va a resultar, hombre! O usted llega mañana al trabajo puntual o la policía lo va a traer a empujones. *(Cambia la voz.)* No se haga el difícil, Hinkemann, lo digo de buena fe. Quiero protegerlo de ir la cárcel.

HINKEMANN: Lo ve señor director, usted habla de la cárcel. Las ratas y los ratones a los que tuve que morderles el pescuezo se encuentran encarcelados, aun antes de ser llevados al cadalso. Algunas personas son libres, sin embargo, es como si estuvieran encarceladas y no han hecho

nada... así como los animales en la jaula. Es una ventana²⁵ enrejada que no deja pasar la luz. Son muros entre los que la vida muere. Son cadenas que se hunden en la carne. No puede espantarme, señor director. Y además, señor director... *(Grita lleno de odio.)* ¡Usted... usted es el mismísimo Diablo! ¡El mismísimo Diablo! ¡Usted alimenta a la gente con sangre! ¡Usted le quita la vergüenza a la gente! Yo... yo... oh, yo... pero vendrán otros ¡¡A los que usted, usted!!... ¿Acaso sabe que hay una mujer que se rió de Homunkulus? Y esa mujer es mi esposa. *(Obstinado.)* La mujer se rió tanto como pudo. Ahora estará llorando esa mujer. Pero... hay cera en mis orejas, cera... producida por carcajadas y burlas.

DUEÑO: *(Atónito.)* ¡Míralo así! Cómo anda vagando largo rato, hace como si no pudiera decir ni tres sílabas y ahora comienza con difamaciones... ¿Qué hago? ¿Qué soy? Soy de provecho para el Estado como cualquier otro hombre de negocios... *(Jovial.)* No se le puede tomar en serio, Hinkemann. Ya está borracho, Hinkemann. Mañana hablamos. ¡Hay que ponerse las pilas! O un carro lo atropella. ¡Hombre con su talento!... ¡Hasta mañana, usted es la atracción principal de la temporada! ¡Hasta mañana! *(El DUEÑO se marcha.)*

25 Ésta es una imagen que aparece en el libro de las golondrinas.

HINKEMANN: *(Solo.)* Mañana... cómo lo dice... mañana. Como si forzosamente hubiera un mañana. ¡Oh, veo! ¡Veo! ¡Oh! ¡La luz! Oh, mis ojos... mis ojos...

HINKEMANN se desploma. Lo siguiente debe ocurrir como si fuera una pesadilla de HINKEMANN. Salen figuras que parecen atormentarlo y al ser absorbidas por la oscuridad se alejan de él.

De todas partes llegan inválidos de guerra, algunos están mancos, otros cojos y se acercan en círculos concéntricos. Algunos inválidos llevan organillos. Despreocupados comienzan a cantar la siguiente canción militar:

De repente se detienen los inválidos.

Ininterrumpidamente grita uno después del otro:

“¡MI TERRITORIO!”

Ninguno cambia de dirección.

Gritan juntos: “¡MI TERRITORIO!”

Un momento de tranquilidad.

Como ninguno cede su lugar,

todos se mueven otra vez

como si siguieran una orden.

Se ponen en marcha mientras cantan y tocan,

y chocan unos contra otros.

Como si, entusiasmados por la revolución,

quisieran atacar una barricada de la reacción,

*continúan cantando
y frenéticamente tocan el organillo:*

¡ABAJO LOS PERROS!
ABAJO LOS PERROS!
¡ABAJO LOS PERROS DE LA REACCIÓN!”²⁶

Los organillos chocan estrepitosamente unos contra otros. Por el impacto rebotan al chocar y vuelven a marchar chocando unos contra otros. Algunos policías llegan corriendo. Se escucha su llamado:

“¡CALMA Y ORDEN!”
“¡AQUÍ ESTÁ LA AUTORIDAD DEL ESTADO!”
“¡VETERANOS!”²⁷

Repentinamente hay silencio, como si un sonido bien conocido clamara silencio y penetrara en los oídos de los inválidos. Dan media vuelta. Marchan con porte rígido en

26 Son dos versos tomados de la tercera estrofa de la *Hacker-Lied* o *Canción de Haker*, sin embargo, Toller hizo un giro gramatical, ya que la preposición *mit* requiere obligatoriamente que el artículo se decline en dativo y Toller lo declinó en acusativo: “*Nieder mit die Hunde/Nieder mit die Hunde,/Nieder mit die Hunde von der Reaktion.*” Los dos versos de la *Hacker-Lied*: “*nieder mit den Hunden/von der Reaktion.*”

27 Se trata del título de un poema de Kurt Tucholsky. La relación entre Toller y Tucholsky era buena y mantenían contacto por medio de cartas mientras Toller se encontraba en la cárcel.

distintas direcciones, pero siempre dentro del mismo radio. Continúan con su canto marcial y con su música:

“QUEREMOS DERROTAR
VICTORIOSAMENTE A FRANCIA...”²⁸

[Salen.]

PRIMER VENDEDOR DE PERIÓDICOS: ¡¡Extra!! ¡¡Extra!! ¡La gran sensación! ¡Se inaugura el bar “Victoria”! ¡Bailes nudistas! ¡Banda de jazz! ¡Champaña francesa! ¡*Barman* americano!

SEGUNDO VENDEDOR DE PERIÓDICOS: ¡Edición vespertina del “Aviso General”! ¡La última sensación! ¡El pogromo judío en Galicia! ¡Quema de la sinagoga! ¡Miles de personas quemadas vivas!

UNA VOZ: ¡Bravo! ¡Qué se vayan los judíos a Galicia!

TERCER VENDEDOR DE PERIÓDICOS: ¡Tria Trei! ¡La actriz más hermosa del continente! Tria Trei interpreta el papel principal en el drama policiaco: “¡La mujer que mató a

²⁸ Este fragmento corresponde a la canción militar *Musketier’ sein’s lust’ge Brüder*. Unos niños que venden periódico atraviesan corriendo el escenario, *[dicen sus parlamentos y salen.]*

cuarenta hombres por placer!” ¡Sensacional! ¡Brutal!
¡Estremecedor!

CUARTO VENDEDOR DE PERIÓDICOS: ¡Peste en Finlandia!
¡Madres ahogan a sus hijos! ¡Reportaje amarillista! ¡El
proletariado se rebela! ¡Nuestro régimen envió ayuda para
mantener la calma y el orden! ¡Cien tanques van camino a
Finlandia!

QUINTO VENDEDOR DE PERIÓDICOS: ¡Nuevo espíritu en
Alemania! ¡El nuevo despertar del sentimiento moral!
¡Nuestro tiempo bajo la señal de la Cruz! ¡Representación
del drama conmovedor de “La pasión de nuestro señor
Jesús”! ¡Con la famosa Glin Glanda en el papel principal del
Salvador! ¡La película costó doscientos millones de marcos!
¡Como intermedio, la pelea de box entre Carpentier y
Dempsey!

SEXTO VENDEDOR DE PERIÓDICOS: ¡El gran
descubrimiento del siglo veinte! ¡Gas, Levizit! ¡La maravilla
de la tecnología! ¡Increíble gas venenoso! ¡Hace que los
aviones de combate se replieguen, es capaz de desaparecer
a una gran ciudad de la faz de la tierra con todo y gente y
animales! ¡El inventor es nombrado miembro de honor por
las academias de todos los países! ¡Ennoblecido por el Papa!

SÉPTIMO VENDEDOR DE PERIÓDICOS: ¡El dólar a la baja!
¡El dólar a la baja! ¡El índice de natalidad aumenta! ¡Últimos
cálculos de administración del estado! ¡Gran júbilo entre los
demógrafos!

OCTAVO VENDEDOR DE PERIÓDICOS: ¡Lotería para el
pobre pueblo! ¡Dividendos de cien por ciento! ¡Solución a las
cuestiones sociales! ¡Solución a las cuestiones sociales!

Dos ancianos judío–polacos caminan en el escenario.

PRIMER JUDÍO: ¿Qué puedo decirle? Nos han golpeado;
nos han sacado de nuestras camas en la negra noche; han
tomado a nuestras esposas e hijas... Dios nos ha castigado
con sufrimientos.

SEGUNDO JUDÍO: ¿Qué son los sufrimientos? ¡Nosotros
somos el pueblo elegido! ¡Somos más que un pueblo
elegido! ¡Somos El elegido! ¡El elegido para sufrir! ¡Qué
gracia la que Dios nos dio!

[Salen.]

Pasa por delante [una PROSTITUTA y su PADROTE.]

PROSTITUTA: Era tan agradable, tan ingenuo... me quedé con él toda la noche... me conformé con los pocos marcos que me dio...

PADROTE: Sí, yo te voy a partir toda la..., si la próxima vez te vuelves a quedar como hija del pastor... por amor...

PROSTITUTA: Pero, si estoy bien enferma...

[Salen]

*[LA VIEJA VENDEDORA DE PANECILLOS y UN CLIENTE]
pasan por delante.*

VENDEDORA DE PANECILLOS: No calumnie al nuevo Mesías, respetable señor, no lo calumnie. Él nos devuelve la esperanza a nosotras, las ancianas. Ya despunta la aurora. El reino prometido del sionismo está cerca.

CLIENTE: Y les quita hasta sus últimos ahorritos.

VENDEDORA DE PANECILLOS: Qué más da, respetable señor, qué importancia tienen estos papeles sin valor. ¿Es posible que una vieja piltrafa como yo se sienta peor? A mi no me espantan las penurias de este mundo, ya sufrí

muchas. ¡Oh!, mi alma está sedienta de redención y sé que el reino del sionismo se acerca...

[Salen.]

Un comerciante se acerca a un hombre que lleva camisa de vestir y monóculo.

COMERCIANTE: El más novedoso remedio contra la impotencia sexual “El hombre es bueno”.²⁹

EL HOMBRE DEL MONÓCULO: Ah... yo uso “La unión”.

COMERCIANTE: Ya no se fabrica. Se ha considerado poco rentable. Es como canela sin proteínas. “La unión” es hoy en día una marca registrada para lustrar botas.

[Salen.]

Se escuchan gritos y voces.

GRITOS: ¡Aquí hay un hombre tirado! ¡Se convulsiona!
¡Policía!

²⁹ Hace referencia a una compilación de novelas escritas por Leonhard Frank en 1919, la cual lleva por título *Der Mensch ist gut*.

VOCES: ¡Es Homunkulus, el de la feria de atracciones! ¡Eso es lo que causa tanta sangre de ratas! ¡No es de sorprenderse!

UN POLICÍA: (*Con una macana*) Ha de ser un animal espartaquista³⁰... de un lugar remoto... ah... es un proceso breve... Hay que ponerle al canalla un revolver en la mano... ¡Debió dispararse o le dieron un golpe con la culata! Pero antes lo obligan a cantar: “Alemania, Alemania por encima de todo”³¹... Ja, ja, ja... La chusma debe aprender a obedecer otra vez... y si no un botazo en la nuca...

UN SOLDADO: (*Con un lanzallamas*) Los *Freikorps* nunca tomaban prisioneros. Al próximo campo, es una orden... denle un pisotón para que brinque... o un golpe en la cabezota... Después se diría que fue un intento de fuga...

30 Los espartaquistas formaban parte de la Liga espartaquista, la cual surgió en Alemania a finales de la Primera Guerra Mundial, sus principios eran marxistas y comunistas.

31 Pertenece a la primera estrofa de la “*Deutschlandlied*” o también conocida como “*Lied der Deutschen*”, escrita por August Heinrich Hoffmann von Fallersleben en 1841. Sin embargo, en 1922 el presidente del Partido Socialdemócrata de Alemania Friedrich Ebert la declaró Himno Nacional. En la Segunda Guerra Mundial sólo se acostumbraba cantar esta primer estrofa: “*Deutschland, Deutschland über alles,/ Über alles in der Welt.*”

*Hay prostitutas corriendo en todas direcciones.*³²

LA PRIMERA PROSTITUTA: Homunkulus puede dormirse conmigo. Llévenlo a mi casa. Yo le voy a dar vino y ahí se puede recuperar.

LA SEGUNDA PROSTITUTA: No... ¡Llévenlo a mi casa!

LA TERCERA PROSTITUTA: ¡A la mía! ¡A la mía!

LA CUARTA PROSTITUTA: ¡Tú vieja puta! ¡Al último a tu casa! ¡Tú ni tienes carnet! ¡Quítate, que tú alucinas!

LA TERCERA PROSTITUTA Y LA CUARTA comienzan a pegarse. En una calle cercana resuena música militar. Primero se escuchan tambores y silbatos. Después música de viento con bombos. Es “La marcha de presentación”. Se escuchan gritos.

GRITOS: ¡Soldados! ¡Soldados! ¡Hurra! ¡Hurra!

Todos abandonan enseguida a HINKEMANN y se van corriendo. La calle queda completamente vacía. La luz de los

32 Este apartado posee semejanza con el primer acto de *La flauta mágica* de Mozart; sin embargo, en *Hinkemann* podría tratarse de una parodia.

mismos faroles se hace más pequeña y oscura porque pasaron los soldados. La música de los militares se extingue a lo lejos.

HINKEMANN se levanta.

HINKEMANN: Y en lo alto, el cielo eterno... Y en lo alto las eternas estrellas...

El escenario se oscurece.

ESCENA II

Se sugiere: en el departamento de HINKEMANN. MAX KNATSCH lo espera sentado a la mesa. HINKEMANN entra, trae en la mano un objeto envuelto. Sus ojos tienen un brillo febril, sus gestos son nerviosos a diferencia de antes.

MAX KNATSCH: Te estaba esperando, Hinkemann... Quería decirte las razones, por las que...

HINKEMANN: No es necesario, señor vecino. Las razones no cambian nada. Aquí lo que cuenta es el sentimiento... ¿Sabes qué traigo aquí, en la mano?

MAX KNATSCH: Y yo cómo voy a saber...

HINKEMANN: ¡La razón! No, las razones. ¡La razón! Pasé frente a un escaparate, y cuando le echo un vistazo, no sé si reír o llorar. Cierro mis ojos porque pienso que tal vez estoy soñando; cuando los vuelvo a abrir, esa cosa aún está en el escaparate. Entro en la tienda y pregunto qué hace eso ahí. Es un Príapo,³³ dice el vendedor. Y como no entiendo, el vendedor me dice que los antiguos griegos y romanos lo adoraban como dios. ¿Probablemente sólo las mujeres? pregunto. No, contesta el hombre: mujeres y hombres. ¿Está a la venta? Sí. ¿En pagos? Usted no conoce los negocios a pagos ¿o sí? Me disculpa, pero como obrero uno está muy acostumbrado [a comprar en pagos]. Así que dejé mi reloj y compré el dios.

33 Consúltese el *Diccionario de la Biblia*, p. 1567, se trata de un dios griego de la vegetación, particularmente de los jardines, cuyo culto [se introdujo] durante la época alejandrina, era representado bajo la forma de falo.

HINKEMANN saca un pequeño *Príapo* de bronce de la envoltura de papel. Lo coloca sobre la estufa. Enciende una vela y se la acerca.

MAX KNATSCH: (*Habla bondadosamente.*) ¿No estás bien, *Hinkemann*...? Te ves... enfermo...

HINKEMANN: Estoy bien.

MAX KNATSCH: Sabes... lo digo en serio... me quedo contigo hasta que llegue tu esposa.

HINKEMANN: Uno aplasta... al que se deje.³⁴

MAX KNATSCH: ¿Qué quieres decir?

HINKEMANN: ¡Espera! ¿Has visto alguna vez a los hombres por la calle?

MAX KNATSCH: ¿Qué preguntas tan raras haces?

34 La frase aparece en *Hinkemann. Eine Tragödie*, p. 60 como: “*Wenn zwei übers Kreuz... stirnt ein Jud.*” Sin embargo, ésta fue retomada de *Woyzeck* de G. Büchner: “*Noch über’s Kreuz pissen, damit ein Jud stirbt.*” Véase Georg Büchner und die Moderne Bd. 3, p.313.

HINKEMANN: Uno siempre va por las calles como un ciego. Y de repente uno ve. Knatsch, es horrible, lo que se ve. Uno ve el alma. Y ¿sabes cómo se ve el alma? Pues eso no tiene vida. El alma es [en primer lugar] un gordo; en segundo lugar: una máquina; en tercer lugar: un padrote; en cuarto lugar: un casco militar de acero; en quinto lugar: una macana... ¿Alguna vez has dejado ciego a un jilguero? (*Sin esperar la respuesta de KNATSCH.*) Los pecados de las madres se vengan hasta la cuarta generación ¿verdad?... Buenas noches, Knatsch. No lo tome a mal... Ya sé, ya sé... la razón... o las razones...

MAX KNATSCH: Tal vez sería mejor que me quedara.

HINKEMANN: No, tú vete... vete... ya viene Grete... Lo que pasó en la taberna, fue sólo por el aguardiente...

MAX KNATSCH: Entonces... buenas noches, Eugen.

HINKEMANN: Buenas noches, Max... Otra pregunta. ¿Cuánto tiempo llevas casado?

MAX KNATSCH: Veintitrés años.

HINKEMANN: ¿Alguna vez quisiste divorciarte?

MAX KNATSCH: Claro que lo pensé, pero uno se ha acostumbrado al otro. Los niños son el pegamento.

HINKEMANN: Los niños son el pegamento... El divorcio es: dejar de dormir y de comer juntos ¿Verdad?

MAX KNATSCH: Eso se dice.

HINKEMANN: ¿Y, tu esposa es devota?

MAX KNATSCH: No se pierde ni una misa... ¿Qué se le va ha hacer? Está bien, que vaya a la iglesia, si se divierte... *(En la puerta.)* Buenas noches, Eugen.

MAX KNATSCH se va. HINKEMANN queda solo.

HINKEMANN: No hay ningún dios más que tú. Cómo se engañan a sí mismos y cómo se comportan y creen que adoran al crucificado. ¡Te rezan a ti! ¡Cada Ave María es consagrada a ti, cada Padre Nuestro es un rosario que envuelve tu desnudez, cada procesión es un baile en tu honor! Tú no portas una mascara, tú no te cubres con palabras hipócritas, tú eres el Alfa y el Omega, el Principio y el Fin, tú eres la Verdad, tú eres el Dios de los pueblos... Tú expulsaste a tu siervo, mi Dios, pero tu sirviente te erigió un altar... ¡Ja!, creo que ¡Se ríe! ¡Ríete! ¡Síguete riendo! Se

rieron de mí y sin motivo. ¡Anda, ríete...! ¡Tienes derecho a reírte!

Se escucha un ruido en las escaleras.

HINKEMANN: Ahí viene Grete... Anochece y mis ojos comienzan a enceguecer...

Entra LA VIEJA SEÑORA HINKEMANN.

LA SEÑORA HINKEMANN: Buenas noches.

HINKEMANN: Eres tú... Buenas noches, madre. ¿Qué te trae por acá tan tarde? ¿Desde cuándo andas en la calle por la noche? ¿Te atrae la cálida noche de verano?... Las golondrinas hoy volaban al ras del suelo. Va a llover.

LA ANCIANA HINKEMANN: Él regresó.

HINKEMANN: ¿Quién?

LA SEÑORA HINKEMANN: El padre.

HINKEMANN: ¿Cuál padre?

LA SEÑORA HINKEMANN: Tu padre.

HINKEMANN: Madre ¿Qué estás diciendo? Mi padre murió cuando yo tenía medio año. ¡Cuántas veces me lo platicaste!

LA SEÑORA HINKEMANN: Te mentí. Es cierto que murió. Para mí estaba muerto. Tú tenías medio año. Yo aún te amamantaba con este pecho que ahora está marchito y arrugado. Entonces una noche tu padre llegó a la casa. Borracho. Con una mujer del brazo. Una que había recogido de la calle. “Mujer”, me gritó, “vete hoy con tus padres y duérmete allá: necesito sangre joven en la cama. Me muero de frío contigo desde que pariste a ese chiquillo...”. Lo miré fijamente. Y de repente... mi esposo ya no estaba frente a mí, allí estaba un animal, un animal extraño que quería lastimarme y quería quitarme a mi niño. Tomé un cuchillo de la mesa y lo amenacé con él... y se rió de mí, tomó a su hembra y se fue. Él no regresó esa noche. Tampoco regresó la noche siguiente. Él me abandonó como si nunca me hubiera conocido. Me fui a la calle... a ganarme el pan para ti. Yo no era fea en mi juventud. Y hoy...

HINKEMANN: ¿Hoy?

LA SEÑORA HINKEMANN: Regresó. Andrajoso, exhausto, con harapos sobre el cuerpo piojoso. Llegó regordete, enfermo y tembloroso, llegó a tientas a mi cuarto. Inmediatamente reconocí sus pasos cuando subía las escaleras. Qué quieres de mí después de veintinueve años,

le pregunté. “¿No me vas a pegar?” Balbuceó como un maldito loco. Y entonces: “Regresé para morir a tu lado.”

HINKEMANN: ¿Y qué le contestaste, madre?

LA SEÑORA HINKEMANN: Que se desvistiera y se acostara en la cama. Le dije que encontraría ropa limpia en la cómoda, agua caliente en la estufa y jabón en el cajón.

HINKEMANN: ¿Entonces lo perdonaste, madre?

LA SEÑORA HINKEMANN: *(con dureza.)* No, y no lo voy a perdonar. Quiero cuidarlo hasta su fin. Es mi deber como ser humano. Entonces, cuando muera quiero cerrarle los ojos, ningún desconocido lo hará en mi lugar... Pero cuando lo lleven al cementerio en la carroza fúnebre, entonces voy a cubrir las ventanas y a cerrar las puertas, y no voy a ir detrás de su ataúd. *(Triunfante.)* ¡Gente extraña va a enterrarlo! ¡Esa va a ser mi venganza por lo que me hizo!

HINKEMANN: *(Después de una pausa.)* ¿Qué fue lo más amargo, madre? ¿Fue que se bebió la quincena, mientras tú padecías hambre?

LA SEÑORA HINKEMANN: No.

HINKEMANN: ¿Fue que recogió a una prostituta?

LA SEÑORA HINKEMANN: No.

HINKEMANN: ¿Fue que quería acostarse con ella en tu cama?

LA SEÑORA HINKEMANN: No.

HINKEMANN: ¿Entonces lo más amargo fue que se rió, cuando tu alma se defendía con gran dolor?

LA SEÑORA HINKEMANN: Eso fue, Eugen.

HINKEMANN: Haces bien, madre. No quiero verlo y como tú, yo tampoco voy a ir detrás de su carroza fúnebre.

Silencio.

LA SEÑORA HINKEMANN: Eugen... necesito un traje para tu padre.

HINKEMANN: Ten, toma mi traje de los domingos, madre.

HINKEMANN saca un traje del closet. Se lo da a LA VIEJA SEÑORA HINKEMANN.

LA SEÑORA HINKEMANN: Sí le va a quedar... Sabes, tu padre siempre fue muy especial con sus trajes... ¿Está Grete en casa?

HINKEMANN: Está por llegar, madre... Madre, tú cargas tu pena y yo la mía. Tú puedes hablar de ella... pero yo, yo no puedo ni mencionarla. Tengo miedo de que se rían de mí.

LA SEÑORA HINKEMANN: Cada quien tiene que cargar su pena. Nada va a ser gratis. La vida es más fuerte que nosotros, Eugen. Ya tengo que irme a casa. Tu padre debe tener hambre. Buenas noches.

HINKEMANN: Igualmente, madre, buenas noches.

LA VIEJA SEÑORA HINKEMANN sale.

HINKEMANN: Lo más amargo fue que se rió de ella, cuando su alma se retorció herida de dolor. ¿Escuchaste eso, tú, gran Dios? ¿Estás contento? Dos personas se sacrificaron por ti... Mi padre fue para ti el caballero de la puta que se llevó, la mujer fue un chivo expiatorio. ¿Quieres que bailemos alegremente? ¡Tú mandas! ¡Puedo hacer lo que quieras! Beber sangre de ratas por veinte centavos la entrada; bailar por la vida de dos personas. ¡Ja, ja, ja!

Frente al Priapo HINKEMANN comienza a balancear sus brazos, primero lento, después con un ritmo de baile iracundo, mientras brinca apoyándose en una y otra pierna.

HINKEMANN: ¡Qué divertido! ¡Qué divertido! ¡Hoppla! ¡Hoppla! ¡Pasen, mis señores!³⁵

¡A la taquilla! ¡A la taquilla! ¡La cantidad es importante! ¡Jo, jo, jo! ¡Jo, jo, jo!

HINKEMANN se deja caer en un taburete. Después de un rato entra FRÄNZE.

FRÄNZE: Buenas noches ¿No está Grete?

HINKEMANN: No.

FRÄNZE: Qué triste estás ahí sentado... El viento sopla dulce en esta cálida noche de verano. Ahora voy a bailar... ¿Quieres venir?

HINKEMANN: ¡Ay mujer! ¡Ah ya! Disculpa... Estaba con mis pensamientos en otra parte.

35 Ernst Toller hace alusión a su obra *Hoppla, wir leben!* de 1927.

FRÄNZE: Tú, Eugen...

HINKEMANN: Sí.

FRÄNZE: Tú, Eugen...

HINKEMANN: ¡Habla!

FRÄNZE: Aún sigues siendo el más fuerte de todos... el más guapo...

HINKEMANN: ¿Y?

FRÄNZE: Nada más quiero decir que...

HINKEMANN: ¿Y?

FRÄNZE: Cuando uno mira a Grete... lo caprichosa que se ha vuelto... sí, es mi amiga, pero no te envidio... (*Se acerca a HINKEMANN.*) Tú, Eugen... Eugen... ven conmigo. Después le puedes decir a Grete que tuviste una reunión del partido... ¿Eh? ¡Entiéndeme, por favor!

HINKEMANN: ¿Quieres... quieres que nos quedemos juntos esta noche? ¿A eso te refieres? La noche es cálida. Por

los pasillos uno se tropieza con gatas en celo. En el parque sopla el... viento... dulce...

FRÄNZE: Es tan cálido que uno se puede dormir en las bancas del parque municipal... Tú, Eugen...

FRÄNZE serpentea alrededor de HINKEMANN. Lo besa. HINKEMANN la empuja inmediatamente y se carcajea.

FRÄNZE: *(Enfurecida.)* ¿Crees que te voy a perseguir?

HINKEMANN: Persíguete tú sola, mujerzuela. En el parque municipal andan muchos hombres. Gatos y gatas, perros y perras andan en celo. El viento sopla dulce.

FRÄNZE: *(Disgustada.)* ¡Ya vendrás en otra ocasión!

FRÄNZE sale.

HINKEMANN: ¡Ja, ja, ja! ¡El muerto Hinkemann aún es un dios! En la plaza hay un hombre de bronce desnudo. ¡Todos papalotean como moscas a su alrededor!... ¡Entren, mis señores! ¡Ustedes verán cosas sorprendentes!... ¡Y yo sería un motivo legal de divorcio!

Un momento de silencio. GRETE entra.

GRETE HINKEMANN: Buenas noches, Eugen.

HINKEMANN: (*Sin mirar.*) El Señor le dijo a Caín: “¿Dónde está tu hermano Abel?” Y él contestó: “No sé. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?”³⁶

GRETE HINKEMANN: Soy yo, Eugen.

HINKEMANN: Replicó el Señor: “¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo.”³⁷

GRETE HINKEMANN: Te compré un par de flores, Eugen... hoy es nuestro aniversario de bodas...

HINKEMANN: Hay personas que tienen un antifaz, que son capaces de reírse de uno y al mismo tiempo pueden halagar... Gracias Grete. Eres muy amable. ¡Qué malvas tan coloridas! ¡Qué bien le hacen a uno los colores! Nuestra fiesta de bodas... fue hermosa, nuestra luna de miel... fue tan hermosa.

GRETE HINKEMANN: Eran tiempos de paz.

36 *La Biblia, Antiguo Testamento*, Génesis 4:9.

37 *Op., cit*, Génesis 4:10.

HINKEMANN: Sí, y después había guerra. Tú me dijiste: estoy orgullosa de ti, porque vas a hacer tu servicio en la Guardia. Y lloraste cuando me marché a la guerra. ¿Lloraste de alegría porque cumplía mi servicio en la Guardia?

GRETE HINKEMANN: ¡Teníamos muchas ilusiones!

HINKEMANN: Sí, ilusiones tan coloridas como las malvas. Pero en la guerra, cuando los hombres lanzaban granadas en los jardines, en los que en algunas partes crecían malvas y así acababan con los colores. Pasa lo mismo con las plantas, como con los animales y al igual con los hombres. No hay ninguna diferencia... Yo era un tipo fuerte y viví y nunca me cuestioné. Tú siempre estuviste celosa.

GRETE HINKEMANN: Sí.

HINKEMANN: *(Con voz dura.)* Pero ahora no tienes de que estar celosa, ahora te puedes... ¡reír!

GRETE HINKEMANN: *(Comienza a llorar.)*

HINKEMANN: ¡Vamos, ríete! ¿Lloras? ¡No te pongas dramática! ¡Ríete, mujer, ríete! Ya aprendiste a reír. Te puedes reír cuando el alma herida de uno yace desnuda y malherida en la mierda de la calle. ¡Ahórrate el llanto!... ¡Ah ya...! ¡Primero voy a cantar! *(Canta con falsete.)* “Vilia, oh

Vilia, tú virgen del bosque”³⁸ ¿Por qué no te estás riendo?
(*Exhausto.*) ¿Por qué no reaccionas?

GRETE HINKEMANN: (*Abre las manos y estira los dedos con un gesto de angustia. Hace un ademán de rechazo.*) Hombre, cómo me miras... me das miedo...

HINKEMANN: ¿Miedo? ¡Qué tontería! Cómo puedes tenerme miedo a mí, a mí, que ni siquiera... que ni siquiera...

GRETE HINKEMANN: (*Habla precipitadamente, pero humilde.*) No, no claro que no tengo miedo... Te amo y ¿cómo podría tener miedo?

HINKEMANN: Mujer ¡Dime la verdad!

GRETE HINKEMANN: Quiero decirte.

HINKEMANN: Ya sé todo.

GRETE HINKEMANN: Hice algo horrible, Eugen.

HINKEMANN: ¿No mientes?

38 Verso de *Die lustige Witwe* de Franz Lehár, véase nota 11.

GRETE HINKEMANN: Hice algo horrible. Soy una mujer débil. Todo esto me sorprendió. Te amaba y al mismo tiempo ya no te amaba. Fui injusta. No sé si aún puedes amarme...

HINKEMANN: ¿Cómo puedo juzgar que te hayas ido con Paul? Estabas en todo tu derecho si lo amabas.

GRETE HINKEMANN: *(Sin comprender.)* ¿Entonces no me amas?

HINKEMANN: Porque te amo.

GRETE HINKEMANN: *(Sin comprender.)* No... no...

HINKEMANN: Pero tienes que irte ya, Grete ¡Vete ya!... O no... me voy yo... No te exijo nada. Los muebles son tuyos. Hasta luego.

GRETE HINKEMANN: ¡Eugen! ¡Oh, tú!... ¡Tú mi amado y pobre hombre! Te traicioné por unas monedas de plata...³⁹ ¡Te traté tan mal!

HINKEMANN: ¡Tú!... ¡Tú!... ¡Tú... mujer, tú! ¿Quién te enseñó a mentir estas últimas semanas? ¿O antes estaba sordo? ¿No sabía quién vivía en mi casa? ¿Cambió la

39 “Evangélio según San Mateo”, 26:15.

naturaleza? Creí haber albergado a una mariposa ¡pero emergió un gusano! Un gusano con ojos que pueden mentir como una pobre puta, la cual debe hacerlo para satisfacer sus necesidades. *(Con rabia.)* ¡No me toques! ¡Suelta mis manos! Probablemente te dio asco mi cuerpo mutilado, pero ahora mujer, ahora ¡tú me das asco! Tus manos son como sapos: asquerosas y pegajosas; tus pechos, tus redondos, plenos, pequeños pechos: ¡son como lodo podrido!; tu boca, tu roja, dulce boca ¡es un hoyo apestoso!; tu cuerpo, tu cuerpo saludable, tu cuerpo saludable y floreciente... ¡ya no quiero verlo! ¡Se pudre con todo y su esplendor! ¡Tu cuerpo es como un cadáver en descomposición frente a mis ojos!

GRETE HINKEMANN: *(Se arrodilla.)* ¡Regáñame!... ¡regáñame!... ¡pégame!... ¡pégame!... ¡lo merezco!

HINKEMANN: Tú estabas parada frente a la carpa de la feria y escuchabas cómo exhibían a tu esposo como si fuera un animal salvaje... cómo tu esposo le desgarraba con los dientes el pescuezo a pequeños animales inocentes... ¡para ganar dinero para ti! ¡Le desgarraba con los dientes el pescuezo a animales vivos!... Y tú estabas ahí, parada frente a la carpa con tu amante y te... ¡reíste! ¡Te reíste!

GRETE HINKEMANN: No es cierto... ¡Por Dios que no es cierto!

HINKEMANN: Ya no quiero hablar contigo ni una palabra más. Tú no mientes como un ser humano. Mientes como el diablo. ¡Hasta luego!

HINKEMANN se da la vuelta para marcharse.

GRETE HINKEMANN: Háblame, Eugen, háblame... quédate aquí... Quiero cargar con la culpa... sí, me reí frente a la carpa en la feria... me reí... así: ¡Ja, ja, ja, ja!...

HINKEMANN: Y por eso debes morir, mujer. No porque te acostaste con otro. Estabas en tu derecho... no es porque me engañaste. Ese era tu derecho... debes morir porque te reíste de mí frente a la carpa en la feria. Una madre puede estrangular a su hijo y nadie necesita arrojarle una piedra. Pero si se burlara porque al estrangular a su hijo, le cuelga la lengua hinchada de la boca... debería sufrir ardiendo hasta el final de los días... Seré indulgente contigo, mujer. No te dejaré sufrir hasta el final de los días... ¿¡Por qué te arrodillas en frente de mí!? Arrodíllate en frente de él... frente a él, que es tu Dios. ¡Rézale a él!... ¡Rézale!

HINKEMANN arrastra a GRETE frente al Priapo. La respiración de HINKEMANN se ha convertido en un gemido.

HINKEMANN: *(Unos segundos después.)* ¿Por qué... por qué me miras así?... ¿Qué forma de mirar?... ¡No quiero que

me llamen hombre si tus ojos me dicen que no lo soy!... ¡Conozco esa mirada!... Vi esa mirada en la fábrica... vi esa mirada en el cuartel... vi esa mirada en el hospital militar... la vi en la cárcel. La misma mirada. Esa mirada de una criatura denigrada, golpeada, atormentada, torturada... Sí, Gretita, pensé que eras mucho más rica que yo, pero eres tan pobre y tan indefensa como yo... Sí, si eso es así, si es así... entonces nosotros somos hermano y hermana. Yo soy tú y tú eres yo... ¿Y ahora qué va a pasar?

GRETE HINKEMANN: No quiero abandonarte nunca.

HINKEMANN: Esa no es la cuestión, Grete. Eso quedó en el pasado. Qué importa ahora. Me da igual si te vas con otro, me da igual si me mientes, me da igual si te ríes de mí. No te sirve de nada. Y si te vistieras de seda y vivieras en una mansión, e incluso si no pudieras parar de reírte. Qué más da, tú vas a seguir siendo criatura tan pobre como yo. Me acabo de dar cuenta... Déjame solo, Grete...

GRETE HINKEMANN: ¿Ahora tengo que dejarte solo?

HINKEMANN: Siempre vas a tener que dejarme solo. Y yo siempre voy a tener que dejarte sola.

GRETE HINKEMANN: ¿Entonces, qué va a pasar?

HINKEMANN: Una vez, hace seis años, me fue muy mal. ¡A causa del hambre se me hacía agua la boca cuando veía comer a alguien! ¡Qué sentimiento aquel, Grete! Cuando pasé por los parques infantiles que están en las colonias de los ricos, y enfrente de mí vi a un niño que felizmente mordía su pan. ¡Cómo me llegó la voracidad! ¡Cómo es que el hambre de repente ya no causaba tanto dolor! ¡El niño que masticaba me volvió loco! ¡Hubiera sido capaz de matarlo, tan sólo para dejar de verlo comer!

GRETE HINKEMANN: Eugen ¿qué quieres decir con todo eso? Ya no te entiendo.

HINKEMANN: Me convertí en un hazmerreír por mi culpa. Debí haberme negado, en aquel entonces, cuando los grandes criminales del mundo, los llamados hombres de Estado y generales, prendieron la mina, pero no lo hice. Soy un hazmerreír como esta época, tan tristemente ridículo como este tiempo. Este tiempo desalmado. Y yo estoy castrado. ¿Hay alguna diferencia? Tomemos cada uno nuestro camino. Tú el tuyo. Yo el mío.

GRETE HINKEMANN: Eugen ¿qué quieres decir con eso?

HINKEMANN: Que no sé cuánto tiempo me va a tomar recuperarme de lo que me enteré. La viva naturaleza de las

personas es más fuerte que su razón. La razón es un medio para engañarse a sí mismo.

GRETE HINKEMANN: ¿Y qué va a ser de mí?

HINKEMANN: Tú estás sana. Un enfermo no tiene nada que hacer en la tierra, así como ha sido creada... en la que cada quien vale tan sólo por lo que hace. O se está sano, y entonces tiene un alma sana. Eso es lo que dice la sana razón. O se está enfermo del cerebro, y entonces debe estar en un manicomio. No es del todo cierto, pero tampoco es falso. Un enfermo no puede hacer nada más, él está como impedido por su sangre. Su alma es como el ala muerta de una alondra, como un águila en un zoológico a la que le cortaron las alas... ¡Qué seas feliz, Grete! ¡Te deseo una vida próspera!

GRETE HINKEMANN: ¿Qué vas a hacer, hombre... qué vas a hacer?... ¿Quieres dejarme?...

HINKEMANN: No se trata de mi enfermedad... no se trata de mi cuerpo mutilado... Anduve por las calles y no vi a ningún ser humano... Vi rostros grotescos, nada más rostros grotescos. Llegué a casa y vi rostros grotescos... y desesperación... la absurda e interminable desesperación de una criatura ciega... Ya no tengo fuerza. Ya no tengo fuerza para pelear, ya no tengo fuerza para soñar. El que no tiene

la fuerza para soñar, no tiene la fuerza para vivir. Este resultado fue como un fruto del árbol del conocimiento... Todo lo visto me dará conocimiento, y todo conocimiento me dará dolor. Hay personas que viven con tanto dolor y que aún quieren vivir... Yo ya no quiero.

GRETE HINKEMANN: ¡Te quieres lastimar!... Eugen... Eugen... ¡No me reí! ¡Eugen! ¡Así que escucha! No me reí, en serio. Tú... Me voy a quedar contigo ¡Para siempre! ¡Para siempre! Todo va a estar bien otra vez. Nosotros dos. Nadie morirá de frío. Yo voy a estar contigo y tú conmigo...

HINKEMANN: No te reíste... Mírame, Grete... Te creo, Grete... Oh, tú. (*La besa cariñosamente.*) Todo va a estar bien... Yo contigo... Tú conmigo...

GRETE HINKEMANN: (*Se acerca a él.*) Verano será y en el bosque paz habrá... estrellas e iremos mano con mano...

HINKEMANN: (*Se separa de ella.*) Otoño será y follaje marchito habrá... ¡Estrellas... y odio!... ¡Y puño contra puño!...

GRETE HINKEMANN: (*Gritando.*) ¡Eugen!

HINKEMANN: (*Cansado.*) Sé demasiado.

GRETE HINKEMANN: (*Llora como una niña desamparada.*) No me dejes sola... Me voy a volver loca en la oscuridad... Me voy a hacer daño... Voy a morir... Todo me lastima... ¡Cómo duele! ¡Cómo duele!... Oh... oh... ¡Le tengo tanto miedo a la vida! ¡Piénsalo! ¡Sola! ¡Sola en la vida! ¡Sola en un bosque lleno de animales que me persiguen!... Nadie es bueno hoy en día. Todos se aprovechan del corazón de uno... ¡¡No me dejes sola!! ¡¡¡No me dejes sola!!! Dios ha decidido mi destino. Soy tuya.

HINKEMANN: Lo que está en contra de la naturaleza, no puede ser de Dios. Inténtalo, Grete, inténtalo... Lucha... Tú estás sana... Comienza una nueva vida... lucha por un mundo nuevo... por nuestro mundo...

GRETE HINKEMANN: (*Estremecida encoge los hombros.*) Si tan sólo... si tan sólo hubiera querido... no puedo más... No tengo el valor, estoy destrozada. (*Desesperada.*) Dios mío, ya no sé qué hacer. Estamos en una telaraña, Eugen, en una telaraña y hay una araña que no nos deja ir. Ella nos encerró en un capullo. Apenas y puedo mover mi cabeza. Ya no entiendo la vida... oh, líbranos de todo mal, tú Padre Nuestro...

Sale dando pasos lerdos.

HINKEMANN: *(Solo.)* ¿Dónde está el principio y dónde el fin? ¿Quién lo diría acerca de una telaraña?

HINKEMANN envuelve al Priapo y lo arroja a la estufa.

HINKEMANN: ¡Tú, Dios mentiroso! ¡Tú, pobre diablo!... *(Después de una pausa.)* A estas alturas ¿quién tiene el derecho de juzgar a los demás? Cada quien está condenado a juzgarse a sí mismo... ¡La salvación! ¡La salvación! ¡En todas las calles del mundo se clama por la Salvación! El francés que me disparó y me lisió; el negro que me disparó y me lisió, tal vez clama por la Salvación... ¿Si es que aún vive? ¿Y cómo va a vivir?... ¿Está ciego, manco, cojo? Él me hizo daño y otro le hizo daño a él... ¿Quién es el que nos hizo daño a todos?... Somos un espíritu, un cuerpo. Y hay personas que no lo ven. Y hay personas que ya lo olvidaron. ¡Durante la guerra esas personas sufrieron y odiaron a sus amos y obedecieron y mataron!... Y todo quedó olvidado... Ellos volverán a sufrir y volverán a odiar a sus amos y volverán a... obedecer y volverán a... matar. Así son los seres humanos... y podrían ser diferentes, si quisieran... pero no quieren. Ellos apedrean al espíritu, ellos se burlan de él, ellos deshonran la vida, la crucifican... una y otra vez... ¡Qué absurdo es todo! Cada vez se vuelven más pobres y podrían ser ricos y no necesitarían la salvación celestial... ¡Ciegos! ¡Cómo si fuera lo que tienen que hacer en la ciega tempestad del milenio! No podrían hacer otra cosa. Deberían. Al igual que los barcos que la tormenta arrebató y los obliga a

destruirse unos contra otros... *Afuera se escucha vocerío. La puerta se abre bruscamente. Entra un grupo de personas. MAX KNATSCH va al frente.*

MAX KNATSCH: En el patio... en el patio... en el patio... tu esposa... se arrojó por la ventana... ¡No mires!... ¡No la mires... es... terrible...!

Varias personas entran con el cadáver de GRETE HINKEMANN envuelto en una manta.

HINKEMANN: *(Con la mirada fija y movimientos mecánicos.)* Déjenme solo, déjenme solo... déjenme solo con mi mujer... *(Implorando.)* Os lo ruego.

Abandonan la habitación.

HINKEMANN: Ella estaba sana y desgarró la telaraña. Y yo aún estoy aquí... estoy aquí, colosal y ridículo... Siempre habrá gente como yo en cada época. ¿Por qué me sucede a mí, justo a mí?... Es el azar. Eso le pasa a unos y no a otros. Eso le pasa a él y no a otro... ¿Qué sabemos?... ¿De dónde venimos?... ¿A dónde vamos?... Cada día puede traer el paraíso, cada noche el diluvio.

CAE EL TELÓN.



ACERCA DEL AUTOR

ERNST TOLLER (1893-1939), fue un poeta, dramaturgo, político y revolucionario judío-alemán próximo al anarquismo cuya obra se inscribe dentro de la vertiente expresionista.

Síntesis biográfica

Nació el 1 de diciembre de 1893, en Samotschin, Polonia prusiana; siendo hijo de un comerciante judío. En 1914 se trasladó a Francia, país donde se inscribe en la Universidad de Grenoble.

La Primera Guerra Mundial lo sorprende en París, por lo que regresa a Alemania y se incorpora al ejército y debido a una enfermedad tendrá que abandonar el frente. Marcado por los horrores de la guerra, se convierte en un activo propagandista antimilitarista por lo que lo condenan a prisión. Se convierte en miembro del Partido socialdemócrata independiente, donde se destaca como orador.

Será influenciado por Gustav Landauer e intentará también con Erich Mühsam impulsar en el ámbito cultural el teatro popular.

Cuando la "República de Consejos de Baviera" es declarada el 7 de abril de 1919, los anarquistas quedan representados por Erich Mühsam, Gustav Landauer, Ret Marut [Bruno Traven] y Silvio Gesell; Toller asume la Presidencia del Consejo Central. El 13 de abril de 1919, los obreros consiguen evitar una tentativa de golpe de estado contrarrevolucionario, pero los comunistas aprovechan para

hacerse con el poder, y comienzan a perseguir a los anarquistas.

Otra etapa de su vida

El 16 de abril de 1919, en Dachau, libra un combate victorioso contra las tropas contrarrevolucionarias. Pero la República de los Consejos finalmente es derrotada, entre el 29 de abril y el 2 de mayo. Detenido el 4 de junio, se le condena a 5 años de cárcel, aprovechando su estancia en prisión para escribir relatos expresionistas y poesía.

El 15 de julio de 1924 es liberado y prosigue su obra creativa y su lucha contra el fascismo.

Expulsado de Alemania por la llegada de Hitler, en 1933, se instala en 1936 en los Estados Unidos. En 1938, viaja a España, país donde se ocupa de los niños refugiados, poco tiempo después desesperado, vuelve nuevamente a los Estados Unidos.

Muerte

Se suicida el 22 de mayo de 1939, en la ciudad de Nueva York, dejando una pródiga obra literaria.

Entre sus obras más importantes podemos citar: *Los destructores de máquinas*, 1922; *El día de las golondrinas*, 1923; *Hinkemann*, 1923; *El día del proletariado*, 1926; *Una juventud en Alemania*, 1930, entre otras.

Cronología

1893 Ernst Toller nació el 1º de diciembre en Samotschin, actual Polonia. Provenía de una familia judía de clase media que se dedicaba al comercio.

1911 Su padre (Krämers Mendel) murió de cáncer.

1912-1914 En febrero se inscribió en la Universidad de Grenoble, Francia, donde estudió Derecho.

1914 Se enroló en Múnich para ir a la Primera Guerra Mundial.

1915 Fue enviado a las trincheras, en donde pronto, por su desempeño en el frente, ascendió a suboficial. Problemas cardíacos y estomacales lo condujeron a ser hospitalizado en Estrasburgo y debido a sus precarias condiciones de salud no pudo regresar al frente.

1917 Ingresó a la Universidad de Múnich.

1918⁴⁰ Se unió a organizaciones pacifistas que publicaban sus escritos en el *Berliner Tageblatt*. Desde Berlín se anunció que dichas organizaciones debían ser disueltas.

Dirigió una huelga en Múnich.

Por haber escrito un boletín subversivo fue arrestado y recluido en la prisión en Múnich.

Fue internado cuatro días en la clínica psiquiátrica de Múnich.

1919 Fue nombrado vicepresidente del Consejo de los Soviets de soldados y obreros de Baviera. Se repartieron volantes con su foto, en los que se mencionaba que había una gratificación de 10 mil marcos para la persona que lo entregara vivo o muerto.

1919-1924 Tuvo que cumplir una condena de cinco años en la prisión de Niederschönenfeld acusado de alta traición por su intervención en la República de los Consejos de Baviera.

40 Las fechas son aproximadas.

1932 Conoció a su esposa la actriz Christiane Grautoff

1933 Con la llegada de Hitler al poder, las obras: *Die Wandlung*, *Die Maschinenstürmer*, *Masse Mensch* y *Schwalbenbuch* fueron prohibidas y quemadas el 10 de mayo.

1933-1935 Recorrió países como Suiza, Francia, Inglaterra, entre otros, en los que asistió a congresos literarios y ofreció lecturas de sus obras.

1935 Se casó en Londres con la actriz Christiane Grautoff.

1936 Se exilió en Estados Unidos.

1936-1938 Trabajó como guionista para la compañía Metro Goldwyn Mayer.

1938 Se separó de su esposa.

Apoyó a las víctimas del gobierno de Franco.

1939 El 22 de mayo se suicidó en su habitación del hotel Mayflower en Nueva York.